

Ray
BRADBURY

Las Doradas
Manzanas del Sol



CIENCIA FICCIÓN

booket

LAS DORADAS MANZANAS DEL SOL

Ray Bradbury

Título Original: The golden apples of the sun

Traducción: Francisco Abelenda

©1952 by Ray Bradbury

©1982 Ediciones Minotauro S.R.L.

Humberto I° 545 - Buenos Aires

ISBN: 950-047-004-7

Edición digital: Questor

R6 08/02

*Y este, cariñosamente es para Neva,
hermana de Glinda
la bruja buena del Sur.*

*...Y recoge hasta que el tiempo y los tiempos
acaben las plateadas manzanas de la luna,
las doradas manzanas del sol.*

W. B. Yeats

La sirena

Allá afuera en el agua helada, lejos de la costa, esperábamos todas las noches la llegada de la niebla, y la niebla llegaba, y aceitábamos la maquinaria de bronce, y encendíamos los faros de niebla en lo alto de la torre. Como dos pájaros en el cielo gris, McDunn y yo lanzábamos el rayo de luz, rojo, luego blanco, luego rojo otra vez, que miraba los barcos solitarios. Y si el os no veían nuestra luz, oían siempre nuestra voz, el grito alto y profundo de la sirena, que temblaba entre jirones de neblina y sobresaltaba y alejaba a las gaviotas como mazos de naipes arrojados al aire, y hacía crecer las olas y las cubría de espuma.

—Es una vida solitaria, pero uno se acostumbra, ¿no es cierto? —preguntó McDunn.

—Sí —dije—. Afortunadamente, es usted un buen conversador.

—Bueno, mañana irás a tierra —agregó McDunn sonriendo— a bailar con las muchachas y tomar gin.

—¿En qué piensa usted, McDunn, cuando lo dejo solo?

—En los misterios del mar.

McDunn encendió su pipa. Eran las siete y cuarto de una helada tarde de noviembre.

La luz movía su cola en doscientas direcciones, y la sirena zumbaba en la alta garganta del faro. En ciento cincuenta kilómetros de costa no había poblaciones; sólo un camino solitario que atravesaba los campos desiertos hasta el mar, un estrecho de tres kilómetros de frías aguas, y unos pocos barcos.

—Los misterios del mar —dijo McDunn pensativamente—. ¿Pensaste alguna vez que el mar es como un enorme copo de nieve? Se mueve y crece con mil formas y colores, siempre distintos. Es raro. Una noche, hace años, cuando todos los peces del mar salieron ahí a la superficie. Algo los hizo subir y quedarse flotando en las aguas, como temblando y mirando la luz del faro que caía sobre ellos, roja, blanca, roja, blanca, de modo que yo podía verles los ojitos. Me quedé helado. Eran como una gran cola de pavo real, y se quedaron ahí hasta la medianoche. Luego, casi sin ruido, desaparecieron. Un millón de peces desapareció. Imaginé que quizás, de algún modo, vinieron en peregrinación. Raro, pero piensa qué debe parecerles una torre que se alza veinte metros sobre las aguas, y el dios-luz que sale del faro, y la torre que se anuncia a sí misma con una voz de monstruo. Nunca volvieron aquellos peces, ¿pero no se te ocurre que creyeron ver a Dios?

Me estremecí. Miré las grandes y grises praderas del mar que se extendían hacia ninguna parte, hacia la nada.

—Oh, hay tantas cosas en el mar. —McDunn chupó su pipa nerviosamente, parpadeando. Había estado nervioso todo el día y no había dicho por qué—. A pesar de nuestras máquinas y los llamados submarinos, pasarán diez mil siglos antes que pisemos realmente las tierras sumergidas, sus fabulosos reinos, y sintamos realmente miedo.

Piénsalo, allá abajo es todavía el año 300.000 antes de Cristo. Cuando nos paseábamos con trompetas arrancándonos países y cabezas, el os vivían ya bajo las aguas, a dieciocho kilómetros de profundidad, helados en un tiempo tan antiguo como la cola de un cometa.

—Sí, es un mundo viejo.

—Ven. Te he reservado algo especial.

Subimos lentamente los ochenta escalones, hablando. Arriba, McDunn apagó las luces del cuarto para que no hubiese reflejos en las paredes de vidrio. El gran ojo de luz zumbaba y giraba suavemente sobre sus cojinetes aceitados. La sirena llamaba regularmente cada quince segundos.

—Es como la voz de un animal, ¿no es cierto? —McDunn se aprobó a sí mismo con un movimiento de cabeza—. Un gigantesco y solitario animal que grita en la noche. Echado aquí, al borde de diez billones de años, y llamando a los abismos. Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí. Y los abismos le responden, sí, le responden. Ya llevas aquí tres meses, Johnny, y es hora que lo sepas. En esta época del año —dijo McDunn estudiando la oscuridad y la niebla—, algo viene a visitar el faro.

—¿Los cardúmenes de peces?

—No, otra cosa. No te lo dije antes porque me creerías loco, pero no puedo callar más.

Si mi calendario no se equivoca, esta noche es la noche. No diré mucho, lo verás tú mismo. Siéntate aquí. Mañana, si quieres, empaquetas tus cosas y tomas la lancha y sacas el coche desde el galpón del muelle, y escapas a algún pueblito mediterráneo y vives allí sin apagar nunca las luces de noche. No te acusaré. Ha ocurrido en los últimos tres años y sólo esta vez hay alguien aquí conmigo. Espera y mira.

Pasó media hora y sólo murmuramos unas pocas frases. Cuando nos cansamos de esperar, McDunn me explicó algunas de sus ideas sobre la sirena.

—Un día, hace muchos años, vino un hombre y escuchó el sonido del océano en la costa fría y sin sol, y dijo: «Necesitamos una voz que llame sobre las aguas, que advierta a los barcos; haré esa voz. Haré una voz que será como todo el tiempo y toda la niebla; una voz como una cama vacía junto a tí toda la noche, y como una casa vacía cuando abres la puerta, y como otoñales árboles desnudos. Un sonido de pájaros que vuelan hacia el sur, gritando, y un sonido de viento de noviembre y el mar en la costa dura y fría.

Haré un sonido tan desolado que alcanzará a todos y al oírlo gemirán las almas, y los hogares parecerán más tibios, y en las distantes ciudades todos pensarán que es bueno estar en casa. Haré un sonido y un aparato y lo llamarán la sirena, y quienes lo oigan conocerán la tristeza de la eternidad y la brevedad de la vida».

La sirena llamó.

—Imaginé esta historia —dijo McDunn en voz baja— para explicar por qué esta criatura visita el faro todos los años. La sirena la llama, pienso, y ella viene...

—Pero... —dije.

—Chist... —dijo McDunn—. ¡Allí!

Señaló los abismos.

Algo se acercaba al faro, nadando.

Era una noche helada, como ya dije. El frío entraba en el faro, la luz iba y venía, y la sirena llamaba y llamaba entre los hilos de la niebla. Uno no podía ver muy lejos, ni muy claro, pero allí estaba el mar profundo moviéndose alrededor de la tierra nocturna, aplastado y mudo, gris como barro, y aquí estábamos nosotros dos, solos en la torre, y allá, lejos al principio, se elevó una onda, y luego una ola, una burbuja, una raya de espuma. Y en seguida, de la superficie del mar frío salió una cabeza, una cabeza grande, oscura, de ojos inmensos, y luego un cuello. Y luego... no un cuerpo, sino más cuello, y más. La cabeza se alzó doce metros por encima del agua sobre un delgado y hermoso cuello oscuro. Sólo entonces, como una islita de coral negro y moluscos y cangrejos, surgió el cuerpo de los abismos. La cola se sacudió sobre las aguas. Me pareció que el monstruo tenía unos veinte o treinta metros de largo.

No sé qué dije entonces. Algo dije.

—Calma, muchacho, calma —murmuró McDunn.

—¡Es imposible! —dije.

—No, Johnny, nosotros somos imposibles. Él es lo que era hace diez millones de años.

No ha cambiado. Nosotros y la Tierra cambiamos, nos hicimos imposibles. Nosotros.

El monstruo nadó lentamente y con una gran y oscura majestad en las aguas frías. La niebla iba y venía a su alrededor, borrando momentáneamente su forma. Uno de los ojos del monstruo reflejó nuestra luz inmensa, roja, blanca, roja, blanca, y fue como un disco que en lo alto de una mano enviase un mensaje en un código primitivo. El silencio del monstruo era como el silencio de la niebla.

Yo me agaché, sosteniéndome de la barandilla de la escalera.

—¡Parece un dinosaurio!

—Sí, uno de la tribu.

—¡Pero murieron todos!

—No, se ocultaron en los abismos del mar. Muy, muy abajo en los más abismales de los abismos. Es ésta una verdadera palabra ahora, Johnny, una palabra real; dice tanto: los abismos. Una palabra con toda frialdad y la oscuridad y las profundidades del mundo.

—¿Qué haremos?

—¿Qué podemos hacer? Es nuestro trabajo. Además, estamos aquí más seguros que en cualquier bote que pudiera llevarnos a la costa. El monstruo es tan grande como un destructor, y

casi tan rápido.

—¿Pero por qué viene aquí?

En seguida tuve la respuesta.

La sirena, llamó.

Y el monstruo respondió.

Un grito que atravesó un millón de años, nieblas y agua. Un grito tan angustioso y solitario que tembló dentro de mi cuerpo y mi cabeza. El monstruo le gritó a la torre. La sirena llamó. El monstruo rugió otra vez. La sirena llamó. El monstruo abrió su enorme boca dentada, y de la boca salió un sonido que era el llamado de la sirena. Solitario, vasto y lejano. Un sonido de soledad, mares invisibles, noches frías. Eso era el sonido.

—¿Entiendes ahora —susurró McDunn— por qué viene aquí?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Todo el año, Johnny, ese monstruo estuvo allá, mil kilómetros mar adentro, y a treinta kilómetros bajo las aguas, soportando el paso del tiempo. Quizá esta solitaria criatura tiene un millón de años. Piénsalo, esperar un millón de años. ¿Esperarías tanto? Quizá es el último de su especie. Yo así lo creo. De todos modos, hace cinco años vinieron aquí unos hombres y construyeron este faro. E instalaron la sirena, y la sirena llamó y llamó y su voz llegó a donde tú estabas, hundido en el sueño y en recuerdos de un mundo donde había miles como tú. Pero ahora estás solo, enteramente solo en un mundo que no te pertenece, un mundo del que debes huir.

»El sonido de la sirena llega entonces, y se va, y llega y se va otra vez, y te mueves en el barroso fondo de los abismos, y abres los ojos como los lentes de una cámara de cincuenta centímetros, y te mueves lentamente, lentamente, pues tienes todo el peso del océano sobre los hombros. Pero la sirena atraviesa mil kilómetros de agua, débil y familiar, y en el horno de tu vientre arde otra vez el fuego, y te incorporas lentamente, lentamente. Te alimentas de grandes cardúmenes de abadejos y de ríos de medusas, y subes lentamente por los meses de otoño, y setiembre cuando nacen las nieblas, y octubre con más niebla, y la sirena todavía llama, y luego, en los últimos días de noviembre, luego de haber ascendido día a día, unos pocos metros por hora, estás cerca de la superficie, y todavía vivo. Tienes que subir lentamente: si te apresuras; estallas. Así que tardas tres meses en llegar a la superficie, y luego unos días más para nadar por las frías aguas hasta el faro. Y ahí estás, ahí, en la noche, Johnny, el mayor de los monstruos creados. Y aquí está el faro, que te llama, con un cuello largo como el tuyo que emerge del mar, y un cuerpo como el tuyo, y, sobre todo, con una voz como la tuya. ¿Entiendes ahora, Johnny, entiendes?

La sirena llamó.

El monstruo respondió.

Lo vi todo..., lo supe todo. El solitario millón de años, esperando a alguien que nunca volvería. El millón de años de soledad en el fondo del mar, la locura del tiempo allí, mientras los cielos se limpiaban de pájaros-reptiles, los pantanos se secaban en los continentes, los perezosos y dientes de sable se zambullían en pozos de alquitrán, y los hombres corrían como hormigas

blancas por las lomas.

La sirena llamó.

—El año pasado —dijo McDunn—, esta criatura nadó alrededor y alrededor, alrededor y alrededor, toda la noche. Sin acercarse mucho, sorprendida, diría yo. Temerosa, quizás.

Pero al otro día, inesperadamente, se levantó la niebla, brilló el sol, y el cielo era tan azul como en un cuadro. Y el monstruo huyó del calor, y el silencio, y no regresó. Imagino que ha estado pensándolo todo el año, pensándolo de todas las maneras posibles.

El monstruo estaba ahora a no más de cien metros, y él y la sirena se gritaban alternadamente. Cuando la luz caía sobre el os, los ojos del monstruo eran fuego y hielo, fuego y hielo.

—Así es la vida —dijo McDunn—. Siempre alguien que espera a algún otro, que nunca vuelve. Siempre alguien que quiere a algún otro que no lo quiere. Y al fin uno busca destruir a ese otro, quienquiera que sea, para que no nos lastime más.

El monstruo se acercaba al faro.

La sirena llamó.

—Veamos que ocurre —dijo McDunn.

Apagó la sirena.

El minuto siguiente fue de un silencio tan intenso que podíamos oír nuestros corazones que golpeaban en el cuarto de vidrio, y el lento y lubricado girar de la luz.

El monstruo se detuvo. Sus grandes ojos de linterna parpadearon. Abrió la boca. Emitió una especie de ruido sordo, como un volcán. Movié la cabeza a un lado y a otro como buscando los sonidos que ahora se perdían en la niebla. Miró el faro. Algo retumbó otra vez en su interior. Y se le encendieron los ojos. Se incorporó, azotando el agua, y se acercó a la torre con ojos furiosos y atormentados.

—¡McDunn! —grité—. ¡La sirena!

McDunn buscó a tientas el obturador. Pero antes que la sirena sonase otra vez, el monstruo ya se había incorporado. Vislumbré un momento sus garras gigantescas, con una brillante piel correosa entre los dedos, que se alzaban contra la torre. El gran ojo derecho de su angustiada cabeza brilló ante mí como un caldero en el que podía caer, gritando. La torre se sacudió. La sirena gritó; el monstruo gritó. Abrazó el faro, y arañó los vidrios, que cayeron hechos trizas sobre nosotros.

McDunn me tomó por el brazo.

—¡Abajo! —gritó.

La torre se balanceaba, tambaleaba, y empezaba a ceder. La sirena y el monstruo rugían. Trastabillamos y casi caímos por la escalera.

—¡Rápido!

Llegamos abajo cuando la torre ya se doblaba sobre nosotros. Nos metimos bajo las escaleras

en el pequeño sótano de piedra. Las piedras llovieron en un millar de golpes. La sirena calló bruscamente. El monstruo cayó sobre la torre, y la torre se derrumbó.

Arrodillados, McDunn y yo nos abrazamos mientras el mundo estallaba.

Todo terminó de pronto, y no hubo más que oscuridad y el golpear de las olas contra los escalones de piedra.

Eso y el otro sonido.

—Escucha —dijo McDunn en voz baja—. Escucha.

Esperamos un momento. Y entonces comencé a escucharlo. Al principio fue como una gran succión de aire, y luego el lamento, el asombro, la soledad del enorme monstruo doblado sobre nosotros, de modo que el nauseabundo hedor de su cuerpo llenaba el sótano. El monstruo jadeó y gritó. La torre había desaparecido. La luz había desaparecido. La criatura que había llamado a través de un millón de años había desaparecido. Y el monstruo abría la boca y llamaba. Eran los llamados de la sirena, una y otra vez. Y los barcos en alta mar, no descubriendo la luz, no viendo nada, pero oyendo el sonido debían de pensar: ahí está, el sonido solitario, la sirena de la bahía Solitaria.

Todo está bien. Hemos doblado el cabo.

Y así pasamos aquella noche.

A la tarde siguiente, cuando la patrulla de rescate vino a sacarnos del sótano, sepultado bajo los escombros de la torre, el sol era tibio y amarillo.

—Se vino abajo, eso es todo —dijo McDunn gravemente—. Nos golpearon malamente las olas y se derrumbó.

Me pellizó el brazo.

No había nada que ver. El mar estaba sereno, el cielo era azul. La materia verde que cubría las piedras caídas y las rocas de la isla olía a algas. Las moscas zumbaban alrededor. Las aguas desiertas golpeaban la costa.

Al año siguiente construyeron un nuevo faro, pero en aquel entonces yo había conseguido trabajo en un pueblito, y me había casado, y vivía en una acogedora casita de ventanas amarillas en las noches de otoño, de puertas cerradas y chimenea humeante.

En cuanto a McDunn era el encargado del nuevo faro, de cemento y reforzado con acero.

—Por si acaso —había dicho McDunn.

Terminaron el nuevo faro en noviembre. Una tarde llegué hasta allí y detuve el coche y miré las aguas grises y escuché la nueva sirena que sonaba una, dos, tres, cuatro veces por minuto, allá en el mar, sola.

—¿El monstruo?

No había vuelto.

—Se ha ido —dijo McDunn—. Se ha ido a los abismos. Ha comprendido que en este mundo

no se puede amar demasiado. Se ha ido a los más abismales de los abismos a esperar otro millón de años. Ah, ¡pobre criatura! Esperando allá, esperando y esperando mientras el hombre viene y va por este lastimoso y mínimo planeta. Esperando y esperando.

Sentado en mi coche, no podía ver el faro o la luz que barría la bahía Solitaria. Sólo oía la sirena, la sirena, la sirena, y sonaba como el llamado del monstruo.

Me quedé así, inmóvil, deseando poder decir algo.

El peatón

Entrar en aquel silencio que era la ciudad a las ocho de una brumosa noche de noviembre, pisar la acera de cemento y las grietas alquitranadas, y caminar, con las manos en los bolsillos, a través de los silencios, nada le gustaba más al señor Leonard Mead. Se detenía en una bocacalle, y miraba a lo largo de las avenidas iluminadas por la Luna, en las cuatro direcciones, decidiendo qué camino tomar. Pero realmente no importaba, pues estaba solo en aquel mundo del año 2052, o era como si estuviese solo.

Y una vez que se decidía, caminaba otra vez, lanzando ante él formas de aire frío, como humo de cigarro.

A veces caminaba durante horas y kilómetros y volvía a su casa a medianoche. Y pasaba ante casas de ventanas oscuras y parecía como si pasease por un cementerio; sólo unos débiles resplandores de luz de luciérnaga brillaban a veces tras las ventanas.

Unos repentinos fantasmas grises parecían manifestarse en las paredes interiores de un cuarto, donde aún no habían cerrado las cortinas a la noche. O se oían unos murmullos y susurros en un edificio sepulcral donde aún no habían cerrado una ventana.

El señor Leonard Mead se detenía, estiraba la cabeza, escuchaba, miraba, y seguía caminando, sin que sus pisadas resonaran en la acera. Durante un tiempo había pensado ponerse unos botines para pasear de noche, pues entonces los perros, en intermitentes jaurías, acompañarían su paseo con ladridos al oír el ruido de los tacos, y se encenderían luces y aparecerían caras, y toda una calle se sobresaltaría ante el paso de la solitaria figura, él mismo, en las primeras horas de una noche de noviembre.

En esta noche particular, el señor Mead inició su paseo caminando hacia el oeste, hacia el mar oculto. Había una agradable escarcha cristalina en el aire, que le lastimaba la nariz, y sus pulmones eran como un árbol de Navidad. Podía sentir la luz fría que entraba y salía, y todas las ramas cubiertas de nieve invisible. El señor Mead escuchaba satisfecho el débil susurro de sus zapatos blandos en las hojas otoñales, y silbaba quedamente una fría canción entre dientes, recogiendo ocasionalmente una hoja al pasar, examinando el esqueleto de su estructura en los raros faroles, oliendo su herrumbrado olor.

—Hola, los de adentro —les murmuraba a todas las casas, de todas las aceras—.

¿Qué hay esta noche en el canal cuatro, el canal siete, el canal nueve? ¿Por dónde corren los cowboys? ¿No viene ya la caballería de los Estados Unidos por aquella loma?

La calle era silenciosa y larga y desierta, y sólo su sombra se movía, como la sombra de un halcón en el campo. Si cerraba los ojos y se quedaba muy quieto, inmóvil, podía imaginarse en el centro de una llanura, un desierto de Arizona, invernal y sin vientos, sin ninguna casa en mil kilómetros a la redonda, sin otra compañía que los cauces secos de los ríos, las calles.

—¿Qué pasa ahora? —les preguntó a las casas, mirando su reloj de pulsera—. Las ocho y media. ¿Hora de una docena de variados crímenes? ¿Un programa de adivinanzas? ¿Una revista política? ¿Un comediante que se cae del escenario?

¿Era un murmullo de risas el que venía desde aquella casa a la luz de la luna? El señor Mead titubeó, y siguió su camino. No se oía nada más. Trastabilló en un saliente de la acera. El cemento desaparecía ya bajo las hierbas y las flores. Luego de diez años de caminatas, de noche y de día, en miles de kilómetros, nunca había encontrado a otra persona que se paseara como él.

Llegó a una parte cubierta de tréboles donde dos carreteras cruzaban la ciudad.

Durante el día se sucedían allí tronadoras oleadas de autos, con un gran susurro de insectos. Los coches escarabajos corrían hacia lejanas metas tratando de pasarse unos a otros, exhalando un incienso débil. Pero ahora estas carreteras eran como arroyos en una seca estación, sólo piedras y luz de luna.

Leonard Mead dobló por una calle lateral hacia su casa. Estaba a una cuadra de su destino cuando un coche solitario apareció de pronto en una esquina y lanzó sobre él un brillante cono de luz blanca. Leonard Mead se quedó paralizado, casi como una polilla nocturna, atontado por la luz.

Una voz metálica llamó:

—Quietos. ¡Quédense ahí! ¡No se mueva!

Mead se detuvo.

—¡Arriba las manos!

—Pero... —dijo Mead.

—¡Arriba las manos, o dispararemos!

La policía, por supuesto, pero qué cosa rara e increíble; en una ciudad de tres millones de habitantes sólo había un coche de policía. ¿No era así? Un año antes, en 2052, el año de la elección, las fuerzas policiales habían sido reducidas de tres coches a uno. El crimen disminuía cada vez más; no había necesidad de policía, salvo este coche solitario que iba y venía por las calles desiertas.

—¿Su nombre? —dijo el coche de policía con un susurro metálico.

Mead, con la luz del reflector en sus ojos, no podía ver a los hombres.

—Leonard Mead —dijo.

—¡Más alto!

—¡Leonard Mead!

—¿Ocupación o profesión?

—Imagino que ustedes me llamarían un escritor.

—Sin profesión —dijo el coche de policía como si se hablara a sí mismo.

La luz inmovilizaba al señor Mead, como una pieza de museo atravesada por una aguja.

—Sí, puede ser así —dijo.

No escribía desde hacía años. Ya no vendían libros ni revistas. Todo ocurría ahora en casa como tumbas, pensó, continuando sus fantasías. Las tumbas, mal iluminadas por la luz de la televisión, donde la gente estaba como muerta, con una luz multicolor que les rozaba la cara, pero que nunca los tocaba realmente.

—Sin profesión —dijo la voz de fonógrafo, siseando—. ¿Qué estaba haciendo afuera?

—Caminando —dijo Leonard Mead.

—¿Caminando!

—Sólo caminando —dijo Mead simplemente, pero sintiendo un frío en la cara.

—¿Caminando, sólo caminando, caminando?

—Sí, señor.

—¿Caminando hacia dónde? ¿Para qué?

—Caminando para tomar aire. Caminando para ver.

—¿Su dirección!

—Calle Saint James, once, sur.

—¿Hay aire en su casa, tiene usted un acondicionador de aire, señor Mead?

—Sí.

—¿Y tiene usted televisor?

—No.

—¿No?

Se oyó un suave crujido que era en sí mismo una acusación.

—¿Es usted casado, señor Mead?

—No.

—No es casado —dijo la voz de la policía detrás del rayo brillante.

La luna estaba alta y brillaba entre las estrellas, y las casas eran grises y silenciosas.

—Nadie me quiere —dijo Leonard Mead con una sonrisa.

—¡No hable si no le preguntan!

Leonard Mead esperó en la noche fría.

—¿Sólo caminando, señor Mead?

—Sí.

—Pero no ha dicho para qué.

—Lo he dicho; para tomar aire, y ver, y caminar simplemente.

—¿Ha hecho esto a menudo?

—Todas las noches durante años.

El coche de policía estaba en el centro de la calle, con su garganta de radio que zumbaba débilmente.

—Bueno, señor Mead —dijo el coche.

—¿Eso es todo? —preguntó Mead cortésmente.

—Sí —dijo la voz—. Acérquese. —Se oyó un suspiro, un chasquido. La portezuela trasera del coche se abrió de par en par—. Entre.

—Un minuto. ¡No he hecho nada!

—Entre.

—¡Protesto!

—Señor Mead.

Mead entró como un hombre que de pronto se sintiera borracho. Cuando pasó junto a la ventanilla delantera del coche, miró adentro. Tal como esperaba, no había nadie en el asiento delantero, nadie en el coche.

—Entre.

Mead se apoyó en la portezuela y miró el asiento trasero, que era un pequeño calabozo, una cárcel en miniatura con barrotes. Olía a antiséptico; olía a demasiado limpio y duro y metálico. No había allí nada blando.

—Si tuviera una esposa que le sirviera de coartada... —dijo la voz de hierro—. Pero...

—¿Hacia dónde me llevan?

El coche titubeó, dejó oír un débil y chirriante zumbido, como si en alguna parte algo estuviese informando, dejando caer tarjetas perforadas bajo ojos eléctricos.

—Al Centro Psiquiátrico de Investigación de Tendencias Regresivas.

Mead entró. La puerta se cerró con un golpe blando. El coche policía rodó por las avenidas nocturnas, lanzando adelante sus débiles luces.

Pasaron ante una casa en una calle un momento después. Una casa más en una ciudad de casas oscuras. Pero en todas las ventanas de esta casa había una resplandeciente claridad amarilla, rectangular y cálida en la fría oscuridad.

—Mi casa —dijo Leonard Mead.

Nadie le respondió.

El coche corrió por los cauces secos de las calles, alejándose, dejando atrás las calles desiertas con las aceras desiertas, sin escucharse ningún otro sonido, ni hubo ningún otro movimiento en todo el resto de la helada noche de noviembre.

La bruja de abril

En el aire, sobre los valles, bajo las estrellas, sobre un río, un estanque, un camino, volaba Cecy. Invisible como los nuevos vientos de la primavera, fragante como el aroma de los tréboles que se alzaba en los campos a la tarde, ella volaba. Se deslizaba en palomas suaves como el armiño blanco, se detenía en los árboles y vivía en los capullos, abriéndose en pétalos cuando soplaba la brisa. Se posaba en una rana verde, fresca como la menta, a orillas de un charco brillante. Trotaba en un perro Zarzoso y ladraba para oír ecos que venían de graneros lejanos. Vivía en las nuevas hierbas de abril, en suaves y claros líquidos que se alzaban de la tierra de almizcle.

Es primavera, pensaba Cecy. Esta noche estaré en todas las cosas vivas del mundo.

Ahora vivía en grillos claros en los arroyos de alquitrán de los caminos, ahora caía como el rocío en una verja de hierro. Era la suya una mente que se adaptaba con rapidez, y volaba invisible en los vientos de Illinois esta noche única de su vida. Acababa de cumplir diecisiete años.

—Quiero enamorarme —dijo.

Lo había dicho a la hora de la cena. Y sus padres habían abierto los ojos y se habían reclinado tiesamente en sus sillas.

—Cuidado —le habían aconsejado—. Recuerda que eres una criatura notable. Toda nuestra familia es rara y notable. No podemos mezclarnos o casarnos con gente ordinaria.

Perderíamos nuestros poderes mágicos si lo hiciésemos. ¿No te gustaría no poder "viajar" por medios mágicos, no es verdad? Entonces, cuidado. ¡Cuidado!

Pero en su alto dormitorio, Cecy se había perfumado la garganta, y se había tendido temblorosa y aprensiva en su carruaje de cuatro caballos, como una luna de leche que se alza sobre los campos de Illinois, transformando los ríos en cremas y los caminos en platino.

—Sí —suspiró—. Soy de una familia rara. Dormimos de día y volamos de noche como cometas negras en el viento. Si lo deseamos, podemos dormir en un topo durante el invierno, en la tibia tierra. Puedo vivir en cualquier cosa: un guijarro, una flor de azafrán, o una manta religiosa. Puedo abandonar mi cuerpo simple y huesudo y lanzar mi mente a la aventura. ¡Ahora!

El viento la llevó sobre campos y praderas.

Cecy vio las cálidas luces primaverales de mansiones y granjas que brillaban con colores

crepusculares.

Yo no puedo enamorarme porque soy sencilla y rara, pero me enamoraré por medio de alguna otra, pensó.

En los campos de una granja, en la noche de primavera, una muchacha de pelo oscuro, de no más de diecinueve años, sacaba agua de un profundo pozo de piedra, y cantaba.

Cecy cayó —una hoja verde— en el pozo. Se tendió en el tierno musgo del pozo, mirando hacia arriba en la sombría frescura. Luego se animó en una palpitante e invisible ameba. ¡Luego en una gota de agua! Al fin, en un tazón frío, se sintió llevada a los tibios labios de la muchacha. Se oyó un suave y nocturno sonido; la muchacha bebía.

Cecy miró el mundo desde los ojos de la muchacha.

Desde el interior de la oscura cabeza, desde los ojos brillantes, miró las manos que tiraban de la tosca cuerda. Escuchó a través de las orejas de caracol el mundo de la muchacha. Olió un particular universo por la delicada nariz, sintió que aquel corazón especial batía y batía. Sintió que aquella lengua extraña se movía cantando.

¿Sabrá que estoy aquí?, pensó Cecy.

La muchacha abrió la boca. Miró fijamente los prados nocturnos.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta.

—Sólo el viento —murmuró Cecy.

La muchacha se rió de sí misma, pero se estremeció.

—Sólo el viento.

Era un buen cuerpo, el cuerpo de la muchacha. Tenía huesos del más fino y delicado marfil, envueltos redondamente en carne. El cerebro era como una pálida rosa té, que colgaba en la oscuridad, y había un aroma de manzanas en la boca. Los labios se apoyaban firmemente en los blancos, blancos dientes, y las cejas se arqueaban nítidamente ante el mundo, y el pelo caía hermoso y suave en la nuca de leche. Los poros se apretaban diminutos y cerrados. La nariz apuntaba a la luna y las mejillas brillaban con pequeños fuegos. El cuerpo se movía con el equilibrio de una pluma y parecía como si siempre se cantase a sí mismo. Estar en este cuerpo, esta cabeza, era como calentarse en una estufa, vivir en el ronroneo de un gato dormido, dejarse llevar por las tibias aguas de un arroyo que corría de noche hacia el mar.

Me gustará estar aquí, pensó Cecy.

—¿Qué? —preguntó la muchacha como si hubiese oído una voz.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Cecy cuidadosamente.

—Ann Leary. —La muchacha se estremeció—. ¿Pero por qué digo esto en voz alta?

—Ann, Ann —murmuro Cecy—. Ann, vas a enamorarte.

Como si fuese una respuesta, un trueno estalló en el camino, un repiqueteo y un retumbar de ruedas en la grava. Apareció un hombre alto que manejaba un carro, sosteniendo las riendas en los brazos monstruosos, y con una sonrisa brillante que cruzaba el patio de la granja.

—¡Ann!

—¿Eres tú, Tom?

—¿Quién otro podía ser?

Tom saltó del carro y ató las riendas a la verja.

—¡Yo no hablo contigo!

Ann dio media vuelta con el balde en la mano, salpicando el suelo.

—¡No! —gritó Cecy.

Ann se detuvo. Miró las lomas y las primeras estrellas de la primavera. Miró al hombre llamado Tom. Cecy le hizo dejar caer el balde.

—¡Mira lo que has hecho! Tom corrió.

—¡Mira lo que me has hecho hacer!

Tom le limpió los zapatos con un pañuelo riéndose.

—¡Apártate!

Ann le pateó las manos, pero Tom se rió otra vez, y desde kilómetros de distancia, Cecy le miró la forma de la cabeza, el tamaño del cráneo, la línea de la nariz, el ancho de los hombros, y la dura fuerza de las manos que hacían esa cosa delicada con el pañuelo.

Asomándose a la secreta bohardilla de la encantadora cabeza, Cecy tiró de un oculto alambre de ventrílocuo, y la hermosa boca se abrió y dijo:

—¡Gracias!

—Oh, entonces eres cortés —dijo Tom.

El olor de cuero de sus manos, el olor del caballo en sus ropas se elevaron hasta la tierna nariz, y Cecy, lejos, muy lejos, sobre prados nocturnos y campos florecidos, se movió como en sueños.

—¡No! ¡No contigo! —dijo Ann.

—Vamos, habla suavemente —dijo Cecy.

Movió los dedos de Ann hacia la cabeza de Tom. Ann echó atrás la mano.

—¡Me he vuelto loca!

—Así es —asintió Tom, sonriendo, pero sorprendido—. ¿Ibas a tocarme entonces?

—No sé ¡Oh, vete!.

En las mejillas de Ann brillaban rosados carbones.

—¿Por que no corres? No te retengo. —Tom se incorporó—. ¿Has cambiado de parecer? ¿Irás al baile conmigo esta noche? Es un baile especial. Te diré por qué más tarde.

—No —dijo Ann.

—¡Si! —gritó Cecy—. Nunca bailé. Quiero bailar. Nunca llevé un largo vestido susurrante. Quiero bailar toda la noche. No sé que es estar en una mujer, bailando. Papá y mamá nunca me lo permitirían. He conocido perros, gatos, langostas, hojas, todo lo que hay en el mundo en un tiempo o en otro, pero nunca una mujer en primavera, nunca en una noche como la de hoy. Oh, por favor... debemos ir a ese baile.

Cecy extendió sus pensamientos como dedos dentro de un guante nuevo.

—Si —dijo Ann Leary—. Iré. No se por que, pero iré contigo al baile esta noche, Tom.

—¡Ahora adentro, pronto! —gritó Cecy—. Debes lavarte, avisar a tu gente, preparar el vestido, calentar la plancha. ¡A tu cuarto!

—Mamá —dijo Ann—, ¡he cambiado de parecer!

El caballo de Tom galopó a lo largo de la cerca, los cuartos de la granja volvieron a la vida, el agua hirvió para un baño, la estufa de carbón calentó la plancha que plancharía el vestido, la madre corrió, corrió con una hilera de alfileres en la boca.

—¿Qué te ha pasado, Ann? ¡Tom no te gusta! Ann se detuvo en medio de aquella gran fiebre.

—Es cierto.

¡Pero es primavera! pensó Cecy.

—Es primavera —dijo Ann.

Y es una hermosa noche para bailar, pensó Cecy.

—...para bailar —murmuró Ann Leary.

La muchacha se metió en la bañera y la espuma le cubrió los blancos hombros de delfín, y el jabón hizo pequeños nidos bajo sus brazos, y la carne de sus pechos tibios se movió en sus manos, y Cecy movió la boca, modelando la sonrisa, guiando los movimientos de Ann. No podía permitirse una pausa, ni un titubeo, ¡o toda la pantomima se haría pedazos! Había que obligar a Ann Leary a moverse, a actuar, a lavarse aquí, a enjabonarse allá. Ahora, ¡afuera! ¡Sécate con una toalla! ¡Ahora perfume y polvo!

—¡Tú! —Ann se vio en el espejo, toda blanca y rosada como lirios y claveles—. ¿Quién eres esta noche?

—Soy una muchacha de diecisiete años. —Cecy la miró desde los ojos violetas—. No puedes verme. ¿Sabes que estoy aquí?

Ann Leary sacudió la cabeza.

—Le he alquilado el cuerpo a alguna bruja de abril.

—¡Cerca, muy cerca! —rió Cecy—. Bueno, ahora con tu vestido.

¡El placer de sentir una hermosa ropa sobre un gran cuerpo! Y luego el saludo afuera.

—¡Ann! ¡Llegó Tom!

—Dile que espere. —Ann se sentó de pronto—. Dile que no voy al baile.

—¿Qué? —dijo su madre en la puerta.

Cecy volvió rápidamente a su puesto. Había sido un descuido fatal, había dejado el cuerpo de Ann un fatal instante. Había oído el ruido lejano de los cascos del caballo y el carro que traqueteaba cruzando el campo primaveral iluminado por la luna. Durante un segundo había pensado: iré a buscar a Tom y me instalaré en su cabeza y veré qué es ser un hombre de veintidós años en una noche como ésta. Y se había lanzado a cruzar rápidamente un campo de brezos. Regresó volando, como un pájaro a su jaula, y susurró y batió en la cabeza de Ann Leary.

—¡Ann!

—¡Dile que se vaya!

Cecy se calmó y extendió sus pensamientos.

—¡Ann!

Pero Ann se había rebelado.

—¡No, no, lo odio!

No debía haberme ido, ni siquiera un momento. Cecy derramó su mente en las manos de la muchacha, en el corazón, en la cabeza, suavemente, suavemente.

De pie, pensó.

Ann se incorporó.

Ponte el abrigo.

Ann se puso el abrigo.

Ahora, ¡en marcha!

¡No! pensó Ann Leary.

¡En marcha!

—Ann —dijo la madre—, no hagas esperar a Tom. Sal y déjate de tonterías. ¿Qué te pasa?

—Nada, mamá. Buenas noches. Volveremos tarde.

Ann y Cecy corrieron juntas hacia la noche de primavera.

Una sala de palomas que bailaban suavemente rizando sus silenciosas y arrastradas plumas, una sala de pavos reales, una sala de ojos y luces de arco iris. Y en el centro, dando vueltas, y vueltas, y vueltas, bailaba Ann Leary.

—Oh, es una hermosa noche —dijo Cecy.

—Oh, es una hermosa noche —dijo Ann.

—Estás rara —dijo Tom.

La música los hacía girar en la oscuridad, en ríos de canciones; flotaban, asomaban, se hundían, se alzaban en busca de aire, jadeaban, se tomaban el uno del otro como si estuviesen ahogándose, y giraban otra vez, con movimientos de abanico, con murmullos y suspiros al compás de «Hermoso Ohio».

Cecy tarareó. Los labios de Ann se abrieron y salió música.

—Si, estoy rara —dijo Cecy.

—No eres la misma —dijo Tom.

—No, no esta noche.

—No eres la Ann Leary que conozco.

—No, de ningún modo, de ningún modo —murmuró Cecy, a kilómetros y kilómetros de distancia—. No, de ningún modo —dijeron los labios de Ann.

—Tengo una sensación rarísima —dijo Tom.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de ti. —Tom apoyó la mano en la espalda de Ann y la hizo bailar mirando la cara resplandeciente de la muchacha, buscando algo—. Tus ojos —dijo—, no puedo verlos realmente.

—¿Me ves? —preguntó Cecy.

—Una parte tuya esta aquí, Ann, y otra parte no está.

Tom la hizo girar cuidadosamente, perturbado.

—Si.

—¿Por qué viniste conmigo?

—Yo no quería venir —dijo Ann.

—¿Por qué, entonces?

—Algo me obligó.

—¿Qué?

—No sé.

La voz de Ann era casi histérica.

—Bueno, bueno, bueno —susurró Cecy—. Tranquila. Da vueltas, da vueltas.

Murmuraron y susurraron y se alzaron y cayeron en la silla oscura, con la música que se movía y los hacía girar.

—Pero has venido al baile —dijo Tom.

—Sí —dijo Cecy.

—Vamos.

Y Tom la llevó bailando ligeramente hacia una puerta abierta y la hizo caminar en silencio alejándola de la sala y la música y la gente.

Subieron al carro y se sentaron juntos.

—Ann —dijo Tom, tomándole las manos, temblando—. Ann. —Pero dijo el nombre de ella como si no fuese su verdadero nombre. Se quedó mirando aquel rostro pálido. Ann había abierto otra vez los ojos—. Yo te quise siempre, lo sabes —dijo.

—Lo sé.

—Pero tú fuiste siempre veleidosa, y yo no quería sufrir.

—No tiene importancia, somos muy jóvenes.

—No, quiero decir lo siento —dijo Cecy.

—¿Qué quieres decir?

Tom dejó caer las manos de Ann y se endureció.

La noche era cálida y el olor de la tierra subía estremeciéndose alrededor del carro, y el aliento de los árboles frescos empujaba las hojas unas contra otras con una sacudida y un susurro.

—No sé— dijo Ann.

—Oh, pero yo lo sé —dijo Cecy—. Eres alto, y el hombre más atractivo del mundo.

Esta es una hermosa noche; recordaré siempre que he pasado esta noche contigo.

Cecy extendió una mano fría y extraña hacia la mano temerosa de Tom, y la acercó y la apretó y calentó.

—Pero —dijo Tom, parpadeando— esta noche estás aquí, estás allí. En un instante de un modo, y en el siguiente de otro. Yo quería traerte al baile esta noche en recuerdo de los viejos tiempos. No pensaba en nada al principio, cuando te lo pedí. Y luego, cuando estábamos junto al pozo, supe que en ti algo había cambiado, realmente. Estás distinta.

Hay en ti algo nuevo y blando, algo... —Tom buscó a tientas la palabra—. No sé. No puedo decirlo. El modo cómo miras. Algo en tu voz. Y ahora sé que estoy enamorado de ti otra vez.

—No —dijo Cecy—, de mí, de mí.

—Y temo estar enamorado de ti —dijo Tom—. Me harás daño otra vez.

—Si —dijo Ann.

No, no, ¡te quiero de veras! pensó Cecy. Ann díselo, díselo por mí. Dile que lo quieres de veras.

Ann no dijo nada.

Tom se acercó suavemente un poco más y alzó la mano para tomarle la barbilla.

—Me voy, Ann. Conseguí un trabajo a ciento cincuenta kilómetros de aquí. ¿Me extrañarás?

—Sí —dijeron Ann y Cecy.

—¿Puedo despedirme de ti con un beso entonces?

—Sí —dijo Cecy antes que ningún otro pudiese hablar.

Tom apoyó los labios en aquella extraña boca. Besó la extraña boca, temblando.

Ann parecía una estatua blanca.

—¡Ann! —dijo Cecy—. ¡Mueve tus brazos, abrázalo!

Ann era como una muñeca de madera a la luz de la luna.

Tom la besó otra vez.

—Te quiero —susurró Cecy—. Estoy aquí. Me ves a mí en los ojos de Ann, a mí. Y yo te quiero a pesar de ella.

Tom se apartó y pareció un hombre que hubiese corrido una larga distancia.

—No sé qué pasa —dijo—. Durante un momento...

—¿Si? —preguntó Cecy.

—Durante un momento pensé... —Se llevó las manos a los ojos—. No importa. ¿Te llevo ahora a tu casa?

—Por favor —dijo Ann Leary.

Tom le cloqueó al caballo, sacudió cansadamente las riendas, y el carro se alejó. Iban en las sacudidas y crujidos y movimientos del carro iluminado por la luna, en la todavía temprana — eran sólo las once— noche primaveral, y los campos brillantes y los suaves prados de trébol pasaban deslizándose.

Y Cecy, mirando los campos y prados, pensaba: daría cualquier cosa, sí, lo daría todo por estar siempre con él desde esta noche. Y oyó otra vez la voz de sus padres, débilmente: "Cuidado. No querrás perder tus poderes mágicos, casándote con un simple mortal. Cuidado."

Si, sí, pensó Cecy, hasta a eso renunciaría, ahora mismo, si él me tuviese en cambio.

No necesitaría entonces pasear en las noches de primavera, no necesitaría vivir en pájaros y perros y gatos y zorros. Sólo necesitaría estar con él. Sólo con él. Sólo con él.

El camino pasaba debajo de ellos, suspirando.

—Tom —dijo Ann al fin.

Tom miraba fríamente el camino, el caballo, los árboles, el cielo, las estrellas.

—¿Qué?

—Si estás alguna vez en los años próximos, alguna vez, en Green Town, Illinois, a unos pocos kilómetros de aquí, ¿me harías un favor?

—Quizás.

Ann Leary habló con una voz vacilante y torpe:

—¿Me harías el favor de ver a una amiga mía?

—¿Por qué?

—Es una buena amiga. Te he hablado de ella. Te daré su dirección. Un momento. —El carro se detuvo ante la casa de Ann y la muchacha sacó lápiz y papel de su pequeño bolso y escribió a la luz de la luna, apoyando el papel en la rodilla—. Toma. ¿Se lee bien?

Tom miró el papel y asintió aturdido.

—Cecy Elliot. Calle de los Álamos, 12. Green Town, Illinois —leyó.

—¿La visitarás algún día? —pregunto Ann.

—Algún día —dijo Tom.

—¿Me lo prometes?

—¿Qué tiene que ver esto con nosotros? —gritó Tom furiosamente—. ¿Para que quiero papeles y nombres?

Apretó el papel y se metió la arrugada pelota en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Oh, por favor, promételo! —suplicó Cecy.

—...promételo —dijo Ann.

—¡Muy bien, muy bien, déjame en paz! —gritó Tom.

Estoy cansada, pensó Cecy. No aguanto más. Tengo que ir a casa. Me siento débil. Mi poder sólo alcanza para pasar unas pocas horas como éstas, de noche. viajando, viajando. Pero antes de irme...

—...antes de irme... —dijo Ann.

Besó a Tom en la boca.

—Soy yo quien te besa —dijo Cecy.

Tom se apartó y miró a Ann Leary, adentro, muy adentro. No dijo nada, pero se le ablandó la cara, lentamente, muy lentamente, y los rasgos se le desdibujaron, y la boca perdió su dureza, y miró otra vez el interior de aquel rostro bañado por la luna.

Luego bajó a Ann del carro y sin siquiera unas buenas noches se alejó rápidamente camino abajo.

Cecy dejó a Ann.

La muchacha, gritando, como si saliese de una cárcel, corrió por el sendero lunar hacia su casa y cerró de un portazo.

Cecy se demoró allí cerca unos instantes. En los ojos de un grillo vio el nocturno mundo primaveral. En los ojos de una rana se quedó un momento a solas junto a un estanque. En los ojos de un ave nocturna miró desde un olmo alto, hechizado por la luna, y vio cómo se apagaban las

luces en dos granjas, una allí, y otra a un kilómetro. Pensó en sí misma, su familia, y sus extraños poderes, y en que nadie de su familia podía casarse con ninguna de las gentes de aquel vasto mundo, más allá de las colinas.

—¿Tom? —Su mente cada vez más débil voló con un ave nocturna bajo los árboles y sobre los campos de mostaza silvestre—. ¿Tienes todavía el papel, Tom? ¿Vendrás algún día, algún año, alguna vez, a verme? ¿Me conocerás entonces? ¿Me mirarás a la cara y recordarás entonces cuando me viste por última vez, y sabrás que me quieres como yo te quiero, de verdad y para siempre?

Se detuvo en el fresco aire de la noche, a un millón de kilómetros de pueblos y gentes, sobre granjas y continentes y ríos y montañas.

—¿Tom? —preguntó suavemente.

Tom dormía. Era tarde; las ropas estaban colgadas en sillas, u ordenadamente plegadas a los pies de la cama. Y en una mano inmóvil, puesta con cuidado sobre la almohada blanca, junto a su rostro, había un trozo de papel escrito. Lentamente, lentamente, una fracción de centímetro cada vez, los dedos se fueron plegando y se cerraron sobre el papel. Y Tom ni siquiera se movió cuando un ave negra, débilmente, maravillosamente, aleteó con suavidad unos instantes contra los vidrios de la ventana, claros a la luz de la luna, y luego, abriendo en silencio las alas, se alejó volando hacia el este, sobre la tierra dormida.

La fruta en el fondo del tazón

William Acton se incorporó. El reloj sobre la chimenea dio las doce de la noche.

Se miró las manos y miró el cuarto a su alrededor y miró al hombre que yacía en el piso. William Acton, cuyos dedos habían apretado teclas de máquinas de escribir y hecho el amor y freído jamón con huevos en tempranos desayunos, había ahora cometido un crimen con los mismos dedos verticilados.

Nunca había pensado en ser escultor, y sin embargo, en este momento, mirando entre sus manos el cuerpo tendido en el pulido piso de madera, advirtió que apretando, retorciendo, remodelando de algún modo la arcilla humana, había transformado a este hombre llamado Donald Huxley, le había cambiado la cara, y hasta la forma del cuerpo.

Con un leve movimiento de los dedos había borrado el particular brillo de los ojos grises de Huxley, y lo había reemplazado con la ciega opacidad de un ojo helado en su órbita. Los labios, siempre rosados y sensuales, se habían levantado para mostrar los dientes equinos, los incisivos amarillos, los caninos manchados de nicotina, los molares con incrustaciones de oro. La nariz, antes también rosada, era ahora veteada, pálida, descolorida, como las orejas. Las manos de Huxley, sobre el piso, estaban abiertas, y por primera vez suplicaban y no exigían.

Si, era una obra de arte. En conjunto, el cambio había favorecido a Huxley. La muerte lo había transformado en un hombre más tratable. Ahora uno podía hablar con él, y él tenía que escuchar.

William Acton se miró los dedos.

Estaba hecho. No podía retroceder. ¿Lo había oído alguien? Escuchó. Afuera continuaban los ruidos normales del tránsito tardío. Nadie golpeaba la puerta de la casa, ningún hombre intentaba transformarla en leña, ninguna voz exigía entrar. Había cometido el asesinato, había enfriado la arcilla, y nadie lo sabía.

¿Ahora qué? El reloj había dado las doce de la noche. Todos sus impulsos estallaban en una histeria que lo arrastraba hacia la puerta. Apresúrate, corre, no vuelvas nunca, salta a un tren, llama a un taxi, vete, corre, camina, pasea, ¡pero aléjate de aquí!

Las manos se le movieron ante los ojos, flotando, volviéndose.

Las torció y retorció con lentitud, deliberadamente; parecían aéreas, livianas como plumas. ¿Por qué las miraba de ese modo? se preguntó a sí mismo. ¿Había algo en ellas de inmenso

interés, de modo que debía hacer una pausa, luego de una exitosa estrangulación, y examinarlas verticilo por verticilo?

Eran manos comunes. Ni gruesas, ni flacas; ni largas, ni cortas; ni velludas, ni desnudas; poco cuidadas y sin embargo limpias; poco blandas y sin embargo sin callos; sin arrugas y sin embargo tampoco lisas; nada criminales y sin embargo tampoco inocentes. Parecía como si fuesen milagros que debía mirar.

Pero no le interesaban las manos como manos, ni los dedos como dedos. En la entumecida intemporalidad que había seguido a la violencia, sólo le interesaban las puntas de los dedos.

El tic-tac del reloj sonaba sobre la chimenea.

Se arrodilló junto al cuerpo de Huxley, sacó un pañuelo del bolsillo de Huxley, y limpió con él el cuello de Huxley. Frotó y masajéó el cuello y restregó la cara y la nuca con feroz energía. Luego se incorporó.

Miró el cuello. Miró el piso pulido. Se inclinó lentamente, y sacudió el polvo con el pañuelo. En seguida frunció el ceño y frotó el piso. Primero, cerca de la cabeza del cadáver; después, cerca de los brazos. Limpió cuidadosamente el piso hasta un metro alrededor del cadáver. Luego limpió el piso hasta dos metros alrededor del cadáver.

Luego limpió el piso hasta tres metros alrededor del cadáver. Luego...

Se detuvo.

En un momento le pareció ver toda la casa, las paredes con espejos, las puertas talladas, los espléndidos muebles, y tan claramente como si la repitieran palabra por palabra oyó la charla que habían tenido Huxley y él mismo sólo hacia una hora.

Un dedo en el timbre de Huxley. La puerta de Huxley se abre.

—¡Oh! —dice Donald Huxley sorprendido—. Eres tú, Acton.

—¿Dónde está mi mujer, Huxley?

—¿Piensas que te lo diré realmente? No te quedes ahí, idiota. Si quieres discutir el asunto, entra. Por esa puerta. Allí, en la biblioteca.

Acton había tocado la puerta de la biblioteca.

—¿Bebes?

—Un trago. Lo necesito. No puedo creer que Lily se haya ido, que el a...

—Ahí hay una botella de borgoña, Acton. ¿No te importa sacarla del armario?

Sí, sácala. Tómala. Tócala. La había tocado.

—Hay algunas primeras ediciones interesantes allí, Acton. Mira esa encuadernación, siéntela.

—No vine a ver libros. Yo...

Había tocado los libros y la mesa de la biblioteca y la botella de borgoña y los vasos de borgoña.

Ahora, en cuclillas junto al frío cuerpo de Huxley, con el pañuelo en los dedos, inmóvil, miró la casa, los muros, los muebles de alrededor, con los ojos cada vez más abiertos, la mandíbula caída, asombrado por lo que había hecho y lo que veía. Cerró los ojos, dejó caer la cabeza, arrugó el pañuelo entre las manos, apelonándolo, mordiéndose los labios.

Las huellas digitales estaban en todas partes, ¡en todas partes!

—¿No te importa traer el borgoña, Acton, eh? ¿La botella de borgoña, eh? ¿Con tus dedos, eh? Estoy terriblemente cansado. ¿Entiendes?

Un par de guantes.

Antes de hacer nada más, antes de limpiar otra área, debía conseguir un par de guantes. O imprimiría otra vez su identidad, sin darse cuenta.

Se metió las manos en los bolsillos. Caminó por la casa, hasta el paragüero, las perchas. El abrigo de Huxley. Dio vueltas los bolsillos.

No había guantes.

Otra vez con las manos en los bolsillos, subió las escaleras, moviéndose con una medida rapidez, no permitiéndose a sí mismo ningún frenesí, ningún desorden. Había cometido el error inicial de no llevar guantes (pero, después de todo, no había planeado un asesinato, y su subconsciente, que podía haber anticipado el crimen, ni siquiera le había insinuado que debía ponerse guantes antes que terminara la noche), de modo que ahora tenía que pagar su pecado de omisión. En alguna parte en la casa debía de haber un par de guantes. Tenía que apresurarse. Había una posibilidad de que alguien visitase a Huxley, aun a esta hora. Amigos ricos que venían a beber o habían bebido en otra parte, que reían, gritaban, iban y venían sin un hola ni un adiós. Podía ocurrir en cualquier momento, y a las seis de la mañana los amigos de Huxley vendrían a buscarlo para ir al aeropuerto y viajar a la ciudad de México.

Acton corrió en el piso de arriba abriendo cajones, usando el pañuelo como un secante.

Abrió setenta u ochenta cajones en seis cuartos, dejándolos, podría decirse, con la lengua afuera, corriendo a abrir otros. Se sentía desnudo, imposibilitado de hacer algo hasta que tuviera los guantes. Podía fregar toda la casa con el pañuelo, pasándolo por todas las superficies donde había dejado quizá sus huellas digitales y luego accidentalmente tocar una pared aquí o allí, ¡sellando de ese modo su propio destino con un retorcido símbolo microscópico! ¡Sería como poner su estampilla de aprobación al crimen, eso sería! Como aquellos sellos de cera de los viejos días cuando se abrían los crujientes papiros, se hacían florecer las tintas, se espolvoreaba todo con arena, y se apretaban al pie los anillos de sello mojados en caliente cera roja. ¡Así sería si dejaba una sola, debía recordarlo, una sola huella digital en la escena! Aunque aprobara el crimen no podía llegar al extremo de ponerle un sello.

¡Más cajones! No pierdas la cabeza, mira bien, ten cuidado, se dijo a sí mismo.

En el fondo del cajón ochenta y cinco encontró unos guantes.

—¡Oh, Señor, Señor!

Cayó contra el escritorio, suspirando. Se probó los guantes, los alzó, los flexionó orgullosamente, los abotonó. Eran suaves, grises, gruesos, impermeables. Podía hacer cualquier cosa ahora sin dejar huellas. Se llevó el pulgar a la nariz ante el espejo de la alcoba, chasqueando la lengua.

—¡No! —gritó Huxley.

Qué plan malvado había sido.

Huxley había caído al piso, ¡a propósito! ¡Oh, qué hombre perversamente listo! Huxley había caído en el piso de madera, arrastrando a Acton. ¡Habían rodado dando golpes y manotazos en el piso, estampando y estampando frenéticas huellas digitales! Huxley había conseguido alejarse unos pocos centímetros, ¡y Acton se había arrastrado detrás para echarle las manos al cuello y apretárselo hasta que la vida salió de él como pasta que sale de un tubo!

Con los guantes puestos, Acton volvió a la sala, y se arrodilló en el piso, y se puso laboriosamente a la tarea de limpiar cada maldito centímetro infectado. Luego se acercó a una mesa y frotó una pata, subiendo a lo largo de las molduras. Llegó arriba y tropezó con un tazón de fruta de cera. Pulió la plata afiligrada, sacó las frutas y las limpió dejando sólo la del fondo.

—Estoy seguro de que no las toqué —dijo.

Luego se encontró con un cuadro enmarcado que colgaba encima de la mesa.

—Ciertamente, no he tocado eso —dijo. Se quedó mirándolo.

Lanzó una ojeada a todas las puertas de la sala. ¿Qué puertas había abierto esa noche? No podía recordarlo. Limpialas todas, entonces. Empezó con los pestillos, hasta que resplandecieron, y luego restregó las puertas de la cabeza a los pies. No podía correr riesgos. Luego revisó todos los muebles de la sala y limpió los brazos de los sillones.

—Esa silla en que estás sentado, Acton, es una vieja pieza Louis XIV. Siente ese material —dijo Huxley.

—¡No vine a hablar de muebles, Huxley! Vine por Lily.

—Oh, vamos, no puedes tomarte el asunto tan en serio. Ella no te quiere, ya sabes. Me dijo que irá conmigo a México, mañana.

—¡Tú y tu dinero y tu condenado mobiliario!

—Es un hermoso mobiliario, Acton. Tócalo, interpreta bien tu papel de huésped.

Podían descubrirse huellas digitales en los tapizados.

—¡Huxley! —William Acton miró fijamente el cadáver—. ¿Sospechaste que iba a matarte? ¿Lo sospechó tu subconsciente, como el mío? ¿Y te dijo tu subconsciente que me hicieses correr por la casa tomando, tocando, acariciando libros, platos, puertas, sillas? ¿Eras tan inteligente y tan perverso?

Limpió todos los sillones y sillas con el apretado pañuelo. Luego recordó el cuerpo. Se

inclinó sobre él y lo frotó primero por este lado, luego por este otro, bruñendo todas sus superficies. Hasta lustró los zapatos, gratis.

Mientras lustraba los zapatos, un leve estremecimiento de preocupación le pasó por la cara. Al fin se levantó y se acercó a la mesa.

Sacó y pulió la fruta de cera del fondo del tazón.

—Mejor así —murmuró, y volvió al cuerpo.

Pero cuando se inclinaba hacia el cuerpo, pestañeó, y le tembló la mandíbula. Se incorporó y se acercó otra vez a la mesa.

Frotó el marco del cuadro.

Mientras frotaba el marco del cuadro, descubrió...

La pared.

—Eso —dijo— es tonto.

—¡Oh! —gritó Huxley, rechazando a Acton. Lo empujó mientras luchaban, y Acton cayó tocando la pared, y corrió otra vez hacia Huxley. Estranguló a Huxley. Huxley murió.

Acton dejó resueltamente la pared, trastabillando. Los gritos y la acción se apagaron en su mente. Miró las cuatro paredes.

—¡Ridículo! —dijo.

De reojo vio algo en una pared.

—Me niego a mirar —dijo para distraerse a sí mismo—. ¡Ahora la próxima habitación!

Seré metódico. Veamos... Estuvimos en el vestíbulo, la biblioteca, esta sala, el comedor y la cocina.

Había una mancha en la pared, detrás.

Bueno, ¿había una mancha o no?

Se volvió enojado.

—Muy bien, muy bien, sólo para estar seguro.

Se acercó y no pudo encontrar ninguna mancha. Oh, una pequeñita, sí, allí. La borró.

De todos modos no era una huella digital. Terminó de borrarla, y su mano enguantada se apoyó en la pared, y miró la pared y cómo se extendía a la derecha y a la izquierda, y por encima de su cabeza y hasta sus pies.

—No —dijo suavemente.

Miró hacia arriba y hacía abajo y de costado y dijo en voz baja:

—Eso sería demasiado.

¿Cuántos metros cuadrados?

—Me importa un bledo —dijo.

Pero, como desconocidos, sus dedos enguantados se movían ya sobre la pared.

Espió la mano y el empapelado del muro. Miró por encima del hombro el otro cuarto.

—Debo ir allá y limpiar lo más importante —se dijo, pero la mano se quedó allí, como para sostener la pared, o sostenerlo a él. Se le endureció la cara.

Sin una palabra empezó a fregar el muro, hacia arriba y abajo, hacia arriba y abajo, hacia adelante y atrás, arriba y abajo, arriba estirándose en puntillas de pies, abajo inclinándose todo lo posible.

—¡Ridículo, oh, Señor, ridículo! Pero debes estar seguro, le dijo su pensamiento.

—Sí, uno tiene que estar seguro —replicó. Terminó con una pared, y entonces... Se acercó a otra pared.

—¿Qué hora es?

Miró el reloj de la chimenea. Había pasado una hora. Era la una y cinco.

Sonó el timbre de calle.

Acton se endureció, clavando los ojos en la puerta, el reloj, la puerta, el reloj.

Alguien golpeaba ruidosamente.

Pasó un largo rato. Acton no respiraba. Le faltó el aire y empezó a caer, tambaleándose. En su cabeza rugió un silencio de olas frías que rompían como truenos en pesadas rocas.

—¡Eh, ahí adentro! —gritó una voz de borracho—. ¡Sé que estás ahí, Huxley! ¡Abre, maldito! Es el chico Bill y, borracho como una cuba! Huxley, viejo compañero, más borracho que dos cubas.

—Vete —murmuró Acton silenciosamente, apretado contra la pared.

—Huxley, estás ahí, te oigo respirar —gritó la voz borracha.

—Sí, estoy aquí —murmuró Acton, sintiéndose largo y tendido y torpe en el piso, torpe y frío y mudo—. Sí.

—¡Demonios! —dijo la voz perdiéndose en la niebla. Las pisadas se apagaron—. Demonios...

Acton se quedó tendido un tiempo sintiendo que el rojo corazón le golpeaba en los ojos cerrados, en la cabeza. Cuando al fin abrió los ojos, vio la limpia pared que se alzaba ante él. Al cabo de un rato se animó a hablar:

—Tonterías —dijo—. Esa pared no tiene una mancha. No la tocaré. Apresúrate.

Apresúrate. No hay tiempo, tiempo. ¡Sólo faltan unas pocas horas para que lleguen esos condenados amigos!

Se dio vuelta alejándose.

Vio de reojo las telitas de araña. Cuando les volvió la espalda, las arañitas salieron de la

madera y tejieron delicadamente sus frágiles telitas casi invisibles. No en la pared de la izquierda, que acababa de limpiar, sino en las otras tres que aún no había tocado. Cada vez que las miraba directamente, las arañas se metían en las grietas de la madera, y salían cuando él se alejaba.

—Estas paredes están bien —insistió casi gritando—. ¡No las tocaré!

Se acercó a un escritorio donde Huxley había estado sentado. Abrió un cajón y sacó lo que buscaba. Una pequeña lupa que Huxley usaba a veces para leer. Tomó la lupa y fue hasta la pared, incómodo.

Huellas digitales.

—¡Pero éstas no son mías! —Acton ríe nerviosamente—. ¡Yo no las puse ahí! ¡Estoy seguro! ¡Un sirviente, un mayordomo, quizá una mucama!

La pared estaba llena de huellas.

—Mira ésta —dijo—. Larga y afilada, de mujer. Apostaría todo mi dinero.

—¿Apostarías?

—¡Apostaría!

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

—¿Realmente?

—Bueno... sí.

—¿Absolutamente?

—¡Sí, maldita sea, sí!

—Bórrala de todos modos, ¿por qué no?

—¡Allá va, Dios mío!

—Fuera con esa condenada mancha, ¿eh, Acton?

—Y ésta otra de al lado —se mofó Acton—. Es la huella de un hombre gordo.

—¿Estás seguro?

—¡No empieces otra vez! —estalló Acton, y la borró.

Se sacó un guante y alzó la mano, temblando, a la luz deslumbrante.

—¡Mira, idiota! ¿Ves cómo van los verticilos? ¿Ves?

—¡Eso no prueba nada!

—¡Oh, bueno, bueno!

Rabioso, frotó la pared de arriba a abajo, de derecha a izquierda, con las manos enguantadas, sudando, gruñendo, jurando, doblándose, incorporándose, con una cara cada vez más encendida.

Se sacó la chaqueta y la puso en una silla.

—Las dos —dijo, terminando la pared, mirando el reloj.

Se acercó al tazón de la mesa y sacó las frutas de cera y frotó la del fondo y la puso otra vez en su sitio y frotó el marco del cuadro.

Miró la araña de luces.

Los dedos se le retorcieron a los lados del cuerpo.

Se le abrió la boca y la lengua se le movió sobre los labios y miró la araña y apartó los ojos y miró otra vez la araña y miró el cuerpo de Huxley y luego la araña con sus largas perlas de cristal de arco iris.

Trajo una silla y la puso bajo la lámpara y apoyó un pie en el tapizado y lo bajó y arrojó la silla violentamente, riéndose, a un rincón. Luego salió corriendo del cuarto dejando una pared sin limpiar.

En el comedor se acercó a la mesa.

—Quiero mostrarte mi cuchillería gregoriana, Acton —había dicho Huxley. ¡Oh, aquella voz casual e hipnótica!

—No tengo tiempo —dijo Acton—. Tengo que ver a Lily...

—Tonterías, observa esta plata, esta exquisita orfebrería.

Acton se detuvo junto a la mesa donde se alineaban las cajas de cubiertos, oyendo una vez más la voz de Huxley, recordando cuántas veces los había tocado.

Fregó los tenedores y cucharas, y descolgó de la pared todos los platos decorativos y todas las cerámicas especiales...

—Mira esta hermosa pieza de cerámica de Gertrude y Otto Nazler, Acton. ¿Conoces sus trabajos?

—Es hermosa.

—Tómala. Dala vuelta. Mira la hermosa delgadez del tazón, trabajado a mano en la mesa giratoria, fino como una cáscara de huevo, increíble. ¿Y el asombroso lustre volcánico? Tómallo, adelante. No me importa.

Tómalo. Adelante. ¡Recógelo!

Acton sollozó entrecortadamente. Lanzó la pieza contra la pared. La cerámica se hizo trizas desparramándose en copos por el piso.

Un instante después Acton estaba de rodillas. Había que encontrar todos los pedazos, todos los fragmentos. ¡Tonto, tonto, tonto! se gritó a sí mismo, sacudiendo la cabeza y cerrando y abriendo los ojos y metiéndose debajo de la mesa. Encuentra todos los pedazos, idiota, no hay que olvidar uno solo. ¡Tonto, tonto! Los juntó. ¿Están todos? Los puso sobre la mesa, ante él. Miró otra vez debajo de la mesa y debajo de las sillas y los aparadores y gracias a la luz de un fósforo encontró otro fragmento más y se puso a frotar cada pedacito como si fuesen piedras preciosas.

Los dejó ordenadamente sobre la brillante mesa pulida.

—Una hermosa pieza de cerámica, Acton. Adelante... tócala.

Acton sacó los manteles y servilletas y los frotó, y frotó las sillas y mesas y pestillos y ventanas y anaqueles y cortinas, y frotó el piso y entró en la cocina, jadeando, respirando violentamente, y se sacó el chaleco y se ajustó los guantes y frotó los cromos resplandecientes...

—Te mostraré mi casa —dijo Huxley—. Ven...

Y Acton limpió todos los utensilios y los grifos de bronce y las ollas, pues ahora ya no recordaba qué cosas había tocado y cuáles no. Huxley y él habían estado un rato aquí en la cocina. Huxley orgulloso de su batería, ocultando su nerviosidad ante la presencia de un potencial asesino, quizá queriendo estar cerca de los cuchillos, que podía necesitar...

Habían estado un rato allí, tocando esto, aquello, alguna otra cosa, no podía recordar qué o cuánto o cuántas veces. Acton terminó con la cocina y cruzó el vestíbulo y entró otra vez en la sala donde yacía Huxley.

Acton gritó.

¡Había olvidado la cuarta pared! Y mientras se había ido, las arañitas habían salido de la cuarta pared sucia y habían corrido por las paredes limpias, ensuciándolas otra vez! En el cielo raso, desde el candelero, en los rincones, en el piso, ¡un millón de tejidas telas se estremeció con su grito! Mínimas, mínimas telitas, no más grandes que, irónicamente, tu... dedo.

Mientras Acton miraba, otras telas aparecieron sobre el marco del cuadro, el tazón de fruta, el cadáver, el piso. Las huellas cubrían el cortapapeles, los cajones abiertos, la superficie de la mesa, huellas, huellas, huellas en todo, en todas partes.

Acton frotó el piso furiosamente, furiosamente. Hizo rodar el cuerpo y lloró sobre él mientras lo limpiaba, y se incorporó y se acercó a la mesa y limpió la fruta en el fondo del tazón. Luego puso una silla bajo la lámpara, y se subió a la silla y limpió cada llamita colgante, sacudiéndola como una pandereta de cristal, hasta que la llama sonó como una campanilla. Luego saltó de la silla y frotó los pestillos y se subió a otras sillas y refregó las paredes más arriba y corrió a la cocina y sacó una escoba y quitó las telas de araña del cielo raso y limpió la fruta en el fondo del tazón y lavó el cuerpo y los pestillos y la platería y encontró la barandilla de la escalera y siguió la barandilla hasta el primer piso.

¡Las tres! En todas partes, con una furiosa y mecánica intensidad sonaban los relojes.

Había doce cuartos abajo y ocho arriba. Imaginó los metros y metros de espacio y tiempo que necesitaba. Cien sillas, seis sillones, veintisiete mesas, seis radios. Y abajo y arriba y detrás. Separó los muebles de las paredes, y sollozando, les sacó el polvo de muchos años atrás, y se tambaleó y siguió la barandilla hacia arriba, sosteniéndose, borrando, fregando, puliendo, pues si dejaba una sola huellita se reproduciría, y habría otra vez un millón de huellas. Habría que repetir el trabajo, ¡y ya eran las cuatro! Le dolían los brazos y se le habían hinchado los ojos que se clavaban fijamente en todas las cosas, y se movía pesadamente, sobre piernas extrañas, cabizbajo, moviendo los brazos, frotando y restregando, dormitorio por dormitorio, armario por armario.

Lo encontraron a las seis y media de la mañana.

En el altillo.

La casa entera resplandecía. Los floreros brillaban como astros de vidrio. Las sillas parecían barnizadas. Los hierros, los bronces y los cobres relucían. Los pisos chispeaban.

Las barandillas centelleaban.

Todo fulguraba, todo destellaba. ¡Todo era brillante!

Lo encontraron en el altillo frotando los viejos baúles y los viejos marcos y las viejas sillas y los viejos juguetes y cajitas de música y floreros y cubiertos y caballos de madera y monedas polvorientas de la guerra civil. Acababa de limpiarlo todo cuando el oficial de policía entró con un revólver.

—¡He terminado!

Cuando dejaba la casa, Acton frotó con su pañuelo el pestillo de la puerta de calle y cerró con un portazo triunfal.

El niño invisible

La vieja tomó el cucharón de hierro y la rana momificada y le dio un golpe y la pulverizó, y le habló al polvo mientras lo desmenuzaba rápidamente en sus puños de piedra. Los abalorios de sus grises ojos de pájaro chispeaban cada vez que miraba la cabaña. Una cabeza desaparecía entonces en la ventanita como si la vieja le hubiese disparado un tiro.

—¡Charlie! —gritó la vieja—. ¡Sal de ahí! ¡Estoy preparando una magia de lagarto para abrir esa puerta herrumbrada! ¡Sal ahora y no estremeceré la tierra ni haré arder los árboles ni que el sol se ponga a mediodía!

No se oía otro sonido que el de la cálida luz de la montaña en los terebintos, una ardilla copetuda que daba vueltas y vueltas sobre un verde tronco mohoso, las hormigas que se movían en una delgada línea castaña, a los pies desnudos y de venas azules de la vieja.

—¡Hace dos días que estás ahí muriéndote de hambre, condenado! —jadeó la vieja, haciendo sonar el cucharón sobre una piedra chata. Los golpes sacudían la bolsa gris de los milagros que le colgaba de la cintura. Un sudor agrio le corría por la cara. Se incorporó y fue hacia la cabaña, con la carne pulverizada en la mano—. ¡Sal de ahí! —Echó una pizca de polvo en el interior de la cerradura—. Muy bien, ¡iré a buscarte! —resolló.

Hizo girar el pestillo con una mano de color de nogal, primero hacia un lado, luego hacia el otro.

—Oh, Señor —entonó—, ¡ábreme esta puerta!

Nada se abrió, y la vieja añadió otro filtro y retuvo el aliento. Su larga y sucia falda azul susurró mientras miraba en la bolsa de sombra buscando algún monstruo escamoso, algún encantamiento de mayor poder que la rana que había matado meses atrás para una crisis como ésta.

Oyó la respiración de Charlie junto a la puerta. Sus padres habían escapado a alguna ciudad de Ozark en los primeros días de aquella semana, abandonándolo, y Tom había corrido diez kilómetros hasta la casa de la vieja. Ella era una especie de tía o prima, y a él no le importaban sus hábitos.

Pero luego, hacia dos días, la vieja se había acostumbrado ya a la compañía de Charlie, y había decidido quedarse con él. Le había pinchado el delgado hueso del hombro, había chupado tres perlas de sangre, y las había escupido por encima del hombro derecho, clavando al mismo tiempo la mano izquierda en el cuerpo del chico y gritando:

—¡Mi hijo eres, eres mi hijo, para toda la eternidad!

Charlie, saltando como una liebre asustada, se había lanzado de cabeza a un matorral, decidido a volver a su casa.

Pero la vieja, escurriéndose como una lagartija, lo había acorralado, y Charlie se había metido entonces en la vieja cabaña y no quería salir, aunque ella golpeará la puerta, la ventana o algún agujero en la madera, o preparase sus hogueras rituales, explicándole que él era ahora realmente su hijo, sin discusión.

—¿Charlie, estás ahí? —preguntaba la vieja abriendo agujeros en la madera de la puerta con sus brillantes ojitos astutos.

—Estoy aquí —respondió Charlie al fin, muy cansado.

Quizá Charlie caería al suelo en cualquier momento. La vieja movía esperanzadamente el pestillo. Quizás había puesto demasiado polvo de rana y había atascado la puerta. Ella ponía siempre un poco de más o un poco de menos en sus milagros. Nunca los hacía exactamente. ¡Al diablo con ellos!

—Charlie, sólo quiero charlar con alguien de noche, alguien para calentarme con él las manos al fuego. Alguien que me traiga la leña a la mañana, y cuide las chispas que salen de los troncos verdes. No pretendo aprovecharme de ti, hijo mío, sólo quiero tu compañía.

—La vieja chasqueó la lengua—. Algo más, Charles, ¡si sales te enseñaré cosas!

—¿Qué cosas? —desconfió Charlie.

—Te enseñaré a comprar barato y vender caro. A cazar una comadreja, cortarle la cabeza, y guardártela caliente en el bolsillo. ¡Esas cosas!

—Bah —dijo Charlie.

La vieja habló más de prisa.

—Te enseñaré a protegerte de los tiros. Si alguien te disparase con una escopeta, no te ocurriría nada.

Charlie guardó silencio, y la vieja le comunicó otro secreto con un murmullo agudo y tembloroso.

—Te enseñaré a desenterrar e hilvanar raíces de miosotis en viernes a la luz de la luna, y llevarlas como un collar envueltas en seda blanca.

—Estás loca —dijo Charlie.

—Te enseñaré a parar la sangre o paralizar a los animales o devolver la vista a caballos ciegos. ¡Te enseñaré a curar vacas empachadas o desencantar cabras! ¡Te enseñaré a hacerte invisible!

—Oh —dijo Charlie.

El corazón de la vieja golpeó como una pandereta del Ejército de Salvación.

El pestillo se movió desde adentro.

—Te burlas de mí.

—No, no —exclamó la vieja—. Oh, Charlie, imagínalo, te haré como una ventana, se podrá ver a través de tu cuerpo. ¡Te sorprenderás, Charlie!

—¿Realmente invisible?

—¡Realmente invisible!

—¿No me pegarás si salgo?

—No te tocaré un pelo, hijo mío.

—Bueno —dijo Charlie de mala gana—, muy bien.

Se abrió la puerta. Charlie estaba descalzo, cabizbajo.

—Hazme invisible —dijo.

—Primero tenemos que cazar un murciélago —dijo la vieja—. ¡Busquémoslo!

Le dio a Charlie un poco de carne salada para que calmara su hambre y miró cómo subía a un árbol.

Charlie subió y subió y era agradable verlo y era agradable tenerlo luego de tantos años de soledad, sin nadie a quien dar los buenos días sino los excrementos de los pájaros o las huellas plateadas de los caracoles.

Muy pronto un murciélago con el ala rota caía del árbol. La vieja lo atrapó al vuelo. El animal aleteaba y chillaba entre sus brillantes dientes de porcelana, y Charlie cayó detrás, tomándose las manos, gritando.

Aquella noche, cuando la luna pacía en los conos fragantes de los pinos, la vieja sacó una larga aguja de plata de entre los pliegues de su ancha falda azul. Excitada, expectante, alzó el murciélago muerto y apuntó firmemente, firmemente, con la aguja.

Había advertido hacía tiempo que a pesar de los sudores, las sales y los azufres, sus milagros fracasaban siempre. Pero soñaba aún que un día los milagros empezarían a realizarse, se alzarían en flores escarlatas y astros plateados para probar que Dios le había perdonado el rosado cuerpo y los rosados pensamientos y el cálido cuerpo y los cálidos pensamientos de la juventud. Pero hasta ahora Dios no había mostrado ninguna señal, ni había dicho una sola palabra, aunque nadie lo sabía sino la vieja.

—¿Listo? —le preguntó a Charlie, que se había acurrucado con las rodillas cruzadas, envolviéndose las piernas con los brazos de piel de gallina, y abría la boca.

—Listo —murmuró Tom, estremeciéndose.

—¡Ahora! —La vieja hundió profundamente la aguja en el ojo derecho del murciélago muerto—. ¡Ya!

—¡Oh! —gritó Charlie tapándose la cara.

—Ahora lo envuelvo en un pañuelo de algodón, y tómallo, pónitelo en el bolsillo, y guárdalo ahí con murciélago y todo. ¡Vamos!

Charlie se guardó el talismán.

—¡Charlie! —gritó la vieja asustada—. Charlie, ¿dónde estás? ¡No puedo verte!

—¡Aquí! —Charlie saltó de modo que la luz le corrió en rayas rojas sobre el cuerpo—.

¡Estoy aquí, vieja! —Se miró asombrado los brazos, las piernas, el pecho, los pies—.

¡Estoy aquí!

Los ojos de la vieja parecían mirar un millar de luciérnagas que se entrecruzaban en el turbulento aire de la noche.

—Charlie, ¡oh, qué rápido te fuiste! ¡Rápido como un colibrí! ¡Oh, Charlie, vuelve!

—¡Pero estoy aquí! —se quejó Charlie.

—¿Dónde?

—¡Junto al fuego! Y . . . y puedo verme. ¡No soy totalmente invisible!

La vieja se balanceó con las manos en las flacas caderas.

—¡Claro que puedes verte! Todas las personas invisibles se ven a sí mismas. ¿Cómo si no podrían comer, caminar, o ir de un sitio a otro? Charlie, tócame, tócame para que yo sepa que estás ahí.

Charlie extendió una mano torpe.

La vieja pretendió saltar, sobresaltarse.

—¡Ah!

—¿Quiere decir que no puedes encontrarme? —preguntó Charlie—. ¿De veras?

—¡Ni un pedacito de ti!

La vieja se volvió hacia un árbol y le clavó los ojos brillantes tratando de no mirar al chico.

—Bueno, parece que esta vez he hecho un milagro—. Suspiró maravillada—. Oh. Nunca hice invisible a nadie con tanta rapidez. Charlie, Charlie, ¿cómo te sientes?

—Como el agua de un arroyo... todo revuelto.

—Te serenarás.

Luego, tras una pausa, la vieja añadió:

—Bien, ahora que eres invisible, Charlie, ¿qué vas a hacer?

La vieja casi podía decir todo lo que había en la cabeza de Charlie. Aventuras que se alzaban y le bailaban como fuegos del infierno en los ojos; y la boca entreabierta hablaba de un niño que

se imaginaba a sí mismo un viento de la montaña. Charlie habló como en sueños:

—Correré por los trigales, subiré a los picos nevados, robaré gallinas blancas de las granjas. Patearé a cerdos rosados delante de la gente. Pellizcaré a hermosas niñas dormidas, y les tiraré de las ligas en los colegios.

—Charlie miró a la vieja, y ella vio de reojo que algo perverso le transformaba la cara a Charlie—. Y haré otras cosas, otras cosas, sí —dijo el chico.

—No intentes nada conmigo —advirtió la vieja—. Soy frágil como el hielo primaveral y no soporto que me golpeen. —Y en seguida añadió—: ¿Y qué harás con tus padres?

—¿Mis padres?

—No puedes volver así a tu casa. Les darás un susto descomunal. Tu madre se caerá de espaldas como un árbol. ¿Piensas que les gustará tropezar contigo en la casa y que tu madre tenga que llamarte cada tres minutos, aunque estés en el mismo cuarto, a su lado? Charlie no había pensado en eso. Pareció apagarse y susurró un breve: —Oh—, y se tocó cuidadosamente brazos y piernas.

—Te sentirás muy solo. La gente mirará a través de ti como si fueses un vaso de agua, y te golpearán pues no sabrán que estás ahí, delante. Y las mujeres, Charlie, las mujeres...

Charlie tragó saliva.

—¿Qué pasa con las mujeres?

—Ninguna mujer te mirará dos veces. ¡Y ninguna mujer querrá que la bese una boca que ni siquiera puede encontrar!

Charlie hundió los desnudos dedos de un pie en la tierra, contemplativamente.

—Bueno —dijo—, al fin y al cabo soy invisible por un hechizo. Me divertiré un tiempo.

Tendré mucho cuidado, eso es todo. No me pondré delante de los carros y los caballos y papá. Papá dispara su escopeta en cuanto oye un ruidito. —Charlie parpadeó—. Bueno, papá hasta podría dispararme una andanada algún día, pensando que soy una ardilla que se metió en el patio. Oh...

La vieja asintió ante un árbol.

—Así es.

—Bueno —decidió Charlie lentamente—. Me quedaré invisible esta noche y mañana puedes volverme como antes, vieja.

—Siempre queriendo ser lo que no se puede —le apuntó la vieja a un escarabajo sobre un leño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie.

—Trabajé mucho para hacerte invisible —explicó la vieja—. Me llevará un tiempo borrarlo todo. Es como borrar una capa de pintura, hijo.

—¡Tú! —gritó Charlie—. ¡Me hiciste esto! ¡Vuélveme como antes, hazme visible!

—Calma —dijo ella—. Te iré haciendo visible, pero por partes. Primero una mano, o un pie.

—¿Y qué pareceré andando por las lomas mostrando sólo una mano?

—Un pájaro de cinco alas que se posa en las piedras y los matorrales.

—¡O mostrando un pie!

—Un conejito rosado que salta en la hierba.

¡O con una cabeza flotante!

—Un globo peludo en la feria!

—¿Y cuánto tardaré en aparecer todo? —preguntó Charlie.

La vieja pensó un rato y dijo al fin que quizás todo un año.

Charlie gruñó, y se echó a llorar, mordiéndose los labios y apretando los puños.

—Me encantaste, hiciste esto, me lo hiciste a mí. ¡Ahora no podré volver a casa!

La vieja guiñó un ojo.

—Pero puedes quedarte aquí, hijo mío. Vivirás aquí cómodamente y yo te conservaré gordo y sano.

—¡Me hiciste esto a propósito! —clamó el chico—. ¡Vieja bruja! ¡Para que me quedase contigo!

Echó a correr entre los arbustos.

—¡Charlie, vuelve!

No hubo otra respuesta que el sonido de los pasos de Charlie en la suave hierba oscura, y un húmedo sollozo que se perdió rápidamente a lo lejos.

La vieja esperó y luego preparó el fuego.

—Volverá —susurró, y pensando en sí misma se dijo—: Y ahora tengo compañía para la primavera y el invierno. Más tarde, cuando esté cansada de él y desee un poco de silencio lo mandaré de vuelta a su casa.

Charlie volvió silenciosamente con el primer gris del alba, y se acercó a la vieja que se había acostado como una vara descolorida ante las desparramadas cenizas.

Se sentó en las piedras de un arroyo y la miró fijamente.

Ella no se atrevía a mirarlo, o a mirar por encima de él. El chico no había hecho ningún ruido. ¿Cómo podía saber ella que andaba por allí?

Charlie siguió sentado en las piedras, con huellas de lágrimas en las mejillas.

Fingiéndose que despertaba —aunque no había podido conciliar el sueño desde el fin de la última noche— la vieja se incorporó gruñendo y bostezando, y volviéndose hacia el alba.

—¿Charlie?

Los ojos de la vieja pasaron de los pinos al suelo, al cielo, a las lomas lejanas. Llamó a Charlie, una y otra vez, y sintió la tentación de quedarse mirándolo, como si no lo viese, pero se contuvo.

—¿Charlie? ¡Oh, Charles! —llamaba, y escuchaba como los ecos repetían el llamado.

Charlie, de pronto, sonrió un poco, con una mueca, sabiendo que aunque él estaba allí, cerca de ella, la vieja debía de sentirse sola. Quizá sentía crecer en él un poder secreto, quizá se sentía seguro ante el mundo; indudablemente su invisibilidad lo complacía.

—¿Pero dónde puede estar ese muchacho? —dijo la vieja en voz alta—. Si por lo menos hiciese un ruido y yo supiese dónde está exactamente, quizá podría servirle el desayuno.

Preparó las vituallas de la mañana, irritada por la continua inmovilidad de Charlie.

Ahumó el jamón en una vara de nogal.

—Este olor lo arrastrará por la nariz —murmuró.

Mientras estaba de espaldas, Charlie se acercó, arrebató el jamón y lo devoró rápidamente.

La vieja se volvió gritando:

—¿Charlie, eres tú?

Charlie se limpió la boca con el dorso de la muñeca. La vieja corrió por el claro, como si tratase de encontrar a Charlie. Al fin, fue rectamente hacia él, con las manos extendidas, como a tientas.

—Charlie, ¿dónde estás?

Como un relámpago, Charlie se hizo a un lado, saltando, esquivándola.

La vieja tuvo que dominarse para no echar a correr detrás; pero no es posible perseguir a niños invisibles, así que se sentó, enfurruñada, farfullando, y se puso a freír más jamón.

Pero cada vez que cortaba una lonja aparecía Charlie y se la llevaba del fuego, corriendo.

Al fin, con las mejillas encendidas, la vieja gritó:

—¡Sé dónde estás! ¡Ahí! ¡Te oigo correr! —Señaló un punto cercano a Charlie, no demasiado cercano. Charlie corrió otra vez—. ¡Estás ahí ahora! —gritó la vieja—. ¡Ahí, y ahí! —Y apuntó a todos los lugares en que había estado los últimos cinco minutos. Te oigo doblar una brizna de hierba, romper una flor, quebrar una ramita. Tengo finas orejas de caracol, delicadas como rosas. ¡Puedo oír cómo se mueven las estrellas!

Charlie trotaba silenciosamente entre los pinos, dejando la estela de su propia voz:

—¡No puedes oírme cuando estoy quieto en una roca!

Charlie se pasó el día en el observatorio de una roca, golpeado por el viento claro, inmóvil, y chupándose la lengua.

La vieja juntó leña en el bosque, sintiendo los ojos de Charlie en su espalda. Tenía deseos de gritar: "Oh, te veo, te veo. ¡Bromeaba cuando hablaba de niños invisibles!"

Pero tragaba saliva y apretaba los dientes.

A la mañana siguiente Charlie empezó a mostrarse rencoroso. Saltaba de detrás de los árboles, con caras de escuerzo, de rana, de araña, abriéndose la boca con los dedos, sacando los ojos, empujándose la nariz hacia atrás de modo que era posible verle el cerebro, cómo pensaba.

En una ocasión la vieja dejó caer la leña. Fingió que un grajo la había asustado.

Otra vez Charlie se acercó a ella con las manos abiertas como si fuese a estranglarla.

La vieja se estremeció ligeramente.

Charlie se acercó de nuevo como si fuese a patearle la pierna y escupirle la cara.

La vieja soportó esto sin un pestañeo ni un movimiento de la boca.

Charlie sacó la lengua, haciendo unos raros y feos ruidos. Movié las orejas y la vieja tuvo que contener la risa. Pero al fin se rió y se justificó en seguida diciendo:

—¡Me senté en una salamandra! ¡Cómo saltó!

Al mediodía aquella locura había llegado a alturas terribles.

¡Pues Charlie vino corriendo valle abajo totalmente desnudo!

La vieja casi cayó de espaldas, escandalizada.

—¡Charlie! —estuvo a punto de gritar.

Charlie corrió desnudo por una falda de la loma y bajó desnudo por la otra, desnudo como el día, desnudo como la luna, como el sol o un pollo recién nacido, con los pies brillantes y veloces como las alas de un colibrí que se desliza a ras de tierra.

La vieja había encerrado la lengua en la boca. ¿Qué podía decir? ¿Charlie, vístete? ¿Ten vergüenza? ¿No hagas esas cosas? ¿Podía acaso? Oh, Charlie, Charlie, Dios mío.

¿Qué podía decirle ella?

Lo vio bailar sobre una roca, saltando hacia arriba y hacia abajo, desnudo como en el día de su nacimiento, con los pies desnudos, golpeándose las rodillas con las palmas de las manos, y sacando y metiendo el estómago como un globo de circo que se infla y se desinfla.

La vieja cerró fuertemente los ojos y rezó.

Tres horas más tarde suplicó:

—¡Charlie, Charlie, ven! ¡Quiero decirte algo!

Charlie cayó de alguna parte como una hoja otoñal, vestido de nuevo, gracias al Señor.

—Charlie —dijo la vieja mirando los pinos—. Te veo el dedo pulgar del pie derecho. Ahí está.

—¿Lo ves? —dijo Charlie.

—Sí —dijo la vieja muy tristemente—. Es como un escuerzo en el pasto. Y ahí está tu oreja izquierda, suspendida en el aire como una mariposa rosada.

Charlie bailó.

—¡Me estoy formando! ¡Me estoy formando!

La vieja asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Ahí viene tu tobillo!

—¡Dame los dos pies! —ordenó Charlie.

—Ya los tienes.

—¿Y mis manos?

—Veo una que te sube por la rodilla como una araña.

¿Y la otra?

—Te está subiendo también.

—¿Tengo un cuerpo?

—Está asomando muy bien.

—Necesito la cabeza para ir a casa, vieja.

Para ir a casa, pensó ella con cansancio.

—¡No! —dijo, terca y enojada—. No, no tienes cabeza. ¡Sin cabeza! —gritó. Charlie quedaría así hasta el último momento—. ¡Sin cabeza! ¡Sin cabeza! —insistió.

—¿Sin cabeza? —gimió Charlie.

—Oh, oh, Dios mío, sí, sí, ¡tienes tu condenada cabeza! —estalló la vieja—. ¡Devuélveme ahora el murciélago con la aguja en el ojo!

Charlie le tiró el talismán.

—¡Jaaaa! ¡Yuuuu!

El grito de Charlie corrió por el valle y mucho después de haber desaparecido camino de su casa, la vieja escuchó y escuchó sus ecos.

Luego tomó su leña con una enorme y seca fatiga y emprendió la marcha hacia su choza, suspirando, hablando. Y Charlie la siguió todo el camino, realmente invisible esta vez, de modo que ella no podía verlo, sólo oírlo, como una piña que cae desde un árbol, o una profunda corriente subterránea, o una ardilla que corre por un tronco; y junto al fuego, a la hora del crepúsculo, la vieja se sentó junto a Charlie, él totalmente invisible, y ella ofreciéndole una lonja de jamón que él no podía tomar, así que se la comía ella, y luego preparó algunos encantamientos y se durmió con Charlie, un Charlie de ramas y andrajos y guijarros, pero tibio aún y su hijo, verdaderamente su hijo, dormido y hermoso entre los estremecidos brazos de su madre... y hablaron de cosas doradas con voces somnolientas, hasta que lentamente, lentamente, el alba

marchitó el fuego.

La máquina voladora

En el año 400 de nuestra era, los dominios del emperador Yuan se extendían junto a la Gran Muralla china, y las pacíficas tierras, húmedas de lluvia, eran verdes, y los súbditos ni demasiado felices ni demasiado desgraciados.

En la mañana del primer día de la primera semana del segundo mes del nuevo año, el emperador Yuan sorbía un poco de té y se abanicaba protegiéndose del calor de la brisa cuando un sirviente cruzó corriendo las losas rojas y azules del jardín, gritando:

—Oh, emperador, emperador, ¡un milagro!

—Sí —dijo el emperador—, el aire es suave esta mañana.

—¡No, no, un milagro! —dijo el sirviente con rápidas reverencias.

—Y el té tiene muy buen sabor. Esto es ciertamente un milagro.

—No, no, excelencia.

—Déjame pensar entonces... Se ha levantado el sol y estamos en un nuevo día. O el mar es azul. Este es sin duda el más hermoso de los milagros.

—¡Excelencia! ¡Un hombre está volando!

El emperador dejó de abanicarse.

—¿Qué?

—Lo vi, en el aire, con alas. Oí una voz que venía del cielo, y cuando alcé los ojos allí estaba, un dragón con un hombre en la boca, un dragón de papel y bambú, del color del sol y la hierba.

—Es temprano —dijo el emperador—, y acabas de despertar de un sueño.

—¡Es temprano, pero lo he visto! Venid y lo veréis también.

—Siéntate aquí conmigo —dijo el emperador—. Bebe un poco de té. Debe de ser algo raro, indudablemente, ver volar a un hombre. Tienes que pensarlo un tiempo, y yo también tengo que prepararme.

Bebieron té.

—Por favor —dijo al fin el sirviente—, o él hombre se irá.

El emperador se incorporó pensativamente.

—Bueno, puedes mostrarme ahora lo que has visto. Se internaron en un jardín, cruzaron un prado, pasaron por un puentecito, entre un grupo de árboles, y subieron a una colina.

—¡Ahí está! —dijo el sirviente. El emperador miró el cielo.

Y en el cielo, riéndose tan arriba que uno apenas podía oírlo, había un hombre; y el hombre estaba vestido con papeles brillantes y cañas como alas y una hermosa cola amarilla, y volaba de un lado a otro como el mayor de los pájaros en un universo de pájaros, como un nuevo dragón en una región de antiguos dragones.

El hombre les gritó desde lo alto en los frescos vientos de la mañana.

—¡Vuelo! ¡Vuelo!

El sirviente lo saludó con la mano.

—¡Sí, sí!

El emperador Yuan no se movió. Miró la Gran Muralla que asomaba ahora entre las nieblas lejanas, sobre las verdes colinas, la espléndida serpiente de piedras que se retorció majestuosamente a lo largo de todo el país. La maravillosa muralla que los protegía desde tiempos inmemoriales de las hordas enemigas y había preservado la paz durante innumerables años. Vio la ciudad, recogida en sí misma junto a un río, un camino, y una loma, que empezaba a despertar.

—Dime —le dijo al sirviente—, ¿ha visto algún otro a este hombre volador?

—Solo Yo, excelencia —dijo el sirviente sonriendo al cielo, agitando las manos.

El emperador miró el cielo otro minuto, y luego dijo:

—Dile que baje.

—¡Eh, baja, baja! ¡El emperador quiere verte! —llamó el sirviente con las manos a los lados de la boca.

El emperador miró en todas direcciones mientras el hombre volador bajaba deslizándose en el viento de la mañana. Vio un labrador que miraba el cielo, y se fijó dónde estaba.

El hombre alado descendió con un susurro de papeles y un crujido de cañas de bambú.

Se acercó orgullosamente al emperador, tropezando con su aparejo, e inclinándose al fin ante el anciano.

—¿Qué has hecho? —preguntó el emperador.

—He volado por el cielo, excelencia —replicó el hombre.

—¿Qué has hecho? —dijo otra vez el emperador.

—¡Acabo de decirlo!

—No me has dicho nada.

El emperador extendió una delgada mano para tocar el bonito papel y la quilla de pájaro del aparato. Olía a la frescura del viento.

—¿No es hermoso, excelencia?

—Sí, demasiado hermoso.

—¡Es único en el mundo! —sonrió el hombre—. Y yo soy el inventor.

—¿Único en el mundo?

—¡Lo juro!

—¿Algún otro sabe de esto?

—Nadie. Ni siquiera mi mujer, que creería que me ha trastornado el sol. Creyó que yo estaba haciendo una cometa. Me levanté de noche y caminé hasta los acantilados lejanos. Y cuando sopló la brisa de la mañana y se levantó el sol, me hice de coraje, excelencia, y salté del acantilado. ¡Volé! Pero mi mujer no sabe nada.

—Mejor para ella, entonces —dijo el emperador—. Vamos.

Regresaron al palacio. El sol estaba alto en el cielo ahora, y de las hierbas subía un olor refrescante. El emperador, el sirviente, y el hombre volador se detuvieron un momento en el vasto jardín.

El emperador golpeó las manos.

—¡Eh, guardias!

Los guardias vinieron corriendo.

—Apresad a este hombre.

Los guardias apresaron al hombre alado.

—Llamad al verdugo.

—¿Qué es esto? —gritó el hombre alado, sorprendido—. ¿Qué he hecho?

Se echó a llorar y el hermoso papel del aparato se movió susurrando.

—He aquí un hombre que ha inventado una cierta máquina —dijo el emperador—, y todavía nos pregunta qué ha hecho. No lo sabe él mismo. Ha inventado sin saber por qué, y sin saber para qué servirá su invento.

El verdugo vino corriendo con una afilada hacha de plata. Se detuvo y se quedó allí, inmóvil, preparados los brazos desnudos y musculosos, y la cara cubierta con una serena máscara blanca.

—Un momento —dijo el emperador.

Se volvió hacia una mesa cercana donde había una máquina que él mismo había creado. El emperador sacó una llavecita dorada que le colgaba del cuello. Metió la llave en la minúscula y delicada máquina y le dio cuerda, y la máquina funcionó.

La máquina era un jardín de metal y joyas. En marcha, los pájaros cantaban en pequeños árboles, los lobos se paseaban por bosques en miniatura, y unos hombrecitos corrían del sol a la sombra y de la sombra al sol, abanicándose con abanicos diminutos, escuchando menudos pájaros

de esmeralda, o inmóviles junto a unas fuentecitas susurrantes, aunque increíblemente pequeñas.

—¿No es hermoso? —dijo el emperador—. Si me preguntas qué he hecho aquí, puedo responderte. He hecho que unos pájaros cantasen, he hecho que murmurasen unos bosques, he hecho que la gente se paseara entre estos árboles, disfrutando de las hojas, las sombras y las canciones. Eso he hecho.

—¡Pero oh, emperador! —suplicó el hombre alado, de rodillas, con lágrimas que le rodaban por la cara—. ¡He hecho algo parecido! He descubierto belleza. He volado con el viento de la mañana. He contemplado las casas dormidas y los jardines. He olido el mar, y hasta lo he visto más allá de las montañas. Y me he deslizado en el aire como un pájaro; oh, no puedo decir qué hermoso era estar allá arriba, en el cielo, con el viento alrededor, el viento que soplaba sobre mí ora como una pluma, ora como un abanico, y cómo olía el cielo en la mañana. ¡Y qué libre me sentía! ¡Eso es hermoso, emperador, eso también es hermoso!

—Sí —dijo el emperador tristemente—. Sé que debe de ser así. Pues sentí que mi corazón se movía contigo en el aire y me pregunté: ¿Cómo será eso? ¿Cómo se sentirá uno? ¿Qué parecerán los lagos desde allá arriba? ¿Y mis casas y sirvientes? ¿Como hormigas? ¿Y las ciudades lejanas que aún no han despertado?

—¡Entonces perdóname la vida!

—Pero a veces —dijo el emperador aún más tristemente— uno debe renunciar a ciertas pequeñas bellezas si se quiere conservar la que se tiene. No te temo a ti, pero temo a otro hombre.

—¿Qué hombre?

—Algún otro hombre que al verte hará una máquina de bambú y papeles brillantes como la tuya. Pero ese otro hombre tendrá una cara malvada y un corazón malvado, y la belleza habrá desaparecido. Temo a ese hombre.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Quién puede decir que ese hombre, un día, no volará en un aparato de papel y cañas y arrojará grandes piedras sobre la Gran Muralla china? —preguntó el emperador.

Nadie se movió o habló.

—Córtale la cabeza —dijo el emperador.

El verdugo dejó caer el hacha de plata.

—Quemad la cometa y el cuerpo del inventor y enterrad juntas las cenizas —dijo el emperador.

Los guardias se retiraron a cumplir las órdenes.

El emperador se volvió hacia el sirviente que había visto volar al hombre.

—Cierra la boca. Todo fue un sueño. Un sueño muy triste y muy hermoso. Y a aquel labrador que también vio, dile que le pagaré para que piense que fue sólo una visión. Si esto se divulga alguna vez, tú y el labrador moriréis inmediatamente.

—Sois misericordioso, emperador.

—No, no soy misericordioso —dijo el anciano. Más allá del jardín vio a los guardias que quemaban la hermosa máquina de papel y cañas que olía al viento de la mañana. Vio que el humo oscuro subía al cielo. Sólo perplejo y temeroso. —Vio que los guardias cavaban un pozo para enterrar las cenizas—. ¿Qué es la vida de un hombre contra la de millones?

Debo consolarme con este pensamiento.

Sacó la llave de la cadena que llevaba al cuello y dio cuerda una vez más al hermoso jardín en miniatura. Se quedó mirando las tierras que llegaban a la Gran Muralla, la pacífica ciudad, los prados verdes, los ríos y arroyos. Suspiró. En el jardincito susurró la oculta y delicada maquinaria y se puso en movimiento; los hombrecitos paseaban por los bosques, las caritas asomaban en las sombras matizadas por el sol, y entre los arbolitos unos brillantes trocitos de canción azules y amarillos, volaban, volaban en aquel pequeño cielo.

—Oh —dijo el emperador, cerrando los ojos— mira los pájaros, mira los pájaros.

El asesino

La música se movía con él por los blancos pasillos. Pasó ante una puerta de oficina: La Viuda Alegre. Otra puerta: La Siesta De Un Fauno. Una tercera: Bésame Otra Vez. Dobló en un corredor. La Danza De Las Espadas lo sepultó bajo címbalos, tambores, ollas, sartenes, cuchillos, tenedores, un trueno y un relámpago de estaño. Todo quedó atrás cuando llegó a una antesala donde una secretaria estaba hermosamente aturdida por la Quinta de Beethoven. Pasó ante los ojos de la muchacha como una mano; ella no lo vio.

La radio pulsera zumbó.

—¿Si?

—Es Lee, papá. No olvides mi regalo.

—Sí, hijo, sí. Estoy ocupado.

—No quería que te olvidases, papá —dijo la radio pulsera.

Romeo y Julieta de Tchaikovsky cayó en enjambres sobre la voz y se alejó por los largos pasillos.

El psiquiatra caminó en la colmena de oficinas, en la cruzada polinización de los temas.

Stravinsky unido a Bach, Haydn rechazando infructuosamente a Rachmaninoff, Schubert golpeado por Duke Ellington. El psiquiatra saludó con la cabeza a las canturreantes secretarias y a los silbadores médicos que iban a iniciar el trabajo de la mañana. Llegó a su oficina, corrigió unos pocos textos con su lapicera, que cantó entre dientes, luego telefoneó otra vez al capitán de policía del piso superior. Unos pocos minutos más tarde, parpadeó una luz roja, y una voz dijo desde el cielo raso:

—El prisionero en la cámara de entrevistas numero nueve.

Abrió la puerta de la cámara, entró, y oyó que la cerradura se cerraba a sus espaldas.

—Váyase —dijo el prisionero, sonriendo.

La sonrisa sobresaltó al psiquiatra. Una sonrisa soleada y agradable, que iluminaba brillantemente el cuarto. El alba entre lomas oscuras. El mediodía a medianoche, aquella sonrisa. Los ojos azules chispearon serenamente sobre aquella confiada exhibición de dientes.

—Estoy aquí para ayudarlo —dijo el psiquiatra frunciendo el ceño.

Había algo raro en el cuarto. El médico había titubeado al entrar. Miró alrededor. El

prisionero se rió.

—Si está preguntándose por qué hay aquí tanto silencio, deshice la radio a puntapiés.

Violento, pensó el doctor.

El prisionero le leyó el pensamiento, sonrió, y extendió una mano suave.

—No, sólo con las máquinas que chillan y chillan. En la alfombra gris se veían pedazos de cable y lámparas de la radio de pared. Sintiendo sobre él aquel a sonrisa como una lámpara calorífera, el psiquiatra se sentó frente a su paciente, en un silencio insólito que era como la amenaza de una tormenta.

—¿Es usted el señor Albert Brock que se llama a si mismo El Asesino?

Brock asintió agradablemente.

—Antes de empezar. —Se movió con rapidez y sin ruido y le sacó al doctor la radio pulsera. La mordió como si fuese una nuez, y la radio crujió y estalló. Brock se la devolvió al médico como si le hubiese hecho un favor—. Es mejor así.

El psiquiatra se quedó mirando el arruinado aparato.

—Su cuenta de daños y perjuicios está creciendo.

—No me importa —sonrió el paciente—. Como dice la vieja canción: ¡No me importa lo que pasa!

El hombre tarareó.

—¿Empezamos? —dijo el psiquiatra.

—Muy bien. Mi primera víctima, o una de las primeras, fue el teléfono. Un crimen espantoso. Lo eché en el sumidero mecánico de mi cocina. Puse el aparato en punto medio. El pobre teléfono murió por estrangulación lenta. Luego maté a tiros el televisor.

—Mmm —dijo el psiquiatra.

—Le disparé seis tiros en el cátodo. Se oyó un hermoso tintineo, como una araña de luces que cae al piso.

—Linda imagen.

—Gracias, siempre soñé con ser escritor.

—¿Por qué no me dice cuando empezó a odiar el teléfono?

—Me aterrorizaba ya en la infancia. Un tío mío lo llamaba la máquina de los fantasmas.

Voces sin cuerpo. Me ponía los pelos de punta. Más tarde, nunca me sentí cómodo. El teléfono me parecía un instrumento impersonal. Si a él se le ocurría, dejaba que la personalidad de uno fuese por sus cables. Si no lo quería así, lo mismo le sacaba a uno la personalidad hasta que por el otro extremo salía una voz de pescado frío, toda acero, cobre, plásticos, sin calor, sin realidad. Es fácil decir alguna inconveniencia cuando se habla por teléfono; el teléfono cambia el significado de las frases. Y al fin uno se entera de que se ha ganado un enemigo. Luego, por

supuesto, el teléfono es algo tan conveniente.

Ahí está, exigiendo que uno llame a alguien que no quiere que lo llamen. Mis amigos estaban siempre llamando, llamando, llamándome. Demonios, no me dejaban tiempo para nada. Cuando no era el teléfono, era la televisión, la radio, el fonógrafo. Cuando no era la televisión, la radio o el fonógrafo eran las películas en el cine de la esquina, películas proyectadas en nubes bajas, con publicidad. Ya no llueve más agua, llueve espuma de jabón. Cuando no eran los anuncios en nubes de alta visibilidad, era la música de Mozzek en todos los restaurantes; música y anuncios en los ómnibus que me llevaban al trabajo.

Cuando no era la música, eran los intercomunicadores de la oficina, y la cámara de horror de una radio pulsera desde donde mis amigos y mi mujer me llamaban cada cinco minutos. ¿Qué hay en esas conveniencias que las hace parecer tan tentadoramente convenientes? El hombre común piensa: Aquí estoy, dispongo de tiempo, y aquí en mi muñeca hay un teléfono pulsera. ¿Por qué no llamar al viejo Joe, eh? "¡Hola, hola!"

Quiero mucho a mis amigos, a mi mujer, la humanidad. Pero cuando mi mujer me llama para preguntarme: "¿Dónde estás ahora, querido?", y un amigo me llama y dice:

"¿Conoces este chiste verde? Parece que una vez un tipo..." Y un desconocido me llama y grita: "Esta es la encuesta Encuentra-Rápido. ¿Qué caramelo de goma está masticando en este instante?" ¡Bueno!

—¿Cómo se sentía durante la semana?

—Al borde del precipicio. Aquella misma mañana hice eso en la oficina.

—¿Qué fue?

—Eché un vaso de agua en el intercomunicador.

El psiquiatra anotó en su libreta.

—¿Y el sistema se cerró?

—¡Magníficamente! ¡El cuatro de julio en ruedas! Dios mío, las estenógrafas corrían de un lado a otro como perdidas. ¡Qué confusión!

—¿Se sintió mejor durante un tiempo, eh?

—¡Muy bien! Al mediodía se me ocurrió cerrar la radio pulsera en la calle. Una voz aguda me gritaba: "Encuesta popular número nueve. ¿Qué almuerzo usted?" En ese mismo momento, ¡se acabó la radio pulsera!

—¿Se sintió mejor aún, eh?

—¡Cada vez mejor! —Brock se frotó las manos—. ¿Por qué no iniciar, pensé, una revolución solitaria, liberando al hombre de ciertas "conveniencias"? "¿Conveniente para quién?" grité. Conveniente para los amigos. "Eh, Al, te llamo desde el bar de Green Hills.

Acabo de abrir una botella de whisky, Al. Hermoso día. Ahora estoy tomando unos tragos.

¡Pensé que te gustaría saberlo, Al!" Conveniente para mi oficina, de modo que cuando ando

trabajando en mi coche, la radio no pierde el contacto conmigo. ¡Contacto! Palabra tímida. Contacto, demonios. ¡Estrujamiento. Manoseo, mejor. Aporreo y masajeo. Uno no puede dejar el coche sin avisar: "Me he detenido en la estación de gasolina para ir al cuarto de baño." "Muy bien, Brock, ¡rápido!" "Brock, ¿por qué tarda tanto?" "Lo siento, señor." "Que no se repita, Brock." "¡No, señor!" ¿Sabe usted que hice, doctor? Compré un cuarto kilo de helado de chocolate y lo eché en el transmisor de radio del coche.

—¿Tuvo alguna razón especial para echar en el aparato helado de chocolate?

Brock pensó un momento y sonrió.

—Es mi helado favorito.

—Ah —dijo el doctor.

—Pensé, demonios, lo que es bueno para mí es bueno también para el transmisor.

—¿Y por qué echar helado en la radio?

—Hacía calor.

El doctor calló un momento.

—¿Y qué vino luego?

—Luego vino el silencio. Dios, era hermoso. Aquella radio del auto cocleando todo el día. Brock, venga aquí, Brock, vaya allá, Brock, llame, Brock, escuche, muy bien, Brock, hora de almorzar, Brock, ha terminado el almuerzo, Brock, Brock, Brock, Brock. Bueno, aquel silencio fue como si me hubiese echado helado en las orejas.

—Parece que le gusta mucho el helado.

—Me paseé en el auto disfrutando del silencio. Es la franela más blanda y suave del mundo. El silencio. Una hora entera de silencio. Yo paseaba en el coche, sonriendo, sintiendo aquella franela en mis oídos. ¡Me emborraché de libertad!

—Continúe.

—Entonces se me ocurrió lo de la máquina portátil de diatermia. Alquilé una, y aquella noche subí con ella al ómnibus que me llevaría a casa. Todos los viajeros hablaban con sus mujeres por la radio pulsera diciendo: "Ahora estoy en la calle Cuarenta y tres, ahora en la Cuarenta y cuatro, aquí estoy en la Cuarenta y nueve, ahora doblamos en la Sesenta y una." Un marido maldecía: "Bueno, sal de ese bar, maldita sea y vete a casa a preparar la cena. ¡Estoy en la Setenta!" Y una radio de transistores tocaba Cuentos de los bosques de Viena, y un canario cantaba una canción acerca de una sopa de cereales. En ese momento ¡encendí mi aparato de diatermia! ¡Estática! ¡Interferencia! Todas las mujeres separadas de los maridos que habían acabado una dura jornada en la oficina.

¡Todos los maridos separados de sus mujeres que acababan de ver cómo sus chicos rompían una ventana! Talé los Bosques De Viena. El canario se atragantó. ¡Silencio! Un terrible, inesperado silencio. Los pasajeros del ómnibus tuvieron que afrontar la posibilidad de conversar entre ellos. ¡El pánico! ¡Un pánico puro y animal!

—¿Se lo llevó la policía?

—El ómnibus tuvo que detenerse. Después de todo, la música había desaparecido, maridos y mujeres habían perdido contacto con la realidad. Un pandemonio, un tumulto, y un caos. ¡Ardillas que chillaban en sus jaulas! Llegó una patrulla, me descubrieron rápidamente, me endilgaron un discurso, me multaron, y me mandaron a casa, sin el aparato de diatermia, en un santiamén.

—Señor Brock, ¿puedo sugerirle que su conducta hasta ese momento no había sido muy... práctica? Si no le gustaban las radios de transistores, o las radios de oficina, o las radios de auto, ¿por qué no se unió a alguna asociación de enemigos de la radio, firmó petitorios, o luchó por normas legales y constitucionales? Al fin y al cabo, estamos en una democracia.

—Y yo —dijo Brock— estoy en lo que se llama una minoría. Me uní a asociaciones, firmé petitorios, llevé el asunto a la justicia. Protesté todos los años. Todos se rieron.

Todos amaban las radios y los anuncios. Yo estaba fuera de lugar.

—Entonces tenía que haberse conducido como un buen soldado, ¿no le parece? La mayoría manda.

—Pero han ido demasiado lejos. Si un poco de música y "mantenerse en contacto" es agradable, piensan que mucha música y mucho "contacto" será diez veces más agradable. ¡Me volvieron loco! Llegué a casa y encontré a mi mujer histérica. ¿Por qué?

Porque había perdido todo contacto conmigo durante medio día. ¿Recuerda que bailé sobre mi radio pulsera? Bueno, aquella noche hice planes para asesinar la casa.

—¿Pero quiere que lo escriba así? ¿Está seguro?

—Es semánticamente exacto. Sabía que enmudecería. Mi casa es una de esas casas que hablan, cantan, tararean, informan sobre el tiempo, leen novelas, tintinean, entonan una canción de cuna cuando uno se va a la cama. Una casa que le chilla a uno una ópera en el baño y le enseña español mientras duerme. Una de esas cavernas charlatanas con toda clase de oráculos electrónicos que lo hacen sentirse a uno poco mas grande que un dedal, con cocinas que dicen: "Soy una torta de durazno, y estoy a punto", o "Soy un escogido trozo de carne asada, ¡sácame!", y otros cantitos semejantes. Con camas que lo mecen a uno y lo sacuden para despertarlo. Una casa que apenas tolera a los seres humanos, se lo aseguro. Una puerta de calle que ladra: "¡Tiene los pies embarrados, señor!" Y el galgo de un vacío electrónico que lo sigue a uno olfateándolo de cuarto en cuarto, sorbiendo todo fragmento de uña o ceniza que uno deja caer. ¡Jesucristo! ¡Jesucristo!

—Cálmese —sugirió el psiquiatra.

—¿Recuerda aquella canción de Gilbert y Sullivan, «Lo he anotado en mi lista, y jamás lo olvidaré»? Me pasé la noche anotando quejas. A la mañana siguiente me compré una pistola. Me embarré los zapatos a propósito. Me planté ante la puerta de calle. La puerta chilló: "¡Pies sucios, pies embarrados! ¡Límpiese los pies! ¡Por favor sea aseado!" Le disparé un tiro por el ojo de la cerradura. Corrí a la cocina, donde el horno lloriqueaba:

"¡Apágüenme!" En medio de una tortilla mecánica, enmudecí la cocina. O cómo siseó y gritó:

"¡Un corto circuito!" Entonces sonó el teléfono, como un murciélago. Lo eché en el sumidero mecánico. Debo declarar aquí que no tengo nada contra el sumidero. Lo siento por él, un dispositivo útil sin duda, que nunca dice una palabra, ronronea como un león somnoliento la mayor parte del tiempo, y digiere nuestros restos. Lo arreglaré. Luego fui y maté el televisor, esa bestia insidiosa, esa Medusa, que petrifica a un billón de personas todas las noches con una fija mirada, esa sirena que llama y canta y promete tanto, y da, al fin y al cabo, tan poco, y yo mismo siempre volviendo a él, volviendo y esperando, hasta que... ¡pum! Como un pavo sin cabeza, mi mujer salió chillando a la calle. Vino la policía. ¡Y aquí estoy!

Brock se echó hacia atrás, feliz, y encendió un cigarrillo.

—¿Y no pensó usted, al cometer esos crímenes, que la radio pulsera, el transmisor, el teléfono, la radio del ómnibus, los intercomunicadores, eran todos alquilados, o pertenecían a algún otro?

—Lo haría otra vez, que Dios me proteja.

El psiquiatra se quedó inmóvil bajo el sol de aquella beatífica sonrisa.

—¿Y no quiere que lo ayude la Oficina de Salud Mental? ¿Está preparado a soportar las consecuencias?

—Esto es sólo el comienzo —dijo el señor Brock—. Soy la vanguardia de unos pocos cansados de ruidos y órdenes y empujones y gritos, y música en todo momento, en todo momento en contacto con alguna voz de alguna parte, haz esto, haz aquello, rápido, rápido, ahora aquí, ahora allá. Ya veremos. La rebelión comienza. ¡Mi nombre hará historia!

—Mmm.

El psiquiatra parecía pensativo.

—Llevará tiempo, por supuesto. Era tan agradable al principio. La sola idea de esas cosas, tan prácticas, era maravillosa. Eran casi juguetes con los que uno podía divertirse.

Pero la gente fue demasiado lejos, y se encontró envuelta en una red de la que no podía salir, ni siquiera advertía que estaba dentro. Así que dieron a sus nervios otro nombre "La vida moderna", dijeron. "Tensión", dijeron. Pero recuérdelo, se ha echado la semilla. Me conocen en todo el mundo gracias a la TV, la radio, las películas. Es una ironía. Eso fue hace cinco días. Un billón de personas me conoce. Revise las columnas de las finanzas. Un día notará algo. Quizá hoy mismo. ¡Un alza repentina en las ventas de helado de chocolate!

—Entiendo —dijo el psiquiatra.

—¿Puedo volver a mi hermosa celda privada, donde podré estar solo y en silencio durante seis meses?

—Sí —dijo el psiquiatra en voz baja.

—No se preocupe por mí —dijo el señor Brock incorporándose—. Me voy a entretener un tiempo metiéndome ese blando, suave y callado material en las orejas.

—Mmm —dijo el psiquiatra yendo hacia la puerta.

—Saludos —dijo el señor Brock.

—Sí —dijo el psiquiatra.

Apretó el botón oculto de acuerdo con la clave. La puerta se abrió, el psiquiatra salió del cuarto, la puerta se cerró. El psiquiatra atravesó oficinas y corredores. Los primeros veinte metros de su marcha fueron acompañados por El tamboril chino. Luego se oyó Tzigana, Passacaglia y fuga en algo menor, El paso del tigre, El amor es como un cigarrillo. Sacó la radio pulsera rota del bolsillo como una manta religiosa muerta. Entró en su oficina. Sonó un timbre. Una voz vino del cielo raso:

—¿Doctor?

—Acabo de terminar con Brock.

—¿Diagnóstico?

—Parece completamente desorientado, pero jovial. Rehúsa aceptar las más simples realidades de su ambiente, y cooperar con ellas.

—¿Pronóstico?

—Indefinido. Lo dejé disfrutando con un trozo de material invisible.

Llamaron tres teléfonos. Un duplicado de su radio pulsera zumbó en un cajón del escritorio como una langosta herida. El intercomunicador lanzó una luz rosada y un clic- clic. Llamaron tres teléfonos. El cajón zumbó. Entró música por la puerta abierta. El psiquiatra, tarareando entre dientes, se puso la nueva radio pulsera en la muñeca, abrió el intercomunicador, habló un momento, atendió un teléfono, habló, atendió otro teléfono, habló, atendió un tercer teléfono, habló, tocó el botón de la radio pulsera, habló serenamente y en voz baja, con una cara descansada y tranquila, mientras se oía música y las luces se apagaban y encendían, los dos teléfonos llamaban otra vez, y él movía las manos, y la radio pulsera zumbaba, y los intercomunicadores conversaban, y unas voces hablaban desde el techo. Y así siguió serenamente el resto de una larga y fresca tarde de aire acondicionado; teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera...

La dorada cometa, el plateado viento

—¿La forma de un cerdo? —preguntó el mandarín.

—La forma de un cerdo —respondió el mensajero y partió.

—¡Oh, que mal día en un mal año! —exclamó el mandarín— cuando yo era niño, la ciudad de Kwan-Si, del otro lado de la montaña, era muy pequeña. Pero ahora ha crecido tanto que le pondrán una muralla.

—Pero, ¿por qué una muralla a tres kilómetros de distancia enoja y entristece a mi buen padre? —preguntó serenamente la hija del mandarín.

—Esa muralla —dijo el mandarín— ¡tiene la forma de un cerdo!. ¿No entiendes?, la muralla de nuestra ciudad tiene forma de una naranja. ¡El cerdo nos devorará velozmente!

—Ah.

El mandarín y su hija se quedaron pensando.

La vida estaba llena de presagios. En todas partes acechaban demonios. La muerte nadaba en la humedad de un ojo, el giro de un ala de gaviota significaba lluvia, un abanico sostenido así, la teja de un techo, y sí, hasta la muralla de una ciudad era de enorme importancia. Turistas y viajeros, caravanas de músicos, artistas, al llegar a estas dos ciudades, interpretando los signos dirían: "¿Una ciudad con forma de una naranja?"

¡No, entraré en la ciudad con forma de cerdo y prosperaré, y comeré y engordaré, y tendré suerte y riquezas!".

El mandarín sollozó.

—¡Todo está perdido!. Estos símbolos y signos me aterrorizan. Vendrán días malos para nuestra ciudad.

—Entonces —dijo la hija—, llama a los mamposteros y los constructores de templos.

Yo te hablaré desde detrás de la cortina de seda y tú sabrás que decirles.

El desesperado anciano golpeó las manos.

—¡Oh mamposteros! ¡Oh, constructores de ciudades y palacios!

Los hombres que conocían el mármol y el granito, el ónix y el cuarzo llegaron rápidamente. El mandarín los miró intranquilo, atendiendo al susurro que debía llegar de la cortina de seda, detrás

de su trono.

—Os he llamado... —dijo el susurro.

—Os he llamado —dijo el mandarín—, porque nuestra ciudad tiene forma de una naranja, y la vil ciudad de Kwan-Si tiene ahora la forma de un cerdo voraz.

Los mamposteros gimieron y lloraron. La muerte hizo sonar su bastón en el patio del palacio. La pobreza tosió en las sombras de la antesala.

—Y por lo tanto —dijo el susurro, dijo el mandarín—, vosotros, constructores de murallas, ¡traeréis herramientas y piedras y cambiareis la forma de nuestra ciudad!

Los arquitectos y albañiles abrieron la boca. El mandarín mismo abrió la boca ante lo que había dicho. El susurro susurró. El mandarín siguió diciendo:

—¡Y daréis a las murallas la forma de un garrote que golpeará al cerdo y lo hará huir!

Los mamposteros se incorporaron, gritando. Hasta el mandarín, deleitado ante las palabras que habían salido de su boca, aplaudió descendiendo del trono.

—¡De prisa! —gritó— ¡A trabajar!

Cuando se fueron los hombres, sonrientes y animados, el mandarín se volvió cariñosamente hacia la cortina de seda.

—Hija —murmuró—, quiero abrazarte.

No hubo respuesta. El mandarín miró del otro lado de la cortina. Ella se había ido.

Cuánta modestia, pensó el mandarín. Se ha escapado dejándome con el triunfo, como si fuera mío.

Las nuevas corrieron por la ciudad, y todos aclamaron al mandarín. Se llevaron piedras a las murallas. Los fuegos artificiales se dejaron a un lado, y los demonios de la muerte y de la pobreza no se detuvieron allí, pues todos trabajaban juntos. Al terminar el mes, habían cambiado la muralla. Era ahora una gran clava para alejar cerdos, jabalíes y hasta leones. El mandarín dormía todas las noches como un zorro feliz.

—Me gustaría ver al mandarín de Kwan-Si cuando oiga las noticias. ¡Qué pandemonio y qué histeria! Querrá arrojarse de lo alto de una montaña. Un poco más de vino, oh hija que piensa como un hijo.

Pero la alegría es como una flor invernal, muere rápidamente. La misma tarde un mensajero entró corriendo en la sala de audiencias:

—¡Oh mandarín, enfermedades, penas, terremotos, plagas de langostas y pozos de agua envenenada!

El mandarín se estremeció.

La ciudad de Kwan —dijo el mensajero—, si tenía forma de cerdo y que hicimos retroceder transformando nuestras murallas en un poderoso garrote, ha cambiado nuestro triunfo en cenizas. ¡Han construido las murallas de la ciudad como una gran hoguera para quemar nuestro garrote!

El corazón del mandarín se encogió como un fruto otoñal en un viejo árbol.

—¡Oh dioses! Los viajeros nos despreciarán, los comerciantes, al leer los símbolos, darán la espalda al garrote, destruido tan fácilmente, e irán hacia el fuego, que todo lo conquista.

—No —dijo un suspiro como un copo de nieve detrás de la cortina de seda.

—No —dijo el sorprendido mandarín.

—Dile a los constructores —dijo el susurro que era como una gota de lluvia— que den a nuestras murallas la forma de un lago brillante.

El mandarín lo dijo en voz alta para gran alivio de su corazón.

—Y con ese lago —dijeron el susurro y el viejo— ¡Apagaremos el fuego para siempre!

La alegría iluminó a la ciudad que había sido salvada otra vez por el magnífico Emperador de las Ideas. Corrieron a las murallas y las transformaron otra vez, cantando, no tan alto como antes, por supuesto, pues estaban cansados, y no tan rápidamente, pues como habían tardado un mes en modificar la muralla anterior, habían tenido que abandonar los negocios y las cosechas y estaban un poco más débiles y eran un poco más pobres.

Desde entonces los días se sucedieron horribles y maravillosos, encerrándose unos en otros como un nido de terribles cajas.

—Oh, emperador —gritó entonces el mensajero— ¡Kwan-Si ha cambiado sus murallas, y son ahora una boca que se beberá nuestro lago!

—Entonces —dijo el Emperador de pie, muy cerca de la cortina de seda—, ¡que se transformen nuestros muros en una aguja que coserá esa boca!

—¡Emperador! —dijo el mensajero— ¡Transformaron sus murallas en una espada para quebrar nuestra aguja!

El emperador se mantenía en pie agarrándose desesperadamente a la cortina de seda.

—¡Entonces cambiar las piedras, que se transformen en una vaina para guardar la espada!

—¡Misericordia! —lloró el mensajero a la mañana siguiente— Trabajaron toda la noche y transformaron la muralla en un rayo que destruirá la vaina.

La enfermedad se extendió por la ciudad como una jauría de perros salvajes. Las tiendas se cerraron. La población, que había trabajado durante meses interminables cambiando las murallas, se parecía a la muerte misma, entrechocando los blancos huesos como instrumentos musicales en el viento. Empezaron a aparecer funerales en las calles, aunque era pleno verano, y tiempo de cosechar y recoger. El mandarín cayó tan enfermo que tuvo que instalar la cama junto a la cortina de seda, y allí estaba, impartiendo miserablemente sus ordenes arquitectónicas. La voz de detrás de la cortina era débil también ahora, y lánguida, como el viento en los aleros.

—Kwan-Si es un águila. Nuestras murallas serán un nido para esa águila. Kwan-Si es un sol que quemará el nido. Construyan una luna para eclipsar el sol.

Como una máquina enmohecida la ciudad empezó a detenerse.

Al fin el susurro tras la cortina rogó:

—En nombre de los dioses. ¡Llamar a Kwan-Si!

El último día de verano cuatro hombres hambrientos llevaron al mandarín Kwan-Si, pálido y enfermo, a nuestra ciudad. Otros hombres sostuvieron a los dos mandarines, que se miraron débilmente. Sus alientos aleteaban en sus bocas como vientos invernales. Una voz dijo:

—Terminemos esto.

El viejo asintió.

—Esto no puede seguir —dijo la débil voz—. Nuestra gente no hace otra cosa que cambiar la forma de nuestras ciudades todos los días, todas las horas. No les queda tiempo para cazar, pescar, amar, reverenciar a sus antepasados y los hijos de sus antepasados.

—Así es —dijeron los mandarines de las ciudades de la Jaula, la Luna, la Lanza, el Fuego, la Espada y esto, aquello, y otras cosas.

—Llevadnos a la luz del sol —dijo la voz.

Transportaron a los viejos bajo el sol y sobre una pequeña loma. Unos pocos niños flacos remontaban cometas en la brisa de los últimos días de verano, cometas del color del sol, las ranas y las hierbas, el color del mar y el color de las monedas y el trigo.

La hija del primer mandarín estaba junto a la cama de su padre.

—Mirad —dijo.

—No hay más que cometas —dijeron los dos viejos.

—Pero que es una cometa en el suelo —dijo ella—, nada. ¿Qué necesita para sostenerse y ser hermosa y verdaderamente espiritual?

—¡El viento, por supuesto! —dijeron los otros.

—¿Y que necesitan el cielo y el viento para ser hermosos?

—Una cometa, por supuesto..., muchas cometas para quebrar la monotonía, la uniformidad del cielo. ¡Cometas de colores, que vuelen!.

—Sí —dijo la hija del mandarín—. Tú, Kwan-Si, cambiarás por última vez tu ciudad para que parezca nada más ni menos que el viento. Y nosotros tomaremos la forma de una cometa dorada. El viento hará hermosa a la cometa y la llevará a maravillosas alturas. Y la cometa quebrará la uniformidad de la existencia del viento y le dará sentido.

Uno no es nada sin el otro. Juntos todo es cooperación y una larga y prolongada vida.

Los dos mandarines se sintieron tan contentos que comieron por primera vez después de muchos días. Recobraron las fuerzas, se abrazaron y se elogiaron uno a otro, llamando a la hija del mandarín un muchacho, un hombre, una columna de piedra, un guerrero y un verdadero e inolvidable hijo. Casi inmediatamente se separaron a sus ciudades llamando y cantando, débiles pero felices.

Pasó el tiempo y las ciudades se llamaron Ciudad de la Cometa Dorada y la Ciudad del Viento Plateado. Y se cosecharon las cosechas y se atendieron otra vez los negocios, y todos engordaron, y la enfermedad huyó como un chacal asustado. Y todas las noches del año, los habitantes de la Ciudad de la Cometa podían oír el buen viento que los mantenía en el aire. Y los de la Ciudad del Viento podían oír como la cometa cantaba, susurraba, se elevaba y los embellecía.

—Así sea. —dijo el mandarín junto a la cortina de seda.

Nunca más la veo

Alguien golpeó suavemente la puerta de la cocina, y cuando la señora O'Brian abrió, allí estaba su mejor inquilino, el señor Ramírez, entre dos oficiales de policía. El señor Ramírez se quedó en el porche, inmóvil, pequeño.

—¡Señor Ramírez! —dijo la señora O'Brian.

El señor Ramírez parecía agobiado, como si no encontrara palabras para explicar la situación.

Había llegado a la casa de huéspedes de la señora O'Brian hacía más de dos años y había vivido allí desde entonces. Había llegado en ómnibus a San Diego desde la ciudad de México, y luego había ido a Los Angeles. Allí había encontrado el limpio cuartito, con un lustroso linóleo azul, y cuadros y almanaques en las floreadas paredes, y a la señora O'Brian, estricta y bondadosa patrona. Durante la guerra había trabajado en la fábrica de aeroplanos y había preparado partes de aeroplanos que volaban a algún sitio, y aún ahora, luego de la guerra, conservaba su trabajo. Había hecho dinero desde un principio.

Ahorrraba un poco, y se emborrachaba una vez por semana, privilegio incuestionable que se merecía todo buen trabajador según el modo de pensar de la señora O'Brian.

En el horno de la señora O'Brian se cocinaban unos pasteles. Pronto los pasteles saldrían del horno algo parecidos al señor Ramírez, tostados y brillantes, hendidos en algunas partes casi como los ojos del señor Ramírez. La cocina olía bien. Los policías se inclinaron hacia adelante, atraídos por el aroma. El señor Ramírez se miró los pies como si ellos lo hubieran llevado a aquella difícil situación.

—¿Qué ocurrió, señor Ramírez? —preguntó la señora O'Brian.

El señor Ramírez alzó los ojos y detrás de la señora O'Brian vio entonces la larga mesa puesta con el limpio mantel blanco, y una fuente, y vasos brillantes y frescos, y una jarra de agua con flotantes cubos de hielo, y un tazón de ensalada de papas y otro de bananas y naranjas, cortadas y azucaradas. A esta mesa estaban sentados, comiendo y charlando, los hijos de la señora O'Brian, los dos hijos mayores que comían y conversaban, y las dos hijas menores, que comían con los ojos fijos en los policías.

—He estado aquí treinta meses —dijo el señor Ramírez en voz baja, mirando las rollizas manos de la señora O'Brian.

—Bastante más que seis meses —dijo uno de los policías—. Tenía sólo un permiso temporario. Lo buscábamos desde hace tiempo.

Poco después de llegar, el señor Ramírez se había comprado una radio para su cuartito; a las tardes, la ponía muy alto y disfrutaba de ella. Y se había comprado un reloj pulsera y había disfrutado de él también. Y en muchas noches había caminado por las calles silenciosas y había visto las brillantes ropas en los escaparates y se había comprado algunas, y había visto algunas joyas y había comprado algunas para sus escasas amigas. Y había ido al cine cinco noches por semana durante un tiempo. Luego, también, había paseado en los ómnibus —toda la noche algunas noches— oliendo la electricidad, observando con los oscuros ojos los anuncios, sintiendo las ruedas que susurraban debajo de él, mirando al pasar las casitas dormidas y los grandes hoteles.

Además, había ido a los mejores restaurantes, donde le habían servido cenas de muchos platos, y al teatro y la ópera. Y se había comprado un coche, que más tarde, cuando se olvidó de pagarlo, el enojado vendedor se había llevado de la calle, frente a la casa de huéspedes.

—De modo que aquí estoy —dijo el señor Ramírez—, a decirle que debo dejar el cuarto, señora O'Brian. He venido a buscar mi equipaje y mis ropas y me iré con estos hombres.

—¿De vuelta a México?

—Sí, a Lagos. Un pueblo al norte de la ciudad de México.

—Lo siento, señor Ramírez.

—Ya guardé mis cosas —dijo el señor Ramírez roncamente, parpadeando con rapidez y moviendo ante él unas manos impotentes.

Los policías no lo tocaban. No era necesario.

—Aquí está la llave, señora O'Brian —dijo el señor Ramírez—. Ya tengo mi valija.

La señora O'Brian advirtió por primera vez que había una valija detrás del señor Ramírez, en el porche.

El señor Ramírez miró otra vez la gran cocina, y a los niños que comían y los brillantes cubiertos de plata y el lustroso piso encerado. Se volvió y miró largo rato la casa vecina, de tres pisos, alta y hermosa. Miró los balcones y las escaleras de emergencia, y las escaleras de los porches de atrás, y la ropa blanca que colgaba de los alambres y chasqueaba con el viento.

—Fue usted un buen inquilino —dijo la señora O'Brian.

—Gracias, gracias, señora O'Brian —dijo el señor Ramírez suavemente, y cerró los ojos.

La señora O'Brian estaba en el umbral, con una mano apoyada en la puerta entreabierta. Uno de los hijos dijo que se enfriaba la cena, pero ella se volvió meneando la cabeza y miró otra vez al señor Ramírez. Recordó un paseo que había hecho una vez a algunos pueblos mexicanos de la frontera, los días calurosos, los innumerables grillos que saltaban y caían o yacían muertos y quebradizos como los pequeños cigarros en los alféizares de las tiendas, y las acequias que llevaban el agua del río a las chacras lejanas, los sucios caminos, las hierbas secas. Recordó los pueblos silenciosos, la cerveza tibia, las comidas pesadas y calientes. Recordó los lentos caballos de tiro y los conejos sedientos en el camino. Recordó las montañas de hierro y los valles polvorientos y las playas que se extendían centenares de kilómetros sin otro sonido que el de las olas... ningún coche, ningún edificio, nada.

—Lo siento de veras, señor Ramírez.

—No quiero volver, señora O'Brian —dijo él débilmente—. Me gusta aquí. Quiero quedarme. He trabajado. Tengo dinero, y soy presentable, ¿no es así? ¡No quiero volver!

—Lo siento, señor Ramírez —dijo ella—. Me gustaría poder hacer algo.

—Señora O'Brian —gritó el señor Ramírez de pronto, con lágrimas en los ojos.

Extendió las manos y apretó fervientemente la mano de la mujer, sacudiéndosela, retorciéndosela, acercándola a él—. ¡Señora O'Brian, nunca más la veo, nunca más la veo!

Los policías sonrieron, pero el señor Ramírez no lo notó, y las sonrisas murieron pronto.

—Adiós, señora O'Brian. Ha sido muy buena conmigo. Oh, adiós, señora O'Brian.

Nunca más la veo.

Los policías esperaron a que el señor Ramírez se volviera, recogiera la valija, y se alejara. Luego lo siguieron, llevándose la mano a las gorras para saludar a la señora O'Brian. La mujer miró cómo bajaban los escalones del porche. Luego cerró suavemente la puerta y se acercó lentamente a su silla y la mesa. Apartó la silla y se sentó. Tomó el cuchillo y el tenedor y empezó otra vez con la carne asada.

—Apresúrate, mamá —dijo uno de los hijos—. Debe de estar fría.

La señora O'Brian se llevó un bocado a la boca y masticó largo rato, lentamente. Al fin se quedó mirando la puerta cerrada. Dejó en la mesa el cuchillo y el tenedor.

—¿Qué te pasa, mamá? —le preguntó su hijo.

—Acabo de darme cuenta —dijo la señora O'Brian llevándose la mano a la cara—. No volveré a ver al señor Ramírez.

Bordado

En el porche oscuro, en las últimas horas de la tarde, había un relampagueo de agujas, como el movimiento de un enjambre de insectos de plata a la luz. Las tres mujeres torcían la boca sobre el trabajo. Inclínaban los cuerpos hacia atrás, y luego imperceptiblemente hacia delante, moviendo las sillas mecedoras, y murmuraban. Cada una de las mujeres se miraba las manos como si hubiesen descubierto de pronto que allí golpeaban sus corazones.

—¿Qué hora es?

—Las cinco menos diez.

—Tengo que levantarme y pelar esos guisantes para la cena.

—Pero... —dijo una.

—Oh sí, me había olvidado. Tonta de mí...

La primera mujer se detuvo, dejó el bordado y la aguja, y miró por la puerta abierta del porche el tibio interior de la casa silenciosa, la callada cocina. Allí sobre la mesa, como los más puros símbolos de vida doméstica que ella hubiese podido ver, descansaba el montón de guisantes recién lavados, en sus limpias y elásticas cáscaras, esperando que unos dedos los trajeran al mundo.

—Ve a pelarlos si te hace feliz —dijo la segunda mujer.

—No —dijo la primera—. No quiero. No quiero realmente.

La tercera mujer suspiró. Bordó una rosa, una hoja, una margarita en un campo verde.

La aguja de bordar se alzaba y desaparecía.

La segunda mujer estaba trabajando en el más fino, el más delicado bordado de los tres, dando hábiles puntadas, lanzando la aguja por innumerables caminos. Su rápida y negra mirada acompañaba todos los movimientos. Una flor, un hombre, un camino, un sol, una casa; la escena crecía bajo su mano; una belleza en miniatura, perfecta en todos los hilados detalles.

—En momentos como éste parecería que una vuelve siempre a sus manos —dijo, y las otras asintieron de modo que las mecedoras se mecieron otra vez.

—Se me ocurre —dijo la primera mujer— que nuestras almas están en nuestras manos. Pues hacemos con ellas todas las cosas. A veces pienso que no las usamos bastante. Por lo menos es cierto que no usamos nuestras cabezas.

Todas miraron con más atención lo que hacían las manos.

—Sí —dijo la tercera—, cuando una recuerda toda una vida, parece que recordase menos las caras que las manos, y lo que ellas hicieron.

Contaron para sí mismas las tapas que habían levantado, las puertas que habían abierto y cerrado, las flores que habían recogido, las camas que habían tendido, todo con dedos rápidos o lentos, según su hábito o costumbre. Recordaban, y veían una agitación de manos, como en el sueño de un brujo, y puertas que se abrían de pronto de par en par, grifos que se cerraban, escobas sacudidas, niños azotados. No se oía otro sonido que un murmullo de manos rosadas; el resto era un sueño sin voces.

—No hay que preparar cenas esta noche, ni la noche de mañana o la de pasado mañana.

—No hay que abrir o cerrar ventanas.

—No hay que recortar recetas de cocina de los periódicos.

Y de pronto las tres mujeres se echaron a llorar. Las lágrimas les rodaron suavemente por la cara y cayeron sobre las telas donde se retorcían los dedos.

—Esto no nos ayudará —dijo al fin la primera mujer, llevándose la yema del pulgar a los párpados. Se miró el pulgar y estaba húmedo.

—¡Mirad qué he hecho! —dijo la segunda mujer, exasperada.

Las otras dejaron de bordar y miraron. La segunda mujer sostenía en alto su bordado.

La escena era casi perfecta. El bordado sol amarillo brillaba sobre el bordado campo amarillo, y el bordado camino castaño se curvaba hacia la bordada casa rosada. Pero en la cara del hombre junto al camino había algo raro.

—Tendré que sacar todos los hilos, para arreglarlo —dijo la segunda mujer.

—Qué lástima.

Todas miraron atentamente la hermosa escena que tenía un defecto.

La segunda mujer empezó a sacar los hilos con sus relampagueantes tijeritas. La figura salió hilo por hilo. La mujer tiraba y arrancaba, casi con un maligno placer. La cara del hombre desapareció. La mujer siguió tironeando de los hilos.

—¿Qué has hecho? —preguntó la otra mujer.

Se inclinaron y vieron lo que ella había hecho.

El hombre ya no estaba junto al camino. La mujer lo había quitado del todo.

No dijeron nada y volvieron a sus trabajos.

—¿Qué hora es? —preguntó una.

—Las cinco menos cinco.

—¿Dijeron que ocurrirá a las cinco?

—Sí.

—¿Y no saben aún qué pasará realmente cuando ocurra?

—No, no con seguridad.

—¿Por qué no los detuvimos antes que llegaran tan lejos, y alcanzara este tamaño?

—Es dos veces mayor que antes. No, diez veces. O quizás mil veces.

—Esta no es como la primera de la última docena. Es distinta. Nadie sabe qué hará.

Las tres mujeres esperaban en el porche entre el aroma de las rosas y la hierba recién cortada.

—¿Qué hora es?

—Las cinco menos un minuto.

Las agujas brillaron con fuegos de plata. Se sumergieron como un menudo cardumen de peces metálicos en el aire cada vez más oscuro del estío.

Muy lejos se oyó el zumbido de un mosquito. Luego algo parecido a un retumbar de tambores. Las tres mujeres torcieron las cabezas, escuchando. —¿No oiremos nada, no es cierto?

—Dicen que no.

—Quizás somos tontas. Quizás pasarán las cinco y seguiremos limpiando guisantes, abriendo puertas, revolviendo sopas, lavando platos, preparando almuerzos, pelando naranjas...

—¡Oh, cómo nos reiremos de habernos asustado con un viejo experimento!

Las tres mujeres se sonrieron un instante.

—Las cinco.

Las mujeres enmudecieron y volvieron al trabajo. Los dedos se apresuraron. Las caras se inclinaron sobre sus frenéticos movimientos. Los dedos bordaron lilas y hierbas y árboles y casas y ríos. No hablaban, pero uno podía oír cómo respiraban en el silencioso aire del porche.

Pasaron treinta segundos.

Al fin, la segunda mujer suspiró aliviada.

—Me parece que iré a pelar esos guisantes para la cena —dijo—. Yo...

Pero ni siquiera tuvo tiempo de alzar la cabeza. En alguna parte, a un lado, vio que el mundo brillaba y se incendiaba. No miró, pues sabía qué era, ni tampoco las otras, y en ese último instante los dedos de las tres siguieron volando. No miraron a un lado para ver qué le ocurría a la región, la ciudad, la casa, aun el porche. Se quedaron mirando los dibujos entre las manos revoloteantes.

La segunda mujer vio cómo se iba una flor bordada. Trató de bordarla de nuevo, pero se iba en seguida, y luego desaparecieron el camino y las briznas de hierba. Advirtió un fuego, que se movía lentamente casi, y se apoderaba de una casa bordada y le sacaba las tejas, y arrancaba una a una las hojas de un arbolito verde, y vio que el sol mismo se deshacía en la tela. Luego el fuego

pasó a la punta de la aguja que relampagueaba aún; observó el fuego que le corría por los dedos, los brazos, el cuerpo, y le deshacía el hilado del ser, tan esmeradamente que ella podía apreciar toda su demoníaca belleza. Nunca supo qué le hacía el fuego a las otras mujeres o el mobiliario o el olmo del patio. Pues ahora, ¡sí, ahora!, le arrancaba el bordado blanco de la carne, el hilado rosa de las mejillas, y al fin le entraba en el corazón, una rosa blanda y roja cosida con fuego, y le quemaba los frescos, bordados y delicados pétalos, uno a uno...

El gran juego blanco y negro

La gente cubrió las graderías detrás de los alambres, esperando. Nosotros, los chicos, salimos corriendo del lago, corrimos entre las casas blancas, chillando, y nos sentamos en las gradas, dejando marcas húmedas. El sol cálido caía entre los altos robles alrededor del campo de baseball . Nuestros padres y madres, con pantalones de golf o ligeros vestidos de verano, nos riñeron y nos ordenaron que nos quedásemos quietos.

Miramos expectantes hacia el hotel y la puerta trasera de la gran cocina. Unas pocas mujeres de color empezaron a cruzar el campo moteado de sombras, y diez minutos más tarde, en las lejanas graderías de la izquierda, bullía el color de las caras y brazos recién lavados. Luego de todos estos años, cada vez que recuerdo ese día, puedo oír los sonidos que hacía aquella gente. En el aire cálido, aquel sonido, cada vez que hablaban, era como un suave movimiento de arrullos de paloma.

Todos se agitaron divertidos, y estallaron risas en las gradas de la derecha, que se elevaron en el claro azul del cielo de Wisconsin. La puerta de la cocina se abrió de par en par y salieron corriendo los grandes y pequeños, oscuros y ruidosos mozos negros de uniforme, porteros, guardias de ómnibus, marineros, cocineros, lavacopas, jardineros y cuidadores de campos de golf. Se acercaron haciendo cabriolas, mostrando los finos y blancos dientes, orgullosos de sus nuevos uniformes de rayas rojas, alzando y bajando los zapatos brillantes sobre la hierba verde mientras pasaban ante las graderías y se internaban con perezosa rapidez en el campo, llamando a todos y todo.

Nosotros los chicos chillamos. ¡Allí estaban Long Johnson, el hombre que cortaba el césped, y Cavanaugh, el hombre de la droguería, y Shorty Smith y Pete Brown y Jiff Miller!

¡Y allí estaba Big Poe! ¡Nosotros los chicos gritamos, aplaudimos!

Big Poe era el hombre que estaba tan alto junto a la máquina de copos de maíz todas las noches, en el pabellón de baile de un millón de dólares, más allá del hotel a orillas del lago. Todas las noches yo le compraba maíz a Big Poe y él me echaba montones de crema.

Pateé y aullé.

—¡Big Poe! ¡Big Poe!

Y Big Poe me miró y estiró los labios para mostrar los dientes, y me saludó con la mano, y lanzó una carcajada.

Y mamá miró a la derecha, a la izquierda, y detrás de nosotros con ojos preocupados y me

golpeó el codo.

—Chist —dijo—. Chist.

—Bueno, bueno —dijo la señora que estaba junto a mi madre abanicándose con un periódico doblado—. Qué día para los sirvientes de color, ¿eh? La mejor época del año.

Se pasan el verano esperando el gran juego Blanco y Negro. Pero esto no es nada. ¿Ha visto usted la fiesta del cake-walk?

—Tenemos entradas —dijo mamá—. Para esta noche en el pabellón. Nos costaron un dólar cada una. Me parecieron bastante caras.

—Pero yo siempre dije —afirmó la mujer— que una debe gastar una vez al año. Y vale la pena verlos bailar. Tienen naturalmente...

—Ritmo —dijo mamá.

—Esa es la palabra —dijo la señora—. Ritmo. Eso tienen. Bueno, si viera usted a las camareras de color en el hotel. Han estado comprando sedas en la gran tienda de Madison desde hace un mes. Y se han pasado todos los minutos libres cosiendo y riéndose. Y he visto algunas de las plumas que compraron para los sombreros. De color vino y mostaza y azules y violetas. Oh, ¡será un espectáculo!

—Han estado aireando sus chaquetas de smoking —dijo—. ¡Las he visto colgadas de alambres detrás del hotel toda la semana!

—Mire cómo hacen cabriolas —dijo mamá—. Parece que piensan que van a ganarles a nuestros hombres.

Los hombres de color corrían hacia arriba y hacia abajo y gritaban con sus voces altas y aflautadas y sus voces graves, perezosas e interminables. En el centro del campo uno podía ver el relampagueo de sus dientes, los desnudos brazos levantados que se balanceaban y golpeaban los costados del cuerpo, mientras saltaban y corrían como conejos, exuberantes.

Big Poe tomó un doble puñado de palos, se los llevó a su gran hombro de toro, y echó a caminar con la cabeza hacia atrás, la boca abierta en una amplia sonrisa, moviendo la lengua cantando:

...para bailar me sacaré los zapatos, cuando toquen los Jerry Roll Blues; mañana a la noche en el baile de la Ciudad Oscura...

Big Poe subía y bajaba las rodillas, moviendo los palos como bastones musicales. Una ola de aplausos y risas suaves vino de las graderías de la izquierda, donde todas las rizadas jóvenes de color, de brillantes ojos castaños, esperaban alegres y anhelantes. Se movían rápidamente, de un modo gracioso y blando. Se reían como pájaros tímidos; saludaban a Big Poe agitando las manos y una de ellas gritó con una voz aguda:

—¡Oh, Big Poe! ¡Oh, Big Poe!

La sección blanca se unió cortésmente al aplauso cuando Big Poe terminó su baile.

—¡Eh, Poe! —aullé otra vez.

—¡Cállate, Douglas! —me dijo mamá.

Ahora los hombres blancos aparecían corriendo entre los árboles con sus uniformes puestos. Hubo un estruendo de aplausos y gritos en nuestras graderías y mucha gente se puso de pie. Los hombres blancos corrieron por el campo verde como relámpagos blancos.

—¡Oh, allá está el tío George! —dijo mamá—. ¿No tiene un magnífico aspecto?

Y allá estaba mi tío George, corriendo y tropezando, con un equipo que no le caía muy bien pues tío es barrigón, y tiene unos carrillos que le cuelgan siempre sobre el cuello de la camisa. Corría tratando de respirar y sonreír al mismo tiempo, levantando sus rollizas piernecitas.

—Qué bien están todos —se entusiasmó mamá.

Desde las graderías, yo observaba sus movimientos. Mamá estaba sentada a mi lado, y pienso que comparaba y pensaba también, y lo que veía la asombraba y desconcertaba.

Con que facilidad había venido corriendo la gente oscura, como esos antílopes y ciervos que se mueven lentamente en las películas de África, como criaturas de un sueño. Habían llegado como brillantes animales de un hermoso color castaño, animales que ignoraban que estaban vivos, pero vivían. Y cuando corrían extendiendo sus graciosas piernas, perezosas e intemporales, seguidas por los grandes brazos abiertos y los dedos flojos, y sonreían en el viento, sus caras no decían "¡Mírenme correr! ¡Mírenme correr!" No de ningún modo. Sus caras decían soñadoramente: "Señor, pero qué agradable es correr.

¿Ven cómo el suelo se desliza suavemente bajo mis pies? Dios, qué bien me siento. Los músculos se me mueven como aceite en los huesos, y no hay mayor placer en el mundo que el de correr". Y corrían. No había otro propósito en sus carreras que la alegría y la vida.

Los hombres blancos corrían trabajando, como trabajaban en todas las cosas. Uno se sentía turbado al verlos, pues estaban demasiado vivos en un sentido equivocado. A los negros no les importaba si uno los observaba o no; vivían, se movían. Jugaban con tanta seguridad que no pensaban en ninguna otra cosa.

—Sí, nuestros hombres están tan bien —dijo mi madre, repitiéndose a sí misma bastante desanimadamente.

Había mirado, había comparado los equipos. Había advertido en su interior que fácilmente se movían los hombres de color en sus uniformes, y qué tensamente, nerviosamente, estaban embutidos, apretados y estrujados los hombres blancos en sus trajes.

Creo que la tensión empezó entonces.

Creo que todos advirtieron qué ocurría. Vieron cómo los hombres blancos parecían senadores en traje de verano. Y admiraron el gracioso descuido de los hombres oscuros.

Y, como ocurre siempre en estos casos, la admiración se transformó en envidia, celos, irritación. Las conversaciones cambiaron.

—Ese es mi marido, Tom. ¿Por qué no levanta los pies? Está ahí y no se mueve.

—No te preocupes, no te preocupes. ¡Ya lo verás cuando llegue el momento!

—Eso digo yo. Mire a mi Henry, por ejemplo. Henry no se moverá continuamente, pero cuando estalla una crisis... ya lo verá usted. Oh... me gustaría que saludara con la mano por lo menos. ¡Eh, eh! ¡Hola, Henry!

—¡Miren cómo juega ese Jimmie Cosner!

Miré. Un hombre blanco, de mediana estatura, pecoso y pelirrojo, estaba haciendo payasadas en el campo. Sostenía un palo en equilibrio sobre la frente. Se oyeron risas en las graderías blancas. Pero se parecían a esas risas que se le escapan a uno cuando uno se siente turbado por alguien.

El árbitro ordenó comenzar el juego.

Se echó una moneda. Los negros golpearían primero.

—Maldita sea —dijo mi madre.

Los hombres de color corrieron felices por el campo.

Big Poe fue el primero en golpear. Yo grité entusiasmado. Big Poe tomó el palo en una mano como un mondadientes y caminó ociosamente hasta su puesto y se puso el palo al hombro, sonriendo a lo largo de la pulida superficie de la madera a las gradas donde estaban las mujeres de color con sus claros vestidos floreados, moviendo las piernas que colgaban entre las filas de asientos como tostadas barras de jengibre, y los cabellos que les caían en rizados sobre las orejas. Big Poe miraba especialmente la forma pequeña y delicada como un hueso de pollo de su amiga Katherine. Katherine era la que hacía las camas en el hotel y los pabellones a la mañana, la que golpeaba la puerta como un pájaro y preguntaba cortésmente si uno había acabado de soñar, pues si así había sido, ella se llevaría todas las viejas pesadillas y traería otras nuevas... Por favor, úselas una por vez, gracias. Big Poe sacudía la cabeza mirándola, como si no pudiese creer que ella estaba allí. Luego se volvió, con una mano balanceando el palo y la izquierda colgando flojamente para aguardar los tiros de prueba. Las pelotas pasaron siseando, se metieron en la boca abierta del guante del catcher, y fueron devueltas. El árbitro lanzó un gruñido.

El próximo tiro iniciaría el juego.

Big Poe dejó que la primera pelota pasara a su lado.

—Strike —anunció el árbitro.

Big Poe les guiñó el ojo a la gente blanca. ¡Bum!

—¡Strike! —gritó el árbitro..

La pelota vino por tercera vez.

De pronto, Big Poe fue una máquina lubricada que giraba sobre un eje, la mano que colgaba se alzó y tomó el palo por el mango, el palo giró, y se encontró con la pelota.

¡Tuac! La pelota subió hacia el cielo más allá de la línea ondulante de los robles, hacia el lago, donde un velero blanco se deslizaba silenciosamente. ¡La multitud aulló, y yo con más

fuerza! Allá fue el tío George, corriendo sobre sus piernas rollizas, con medias de lana, empequeñeciéndose a lo lejos..

Big Poe se quedó un momento mirando cómo se alejaba la pelota. Luego echó a correr.

Dio la vuelta al campo saltando, y de regreso a su puesto saludó a las muchachas de color naturalmente y felizmente con una mano, y ellas lo saludaron, chillando, desde sus asientos.

—Son gente muy desconsiderada —dijo mi madre.

—Pero así es el juego —dijo—. Han tenido sólo dos outs.

—Pero los tantos son siete a cero —protestó mi madre.

—Bueno, espere a que tiren nuestros hombres —dijo la señora junto a mi madre, apartando una mosca con una mano de pálidas venas azules—. Esos negros son demasiado pesados.

—¡Strike! —dijo el árbitro mientras Big Poe blandía el palo.

—Toda la semana pasada en el hotel —dijo la señora junto a mi madre, mirando fijamente a Big Poe —el servicio ha sido simplemente terrible. Las doncellas no hablaban más que del baile, y cuando una quería un poco de agua helada tardaban media hora en traerla. Se pasaban el día cosiendo.

—¡Primera pelota! —dijo el árbitro.

La mujer se agitó inquieta.

—Espero que esta semana termine pronto —dijo.

—¡Segunda pelota! —dijo el árbitro.

—¿Pero qué piensan? —preguntó mi madre—. ¿Están locos? —Y a la mujer que estaba a su lado—: Así es. Estuvieron raros toda la semana. Anoche tuve que pedirle dos veces a Big Poe que me pusiera más crema en mi maíz. Creo que quería ahorrar dinero o algo parecido.

—¡Tercera pelota! —gritó el árbitro.

La mujer junto a mi madre gritó de pronto y se abanicó furiosamente con el periódico.

—Bueno, se me acaba de ocurrir. ¿No sería terrible que ganaran ellos? Son capaces, ¿sabe usted? Son capaces.

Mi madre miró el lago, los árboles y luego se miró las manos.

—No sé por qué había de intervenir el tío George. Está haciendo el tonto. Douglas, ve a decirle a George que abandone ahora mismo. Es malo para su corazón.

—¡Afuera! —le gritó el árbitro a Big Poe.

—Ah —suspiraron las graderías.

Big Poe dejó caer su palo suavemente y caminó a lo largo de la línea del cuadrilátero.

Los hombres blancos parecían irritados, con las caras rojas y grandes islas de sudor bajo las axilas. Big Poe me miró. Le guiñé el ojo. El me devolvió el guiño. Comprendí entonces que no

había sido tan torpe.

Long Johnson iba a tirar ahora por el equipo de color.

Se acercó balanceándose a la pelota, moviendo los dedos para desentumecerlos.

El primer hombre blanco que iba a golpear era uno llamado Kódimer, que vendía trajes en Chicago todo el año.

Long Johnson tiró sobre el campo con una fácil y regulada precisión.

El señor Kodimer giró sobre sí mismo. El señor Kodimer guadañó el aire. Al fin el señor Kodimer arrojó la pelota a la tercera línea.

—Afuera, a la tercera base —dijo el árbitro, un irlandés llamado Mahoney.

El segundo hombre fue un joven sueco llamado Moberg. La pelota se elevó y bajó en el centro del campo donde la tomó un negro rollizo que no parecía gordo porque corría como una lisa y redonda bola de mercurio.

El tercer hombre fue un camionero de Milwaukee. Lanzó rectamente la pelota al centro del campo. Un buen golpe. Pero trató de superarse a sí mismo. Cuando llegó a la segunda base allí estaba Emancipated Smith con una bola blanca en su oscura, oscura mano, esperando.

Mi madre se echó hacia atrás en su asiento, resoplando.

—Bueno, ¡nunca lo hubiese creído!

—Está haciendo calor —dijo la señora vecina—. Me parece que daré un paseo por el lago. Hace demasiado calor para estarse sentada y mirar un juego tonto. ¿No me acompañaría, señora?

El juego siguió así durante seis turnos.

Los tantos eran once a cero, y Big Poe había salido tres veces a propósito. En la última mitad del quinto Jimmie Cosner fue a golpear por nuestro bando otra vez. Había estado ensayando toda la tarde, haciendo payasadas, dando directivas, diciéndole a todos a donde iba a disparar aquella píldora una vez que pudiese alcanzarla. Cruzó el campo ahora, confiado y con una voz de corneta. Llevaba seis palos en sus manitas, y los examinaba críticamente con sus brillantes ojitos verdes. Eligió uno, dejó caer los otros, corrió a su puesto, arrancando islitas de hierba verde con sus zapatos claveteados. Se echó hacia atrás la gorra sobre el polvoriento pelo rojo.

—¡Miren esto! —les gritó a las mujeres—. ¡Miren qué lección les doy a los oscuros!

¡Ya-ja!

Long Johnson movió el brazo como una lenta serpentina. Parecía una serpiente en la rama de un árbol, que se desenredaba y se lanzaba bruscamente hacia uno. La mano de Johnson se extendió de pronto, abierta, como colmillos negros, vacía. Y la píldora blanca cruzó el campo con el sonido de una navaja.

—¡Strike!

Jimmie Cosner dejó caer su palo y miró fijamente al árbitro. Durante un rato no dijo nada. Luego escupió deliberadamente cerca del pie del catcher, recogió otra vez el amarillo palo de

arce, y lo balanceó de modo que el sol lo envolvió en un nervioso halo. Al fin se lo puso en el hombro delgado, abriendo y cerrando la boca sobre los dientes manchados de nicotina.

¡Clap! sonó el guante del catcher..

Cosner se volvió, abriendo los ojos.

El catcher, como un mago negro, con brillantes dientes blancos, abrió el aceitado guante. Allí como el capullo de una flor blanca, estaba la pelota.

—¡Strike dos! —dijo el árbitro, lejos, al sol.

Jimmie Cosner dejó el palo en la hierba y se llevó las pecosas manos a las caderas.

—¿Quiere decirme que eso fue un tiro?

—Eso dije —asintió el árbitro—. Recoja el palo.

—Para dárselo por la cabeza —dijo Cosner bruscamente.

—¡Juegue o salga del campo!

Jimmie Cosner movió la boca como para juntar bastante saliva, la tragó enojado, y lanzó un amargo juramento. Inclinandose, alzó el palo y se lo llevó al hombro como un mosquete.

¡Y allí venía la pelota! Había nacido pequeña y ahora crecía hacia él. ¡Bam! Una explosión del palo amarillo. La pelota subió y subió en una espiral. Jimmie corrió hacia la primera base. La pelota hizo una pausa, como si estuviese pensando en la gravedad, allá arriba, en el cielo. Una ola se alzó y rompió en la costa del lago. La multitud aullaba.

Jimmie corría. La pelota se decidió al fin y bajó. Un hombre alto y delgado la recibió torpemente. La pelota resbaló a la hierba, fue recogida otra vez, y llevada rápidamente a la primera base.

Jimmie vio que iba a salir. Así que saltó con los pies adelante hacia la base.

Todos vieron cómo sus zapatos claveteados golpeaban el tobillo de Big Poe. Todos vieron la sangre roja. Todos oyeron el grito, el chillido, y vieron las pesadas nubes de polvo.

—¡No salí! —protestó Jimmie dos minutos más tarde.

Big Poe estaba sentado en el suelo. El médico se inclinó, probó el tobillo de Big Poe, diciendo "Mmm" y "No me gusta", y echó en la herida una medicina y envolvió el tobillo en una venda.

El árbitro miró a Cosner.

—¡Fuera del campo!

—¡Váyase al diablo! —dijo Cosner. Y se quedó allí, en la primera base, sacando y metiendo los carrillos, balanceando a los lados las manos pecosas—. No me sacó. ¡No me moveré de aquí! ¡A mí no me va a sacar ningún negro!

—No —dijo el árbitro—. Lo va a sacar un blanco. Yo. ¡Afuera!

—¡Dejó caer la pelota! ¡Hubo infracción! ¡No me sacó!

El árbitro y Cosner se miraron con furia.

Big Poe alzó los ojos desde el suelo donde estaban curándole el tobillo. Habló con una voz suave y grave observando serenamente a Cosner.

—Sí, no lo saqué, señor árbitro. Déjelo. No lo saqué.

Yo estaba allí. Lo oí todo. Yo y otros chicos habíamos corrido al campo para ver. Mi madre me gritaba que volviese a las graderías.

—Sí, no lo saqué —dijo otra vez Big Poe.

Todos los hombres de color gritaron.

—¿Qué te pasa, muchacho negro? ¿Te golpeaste la cabeza?

—Ya me oyeron —replicó Big Poe en voz baja, y mirando al doctor que le vendaba el tobillo—. No lo saqué. Déjenlo.

El arbitro lanzó un juramento.

—Muy bien, muy bien, ¡que se quede!

El árbitro se alejó por el campo, muy tieso, con el cuello rojo.

Ayudaron a levantarse a Big Poe.

—Mejor que no apoye el pie —previno el doctor.

—Puedo caminar —murmuró Big Poe.

—Mejor que no juegue.

—Puedo jugar —dijo Big Poe suavemente, sacudiendo la cabeza. Unas vetas húmedas se le secaban bajo los ojos blancos—. Jugaré bien. —No miraba a ninguna parte—. Jugaré bien.

—Oh —dijo el hombre de color de la segunda base, con una voz rara.

Todos los negros se miraron unos a otros, miraron a Big Poe, luego a Jimmie Cosner, el cielo, el lago, la multitud. Regresaron lentamente a sus puestos. Big Poe apenas tocaba el suelo con su pie lastimado, balanceándose. El doctor le dijo algo. Pero Big Poe lo despidió con un ademán.

El árbitro llamó al bateador.

Nos instalamos otra vez en las graderías. Mi madre me pellizcó la pierna y me preguntó por qué no podía quedarme quieto. Hacía cada vez más calor. En la costa del lago rompieron tres o cuatro olas más. Detrás del alambrado las señoras se abanicaban las caras húmedas y los hombres corrieron sus traseros hacia adelante en las tablas y sostuvieron unos periódicos sobre los ojos ceñudos para mirar a Big Poe que se alzaba como un pino gigantesco en la primera base, y a Jimmie Cosner a la inmensa sombra de aquel árbol oscuro.

El joven Moberg se acercó a batear por nuestro equipo.

Se oyó un grito, un grito solitario, como de un pájaro sediento, que se elevó sobre la hierba

resplandeciente.

—¡Vamos, sueco, vamos, sueco!

Era Jimmie Cosner quien llamaba. Las graderías le clavaron los ojos. Las cabezas oscuras giraron sobre sus húmedos pivotes; las caras negras se volvieron hacia él, mirándolo, observando su delgada espalda, nerviosamente arqueada.

—¡Vamos, sueco! ¡Démosles una lección a los muchachos negros! —rió Cosner.

La voz de Cosner murió arrastrándose. Hubo un completo silencio. Sólo se oyó el ruido del viento entre los altos y brillantes árboles.

—Vamos, sueco, hazles tragar la vieja píldora.

Long Johnson que iba a tirar la pelota inclinó la cabeza. Lentamente, deliberadamente, observó a Cosner. Cruzó luego una mirada con Big Poe, y Jimmie Cosner vio la mirada y calló, tragando saliva.

Long Johnson no se apresuró a tirar.

Cosner esperaba.

Long Johnson preparaba el tiro.

Jimmie Cosner retrocedió hasta el almohadón, se besó la mano, y golpeó con ella suavemente el centro del almohadón. Luego alzó los ojos y miró alrededor sonriendo.

Long Johnson dobló y alzó un largo brazo articulado, curvó unos amantes y oscuros dedos sobre la pelota de cuero, echó el brazo hacia atrás y...

Cosner bailó en la primera base, saltando hacia arriba y abajo como un mono. Long Johnson no lo miraba. Sus ojos apuntaban secretamente, tímidos y divertidos a un lado.

En seguida, sacudiendo la cabeza, asustó a Cosner que retrocedió hasta el almohadón.

Cosner esperó allí con una mirada burlona.

La tercera vez que Johnson fue a tirar, Cosner había salido ya del almohadón y corría hacia la segunda base.

La mano de Johnson se lanzó hacia delante. Bum golpeó la pelota en el guante de Poe en la primera base.

Todo pareció inmóvil. Durante un segundo.

El sol en el cielo, el lago y sus botes, las gradas, la mano de Johnson en el aire luego de haber tirado la pelota, Big Poe con la pelota en su poderosa mano negra, los jugadores que miraban agachados la escena. Y lo único móvil en todo aquel mundo de verano era Jimmie Cosner que corría, levantando polvo.

Big Poe se inclinó hacia adelante, apuntó a la segunda base, echó hacia atrás la poderosa mano derecha, y arrojó la blanca pelota rectamente a lo largo de la línea hasta que alcanzó la cabeza de Jimmie Cosner.

Inmediatamente, se rompió el hechizo.

Jimmie Cosner estaba tendido en la hierba. La gente bullía en las gradas. Se oían juramentos, y gritos de mujeres, y un ruido de madera mientras los hombres bajaban corriendo por las tablas de las graderías. El equipo de color desapareció del campo.

Jimmie Cosner se quedó allí, tendido. Big Poe, con una cara inexpresiva, dejó lentamente la escena apartando hombres blancos como broches de ropa cuando trataban de detenerlo. Los alzaba simplemente y los tiraba lejos.

—¡Vamos, Douglas! —chilló mamá, agarrándome el brazo—. ¡Vamos a casa! ¡Pueden tener navajas! ¡Oh!

Aquella noche, luego del tumulto de la tarde, mis padres se quedaron en casa leyendo revistas. Todas las casas de alrededor estaban iluminadas. Nadie había salido. A lo lejos se oía música. Me deslicé por la puerta trasera, internándome en la madura oscuridad del verano, y corrí hacia el pabellón de baile. Todas las luces estaban encendidas, y tocaba la música.

Pero no había gente blanca a las mesas. Nadie había venido al baile.

Sólo había gente de color. Mujeres con brillantes vestidos de seda rojos y azules y medias nuevas y guantes blandos, con sombreros adornados de plumas moradas, y hombres de chaquetas brillantes. La música estallaba afuera, arriba, abajo, alrededor del salón. Y riendo y echando las piernas al aire estaban Long Johnson y Cavanaugh y Jiff Miller y Pete Brown, y, cojeando, Big Poe, con Katherine, su amiga, y todos los otros cortadores de césped y barqueros y porteros y camareras, todos en la pista y a la vez.

Había tanta oscuridad alrededor del pabellón; las estrellas brillaban en el cielo negro, y yo estaba afuera, con la nariz aplastada contra los vidrios, mirando mucho, mucho tiempo, silenciosamente.

Me fui a la cama sin decirle a nadie lo que había visto.

Me acosté simplemente en la oscuridad oliendo las manzanas maduras y oyendo el lago, y escuchando la música maravillosa, débil y distante. Poco antes de dormirme escuché otra vez aquellas líneas: ...para bailar me sacaré los zapatos, cuando toquen los Jerry Roll Blues; mañana a la noche en el baile de la Ciudad Oscura...

El ruido de un trueno

El anuncio en la pared parecía temblar bajo una móvil película de agua caliente. Eckels sintió que parpadeaba, y el anuncio ardió en la momentánea oscuridad:

SAFARI EN EL TIEMPO S.A.
SAFARIS A CUALQUIER AÑO DEL PASADO.
USTED ELIGE EL ANIMAL
NOSOTROS LO LLEVAMOS ALLÍ, USTED LO MATA.

Una flema tibia se le formó en la garganta a Eckels. Tragó saliva empujando hacia abajo la flema. Los músculos alrededor de la boca formaron una sonrisa, mientras alzaba lentamente la mano, y la mano se movió con un cheque de diez mil dólares ante el hombre del escritorio.

—¿Este safari garantiza que yo regrese vivo?

—No garantizamos nada —dijo el oficial—, excepto los dinosaurios. —Se volvió—. Este es el señor Travis, su guía safari en el pasado. Él le dirá a qué debe disparar y en qué momento. Si usted desobedece sus instrucciones, hay una multa de otros diez mil dólares, además de una posible acción del gobierno, a la vuelta.

Eckels miró en el otro extremo de la vasta oficina la confusa maraña zumbante de cables y cajas de acero, y el aura ya anaranjada, ya plateada, ya azul. Era como el sonido de una gigantesca hoguera donde ardía el tiempo, todos los años y todos los calendarios de pergamino, todas las horas apiladas en llamas. El roce de una mano, y este fuego se volvería maravillosamente, y en un instante, sobre sí mismo. Eckels recordó las palabras de los anuncios en la carta. De las brasas y cenizas, del polvo y los carbones, como doradas salamandras, saltarán los viejos años, los verdes años; rosas endulzarán el aire, las canas se volverán negro ébano, las arrugas desaparecerán. Todo regresará volando a la semilla, huirá de la muerte, retornará a sus principios; los soles se elevarán en los cielos occidentales y se pondrán en orientes gloriosos, las lunas se devorarán al revés a sí mismas, todas las cosas se meterán unas en otras como cajas chinas, los conejos entrarán en los sombreros, todo volverá a la fresca muerte, la muerte en la semilla, la muerte verde, al tiempo anterior al comienzo. Bastará el roce de una mano, el más leve roce de una mano.

—¡Infierno y condenación! —murmuró Eckels con la luz de la máquina en el rostro delgado—. Una verdadera máquina del tiempo. —Sacudió la cabeza—. Lo hace pensar a uno. Si la elección hubiera ido mal ayer, yo quizá estaría aquí huyendo de los resultados.

Gracias a Dios ganó Keith. Será un buen presidente.

—Sí —dijo el hombre detrás del escritorio—. Tenemos suerte. Si Deutscher hubiese ganado, tendríamos la peor de las dictaduras. Es el antitodo, militarista, anticristo, antihumano, antintelectual. La gente nos llamó, ya sabe usted, bromeando, pero no enteramente. Decían que si Deutscher era presidente, querían ir a vivir a 1492. Por supuesto, no nos ocupamos de organizar evasiones, sino safaris. De todos modos, el presidente es Keith. Ahora su única preocupación es... Eckels terminó la frase:

—Matar mi dinosaurio.

—Un Tyrannosaurus rex. El lagarto del Trueno, el más terrible monstruo de la historia.

Firme este permiso. Si le pasa algo, no somos responsables. Estos dinosaurios son voraces. Eckels enrojció, enojado.

—¡Trata de asustarme!

—Francamente, sí. No queremos que vaya nadie que sienta pánico al primer tiro. El año pasado murieron seis jefes de safari y una docena de cazadores. Vamos a darle a usted la más extraordinaria emoción que un cazador pueda pretender. Lo enviaremos sesenta millones de años atrás para que disfrute de la mayor y más emocionante cacería de todos los tiempos. Su cheque está todavía aquí. Rómpalo.

El señor Eckels miró el cheque largo rato. Se le retorcían los dedos.

—Buena suerte —dijo el hombre detrás del mostrador—. El señor Travis está a su disposición.

Cruzaron el salón silenciosamente, llevando los fusiles, hacia la Máquina, hacia el metal plateado y la luz rugiente.

Primero un día y luego una noche y luego un día y luego una noche, y luego día-noche- día-noche-día. Una semana, un mes, un año, ¡una década! 2055. 2019. ¡1999! ¡1957!

¡Desaparecieron! La Máquina rugió.

Se pusieron los cascos de oxígeno y probaron los intercomunicadores. Eckels se balanceaba en el asiento almohadillado, con el rostro pálido y duro. Sintió un temblor en los brazos y bajó los ojos y vio que sus manos apretaban el fusil. Había otros cuatro hombres en esa máquina. Travis, el jefe del safari, su asistente, Lesperance, y dos otros cazadores, Billings y Kramer. Se miraron unos a otros y los años llamearon alrededor.

—¿Estos fusiles pueden matar a un dinosaurio de un tiro? —se oyó decir Eckels.

—Si da usted en el sitio preciso —dijo Travis por la radio del casco—. Algunos dinosaurios tienen dos cerebros, uno en la cabeza, otro en la columna espinal. No les tiraremos a éstos, y tendremos más probabilidades. Acíérteles con los dos primeros tiros a los ojos, si puede, cegándolo, y luego dispare al cerebro.

La máquina aulló. El tiempo era una película que corría hacia atrás. Pasaron soles, y luego diez millones de lunas.

—Dios santo —dijo Eckels—. Los cazadores de todos los tiempos nos envidiarían hoy.

África al lado de esto parece Illinois.

El sol se detuvo en el cielo.

La niebla que había envuelto la Máquina se desvaneció. Se encontraban en los viejos tiempos, tiempos muy viejos en verdad, tres cazadores y dos jefes de safari con sus metálicos rifles azules en las rodillas.

—Cristo no ha nacido aún —dijo Travis—. Moisés no ha subido a la montaña a hablar con Dios. Las pirámides están todavía en la tierra, esperando. Recuerde que Alejandro, Julio César, Napoleón, Hitler... no han existido.

Los hombres asintieron con movimientos de cabeza.

—Eso —señaló el señor Travis— es la jungla de sesenta millones dos mil cincuenta y cinco años antes del presidente Keith.

Mostró un sendero de metal que se perdía en la vegetación salvaje, sobre pantanos humeantes, entre palmeras y helechos gigantes.

—Y eso —dijo— es el Sendero, instalado por Safari en el Tiempo para su provecho.

Flota a diez centímetros del suelo. No toca ni siquiera una brizna, una flor o un árbol. Es de un metal antigravitatorio. El propósito del Sendero es impedir que toque usted este mundo del pasado de algún modo. No se salga del Sendero. Repito. No se salga de él.

¡Por ningún motivo! Si se cae del Sendero hay una multa. Y no tire contra ningún animal que nosotros no aprobemos.

—¿Por qué? —preguntó Eckels. Estaban en la antigua selva. Unos pájaros lejanos gritaban en el viento, y había un olor de alquitrán y viejo mar salado, hierbas húmedas y flores de color de sangre.

—No queremos cambiar el futuro. Este mundo del pasado no es el nuestro. Al gobierno no le gusta que estemos aquí. Tenemos que dar mucho dinero para conservar nuestras franquicias. Una máquina del tiempo es un asunto delicado. Podemos matar inadvertidamente un animal importante, un pajarito, un coleóptero, aun una flor, destruyendo así un eslabón importante en la evolución de las especies.

—No me parece muy claro —dijo Eckels.

—Muy bien —continuó Travis—, digamos que accidentalmente matamos aquí un ratón.

Eso significa destruir las futuras familias de este individuo, ¿entiende?

—Entiendo.

—¡Y todas las familias de las familias de ese individuo! Con sólo un pisotón aniquila usted primero uno, luego una docena, luego mil, un millón, ¡un billón de posibles ratones!

—Bueno, ¿y eso qué? —inquirió Eckels.

—¿Eso qué? —gruñó suavemente Travis—. ¿Qué pasa con los zorros que necesitan esos ratones para sobrevivir? Por falta de diez ratones muere un zorro. Por falta de diez zorros, un león

muere de hambre. Por falta de un león, especies enteras de insectos, buitres, infinitos billones de formas de vida son arrojadas al caos y la destrucción. Al final todo se reduce a esto: cincuenta y nueve millones de años más tarde, un hombre de las cavernas, uno de la única docena que hay en todo el mundo, sale a cazar un jabalí o un tigre para alimentarse. Pero usted, amigo, ha aplastado con el pie a todos los tigres de esa zona al haber pisado un ratón. Así que el hombre de las cavernas se muere de hambre. Y el hombre de las cavernas, no lo olvide, no es un hombre que pueda desperdiciarse, ¡no! Es toda una futura nación. De él nacerán diez hijos. De ellos nacerán cien hijos, y así hasta llegar a nuestros días. Destruya usted a este hombre, y destruye usted una raza, un pueblo, toda una historia viviente. Es como asesinar a uno de los nietos de Adán. El pie que ha puesto usted sobre el ratón desencadenará así un terremoto, y sus efectos sacudirán nuestra tierra y nuestros destinos a través del tiempo, hasta sus raíces. Con la muerte de ese hombre de las cavernas, un billón de otros hombres no saldrán nunca de la matriz. Quizás Roma no se alce nunca sobre las siete colinas. Quizá Europa sea para siempre un bosque oscuro, y sólo crezca Asia saludable y prolífica. Pise usted un ratón y aplastará las pirámides. Pise un ratón y dejará su huella, como un abismo en la eternidad. La reina Isabel no nacerá nunca, Washington no cruzará el Delaware, nunca habrá un país llamado Estados Unidos. Tenga cuidado. No se salga del Sendero. ¡Nunca pise afuera!

—Ya veo —dijo Eckels—. Ni siquiera debemos pisar la hierba.

—Correcto. Al aplastar ciertas plantas quizá sólo sumemos factores infinitesimales.

Pero un pequeño error aquí se multiplicará en sesenta millones de años hasta alcanzar proporciones extraordinarias. Por supuesto, quizá nuestra teoría esté equivocada. Quizá nosotros no podamos cambiar el tiempo. O tal vez sólo pueda cambiarse de modos muy sutiles. Quizá un ratón muerto aquí provoque un desequilibrio entre los insectos de allá, una desproporción en la población más tarde, una mala cosecha luego, una depresión, hambres colectivas, y, finalmente, un cambio en la conducta social de alejados países. O aun algo mucho más sutil. Quizá sólo un suave aliento, un murmullo, un cabello, polen en el aire, un cambio tan, tan leve que uno podría notarlo sólo mirando de muy cerca. ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede decir realmente que lo sabe? No nosotros. Nuestra teoría no es más que una hipótesis. Pero mientras no sepamos con seguridad si nuestros viajes por el tiempo pueden terminar en un gran estruendo o en un imperceptible crujido, tenemos que tener mucho cuidado. Esta máquina, este sendero, nuestros cuerpos y nuestras ropas han sido esterilizados, como usted sabe, antes del viaje. Llevamos estos cascos de oxígeno para no introducir nuestras bacterias en una antigua atmósfera.

—¿Cómo sabemos qué animales podemos matar?

—Están marcados con pintura roja —dijo Travis—. Hoy, antes de nuestro viaje, enviamos aquí a Lesperance con la Máquina. Vino a esta Era particular y siguió a ciertos animales.

—¿Para estudiarlos?

—Exactamente —dijo Travis—. Los rastreó a lo largo de toda su existencia, observando cuáles vivían mucho tiempo. Muy pocos. Cuántas veces se acoplaban.

Pocas. La vida es breve. Cuando encontraba alguno que iba a morir aplastado por un árbol u otro que se ahogaba en un pozo de alquitrán, anotaba la hora exacta, el minuto y el segundo, y le

arrojaba una bomba de pintura que le manchaba de rojo el costado. No podemos equivocarnos. Luego midió nuestra llegada al pasado de modo que no nos encontremos con el monstruo más de dos minutos antes de aquella muerte. De este modo, sólo matamos animales sin futuro, que nunca volverán a acoplarse. ¿Comprende qué cuidadosos somos?

—Pero si ustedes vinieron esta mañana —dijo Eckels ansiosamente—, debían haberse encontrado con nosotros, nuestro safari. ¿Qué ocurrió? ¿Tuvimos éxito? ¿Salimos todos... vivos?

Travis y Lesperance se miraron.

—Eso hubiese sido una paradoja —habló Lesperance—. El tiempo no permite esas confusiones..., un hombre que se encuentra consigo mismo. Cuando va a ocurrir algo parecido, el tiempo se hace a un lado. Como un avión que cae en un pozo de aire. ¿Sintió usted ese salto de la Máquina, poco antes de nuestra llegada? Estábamos cruzándonos con nosotros mismos que volvíamos al futuro. No vimos nada. No hay modo de saber si esta expedición fue un éxito, si cazamos nuestro monstruo, o si todos nosotros, y usted, señor Eckels, salimos con vida.

Eckels sonrió débilmente.

—Dejemos esto —dijo Travis con brusquedad—. ¡Todos de pie! Se prepararon a dejar la Máquina. La jungla era alta y la jungla era ancha y la jungla era todo el mundo para siempre y para siempre. Sonidos como música y sonidos como lonas voladoras llenaban el aire: los pterodáctilos que volaban con cavernosas alas grises, murciélagos gigantescos nacidos del delirio de una noche febril. Eckels, guardando el equilibrio en el estrecho sendero, apuntó con su rifle, bromeando.

—¡No haga eso! —dijo Travis.— ¡No apunte ni siquiera en broma, maldita sea! Si se le dispara el arma...

Eckels enrojeció.

—¿Dónde está nuestro Tyrannosaurus?

—Lesperance miró su reloj de pulsera.

—Adelante. Nos cruzaremos con él dentro de sesenta segundos. Busque la pintura roja, por Cristo. No dispare hasta que se lo digamos. Quédese en el Sendero. ¡Quédese en el Sendero!

Se adelantaron en el viento de la mañana.

—Qué raro —murmuró Eckels—. Allá delante, a sesenta millones de años, ha pasado el día de elección. Keith es presidente. Todos celebran. Y aquí, ellos no existen aún. Las cosas que nos preocuparon durante meses, toda una vida, no nacieron ni fueron pensadas aún.

—¡Levanten el seguro, todos! —ordenó Travis—. Usted dispare primero, Eckels. Luego, Billings. Luego, Kramer.

—He cazado tigres, jabalíes, búfalos, elefantes, pero esto, Jesús, esto es caza — comentó Eckels—. Tiemblo como un niño.

—Ah —dijo Travis.

—Todos se detuvieron.

Travis alzó una mano.

—Ahí adelante —susurró—. En la niebla. Ahí está Su Alteza Real.

La jungla era ancha y llena de gorjeos, crujidos, murmullos y suspiros.

De pronto todo cesó, como si alguien hubiese cerrado una puerta.

Silencio.

El ruido de un trueno.

De la niebla, a cien metros de distancia, salió Tyrannosaurus rex.

—Jesucristo —murmuró Eckels.

—¡Chist!

Venía a grandes trancos, sobre patas aceitadas y elásticas. Se alzaba diez metros por encima de la mitad de los árboles, un gran dios del mal, apretando las delicadas garras de relojero contra el oleoso pecho de reptil. Cada pata inferior era un pistón, quinientos kilos de huesos blancos, hundidos en gruesas cuerdas de músculos, encerrados en una vaina de piel centelleante y áspera, como la cota de malla de un guerrero terrible. Cada muslo era una tonelada de carne, marfil y acero. Y de la gran caja de aire del torso colgaban los dos brazos delicados, brazos con manos que podían alzar y examinar a los hombres como juguetes, mientras el cuello de serpiente se retorció sobre sí mismo. Y la cabeza, una tonelada de piedra esculpida que se alzaba fácilmente hacia el cielo, En la boca entreabierta asomaba una cerca de dientes como dagas. Los ojos giraban en las órbitas, ojos vacíos, que nada expresaban, excepto hambre. Cerraba la boca en una mueca de muerte. Corría, y los huesos de la pelvis hacían a un lado árboles y arbustos, y los pies se hundían en la tierra dejando huellas de quince centímetros de profundidad. Corría como si diese unos deslizantes pasos de baile, demasiado erecto y en equilibrio para sus diez toneladas. Entró fatigadamente en el área de sol, y sus hermosas manos de reptil tantearon el aire.

—¡Dios mío! —Eckels torció la boca—. Puede incorporarse y alcanzar la luna.

—¡Chist! —Travis sacudió bruscamente la cabeza—. Todavía no nos vio.

—No es posible matarlo. —Eckels emitió con serenidad este veredicto, como si fuese indiscutible. Había visto la evidencia y ésta era su razonada opinión. El arma en sus manos parecía un rifle de aire comprimido—. Hemos sido unos locos. Esto es imposible.

—¡Cállese! —siseó Travis.

—Una pesadilla.

—Dé media vuelta —ordenó Travis—. Vaya tranquilamente hasta la máquina. Le devolveremos la mitad del dinero.

—No imaginé que sería tan grande —dijo Eckels—. Calculé mal. Eso es todo. Y ahora quiero irme.

—¡Nos vio!

—¡Ahí está la pintura roja en el pecho!

El Lagarto del Trueno se incorporó. Su armadura brilló como mil monedas verdes. Las monedas, embarradas, humeaban. En el barro se movían diminutos insectos, de modo que todo el cuerpo parecía retorcerse y ondular, aun cuando el monstruo mismo no se moviera. El monstruo resopló. Un hedor de carne cruda cruzó la jungla.

—Sáquenme de aquí —pidió Eckels—. Nunca fue como esta vez. Siempre supe que saldría vivo. Tuve buenos guías, buenos safaris, y protección. Esta vez me he equivocado. Me he encontrado con la horma de mi zapato, y lo admito. Esto es demasiado para mí.

—No corra —dijo Lesperance—. Vuélvase. Ocúltese en la Máquina.

—Si.

Eckels parecía aturdido. Se miró los pies como si tratara de moverlos. Lanzó un gruñido de desesperanza.

—¡Eckels!

Eckels dio unos pocos pasos, parpadeando, arrastrando los pies.

—¡Por ahí no!

El monstruo, al advertir un movimiento, se lanzó hacia adelante con un grito terrible. En cuatro segundos cubrió cien metros. Los rifles se alzaron y llamearon. De la boca del monstruo salió un torbellino que los envolvió con un olor de barro y sangre vieja. El monstruo rugió con los dientes brillantes al sol.

Eckels, sin mirar atrás, caminó ciegamente hasta el borde del Sendero, con el rifle que le colgaba de los brazos. Salió del Sendero, y caminó, y caminó por la jungla. Los pies se le hundieron en un musgo verde. Lo llevaban las piernas, y se sintió solo y alejado de lo que ocurría atrás.

Los rifles dispararon otra vez. El ruido se perdió en chillidos y truenos. La gran palanca de la cola del reptil se alzó sacudiéndose. Los árboles estallaron en nubes de hojas y ramas. El monstruo retorció sus manos de joyero y las bajó como para acariciar a los hombres, para partirlos en dos, aplastarlos como cerezas, meterlos entre los dientes y en la rugiente garganta. Sus ojos de canto rodado bajaron a la altura de los hombres, que vieron sus propias imágenes. Dispararon sus armas contra las pestañas metálicas y los brillantes iris negros.

Como un ídolo de piedra, como el desprendimiento de una montaña, Tyrannosaurus cayó. Con un trueno, se abrazó a unos árboles, los arrastró en su caída. Torció y quebró el sendero de metal. Los hombres retrocedieron alejándose. El cuerpo golpeó el suelo, diez toneladas de carne fría y piedra. Los rifles dispararon. El monstruo azotó el aire con su cola acorazada, retorció sus mandíbulas de serpiente, y ya no se movió. Una fuente de sangre le brotó de la garganta. En alguna parte, adentro, estalló un saco de fluidos. Unas bocanadas nauseabundas empaparon a los cazadores. Los hombres se quedaron mirándolo, rojos y resplandecientes.

El trueno se apagó.

La jungla estaba en silencio. Luego de la tormenta, una gran paz. Luego de la pesadilla, la

mañana.

Billings y Kramer se sentaron en el sendero y vomitaron. Travis y Lesperance, de pie, sosteniendo aún los rifles humeantes, juraban continuamente.

En la Máquina del Tiempo, cara abajo, yacía Eckels, estremeciéndose. Había encontrado el camino de vuelta al Sendero y había subido a la Máquina.

Travis se acercó, lanzó una ojeada a Eckels, sacó unos trozos de algodón de una caja metálica y volvió junto a los otros, sentados en el Sendero.

—Límpiense.

Limpiaron la sangre de los cascos. El monstruo yacía como una loma de carne sólida.

En su interior uno podía oír los suspiros y murmullos a medida que morían las más lejanas de las cámaras, y los órganos dejaban de funcionar, y los líquidos corrían un último instante de un receptáculo a una cavidad, a una glándula, y todo se cerraba para siempre. Era como estar junto a una locomotora estropeada o una excavadora de vapor en el momento en que se abren las válvulas o se las cierra herméticamente. Los huesos crujían. La propia carne, perdido el equilibrio, cayó como peso muerto sobre los delicados antebrazos, quebrándolos.

Otro crujido. Allá arriba, la gigantesca rama de un árbol se rompió y cayó. Golpeó a la bestia muerta como algo final.

—Ahí está— Lesperance miró su reloj—. Justo a tiempo. Ese es el árbol gigantesco que originalmente debía caer y matar al animal.

Miró a los dos cazadores: ¿Quieren la fotografía trofeo?

—¿Qué? — No podemos llevar un trofeo al futuro. El cuerpo tiene que quedarse aquí donde hubiese muerto originalmente, de modo que los insectos, los pájaros y las bacterias puedan vivir de él, como estaba previsto. Todo debe mantener su equilibrio.

Dejamos el cuerpo. Pero podemos llevar una foto con ustedes al lado.

Los dos hombres trataron de pensar, pero al fin sacudieron la cabeza.

Caminaron a lo largo del Sendero de metal. Se dejaron caer de modo cansino en los almohadones de la Máquina. Miraron otra vez el monstruo caído, el monte paralizado, donde unos raros pájaros reptiles y unos insectos dorados trabajaban ya en la humeante armadura.

Un sonido en el piso de la Máquina del Tiempo los endureció. Eckels estaba allí, temblando.

—Lo siento —dijo al fin.

—¡Levántese! —gritó Travis.

Eckels se levantó.

—¡Vaya por ese sendero, solo! —agregó Travis, apuntando con el rifle—. Usted no volverá a la Máquina. ¡Lo dejaremos aquí!

Lesperance tomó a Travis por el brazo. —Espera...

—¡No te metas en esto! —Travis se sacudió apartando la mano—. Este hijo de perra casi nos mata. Pero eso no es bastante. Diablo, no. ¡Sus zapatos! ¡Míralos! Salió del Sendero. ¡Dios mío, estamos arruinados! Cristo sabe qué multa nos pondrán. ¡Decenas de miles de dólares! Garantizamos que nadie dejaría el Sendero. Y él lo dejó. ¡Oh, condenado tonto! Tendré que informar al gobierno. Pueden hasta quitarnos la licencia.

¡Dios sabe lo que le ha hecho al tiempo, a la Historia!

—Cálmate. Sólo pisó un poco de barro.

—¿Cómo podemos saberlo? —gritó Travis—. ¡No sabemos nada! ¡Es un condenado misterio! ¡Fuera de aquí, Eckels!

Eckels buscó en su chaqueta.

—Pagaré cualquier cosa. ¡Cien mil dólares!

Travis miró enojado la libreta de cheques de Eckels y escupió.

—Vaya allí. El monstruo está junto al Sendero. Métale los brazos hasta los codos en la boca, y vuelva.

—¡Eso no tiene sentido!

—El monstruo está muerto, cobarde bastardo. ¡Las balas! No podemos dejar aquí las balas. No pertenecen al pasado, pueden cambiar algo. Tome mi cuchillo. ¡Extráígalas!

La jungla estaba viva otra vez, con los viejos temblores y los gritos de los pájaros.

Eckels se volvió lentamente a mirar al primitivo vaciadero de basura, la montaña de pesadillas y terror. Luego de un rato, como un sonámbulo, se fue, arrastrando los pies.

Regresó temblando cinco minutos más tarde, con los brazos empapados y rojos hasta los codos. Extendió las manos. En cada una había un montón de balas. Luego cayó. Se quedó allí, en el suelo, sin moverse.

—No había por qué obligarlo a eso —dijo Lesperance.

—¿No? Es demasiado pronto para saberlo. —Travis tocó con el pie el cuerpo inmóvil.

—Vivirá. La próxima vez no buscará cazas como ésta. Muy bien. —Le hizo una fatigada seña con el pulgar a Lesperance—. Enciende. Volvamos a casa.

1492. 1776. 1812.

Se limpiaron las caras y manos. Se cambiaron las camisas y pantalones. Eckels se había incorporado y se paseaba sin hablar. Travis lo miró furiosamente durante diez minutos.

—No me mire —gritó Eckels—. No hice nada.

—¿Quién puede decirlo?

—Salí del sendero, eso es todo; traje un poco de barro en los zapatos. ¿Qué quiere que haga? ¿Que me arrodille y rece?

—Quizá lo necesitamos. Se lo advierto, Eckels. Todavía puedo matarlo. Tengo listo el fusil.

—Soy inocente. ¡No he hecho nada!

1999. 2000. 2055.

La máquina se detuvo.

—Afuera —dijo Travis.

El cuarto estaba como lo habían dejado. Pero no de modo tan preciso. El mismo hombre estaba sentado detrás del mismo escritorio. Pero no exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio.

Travis miró alrededor con rapidez.

—¿Todo bien aquí? —estalló.

—Muy bien. ¡Bienvenidos!

Travis no se sintió tranquilo. Parecía estudiar hasta los átomos del aire, el modo como entraba la luz del sol por la única ventana alta.

—Muy bien, Eckels, puede salir. No vuelva nunca.

Eckels no se movió.

—¿No me ha oído? —dijo Travis—. ¿Qué mira?

Eckels olía el aire, y había algo en el aire, una sustancia química tan sutil, tan leve, que sólo el débil grito de sus sentidos subliminales le advertía que estaba allí. Los colores blanco, gris, azul, anaranjado, de las paredes, del mobiliario, del cielo más allá de la ventana, eran... eran... Y había una sensación. Se estremeció. Le temblaron las manos.

Se quedó oliendo aquel elemento raro con todos los poros del cuerpo. En alguna parte alguien debía de estar tocando uno de esos silbatos que sólo pueden oír los perros. Su cuerpo respondió con un grito silencioso. Más allá de este cuarto, más allá de esta pared, más allá de este hombre que no era exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio..., se extendía todo un mundo de calles y gente. Qué suerte de mundo era ahora, no se podía saber. Podía sentirlos cómo se movían, más allá de los muros, casi, como piezas de ajedrez que arrastraban un viento seco...

Pero había algo más inmediato. El anuncio pintado en la pared de la oficina, el mismo anuncio que había leído aquel mismo día al entrar allí por vez primera.

De algún modo el anuncio había cambiado.

SEFARI EN EL TIEMPO. S. A.
SEFARIS A KUALKUIER AÑO DEL PASADO
USTE NOMBRA EL ANIMAL
NOSOTROS LO LLEBAMOS AYI
USTE LO MATA.

Eckels sintió que caía en una silla. Tanteó insensatamente el grueso barro de sus botas. Sacó un trozo, temblando.

—No, no puede ser. Algo tan pequeño. No puede ser. ¡No!

Hundida en el barro, brillante, verde, y dorada, y negra, había una mariposa, muy hermosa y muy muerta.

—¡No algo tan pequeño! ¡No una mariposa! —gritó Eckels.

Cayó al suelo una cosa exquisita, una cosa pequeña que podía destruir todos los equilibrios, derribando primero la línea de un pequeño dominó, y luego de un gran dominó, y luego de un gigantesco dominó, a lo largo de los años, a través del tiempo. La mente de Eckels giró sobre sí misma. La mariposa no podía cambiar las cosas. Matar una mariposa no podía ser tan importante. ¿Podía?

Tenía el rostro helado. Preguntó, temblándole la boca:

—¿Quién... quién ganó la elección presidencial ayer?

El hombre detrás del mostrador se rió.

—¿Se burla de mí? Lo sabe muy bien. ¡Deutscher, por supuesto! No ese condenado debilucho de Keith. Tenemos un hombre fuerte ahora, un hombre de agallas. ¡Sí, señor!

—El oficial calló—. ¿Qué pasa?

Eckels gimió. Cayó de rodillas. Recogió la mariposa dorada con dedos temblorosos.

—¿No podríamos —se preguntó a sí mismo, le preguntó al mundo, a los oficiales, a la Máquina—, no podríamos llevarla allá, no podríamos hacerla vivir otra vez? ¿No podríamos empezar de nuevo? ¿No podríamos...?

No se movió. Con los ojos cerrados, esperó estremeciéndose. Oyó que Travis gritaba; oyó que Travis preparaba el rifle, alzaba el seguro, y apuntaba.

El ruido de un trueno.

El ancho mundo allá lejos

Era un día para saltar de la cama, descorrer las Cortinas y abrir las ventanas de par en par. Era un día para que el corazón se ensanchase con el cálido aire de la montaña.

Cora, sintiéndose como una muchacha con un viejo vestido arrugado, se sentó en la cama.

Era temprano, el sol apenas asomaba en el horizonte, pero los pájaros volaban ya desde los pinos, y diez billones de hormigas coloradas habían salido de sus tostados montículos y desfilaban por la puerta de la cabaña. El marido de Cora, Tom, dormía junto a ella como un oso en la nívea hibernación de las ropas de cama. ¿Lo despertará mi corazón? se preguntó Cora.

Y supo entonces por qué aquel día parecía ser un día especial.

—¡Llega Benjy!

Lo imaginó muy lejos; saltaba en prados verdes, vadeaba corrientes donde la primavera se llevaba a sí misma con frescos colores de musgo y agua clara hacia el mar.

Vio sus zapatones que alzaban el polvo en los caminos y senderos de piedra. Vio su cara pecosa, alta en el sol, que miraba vertiginosamente hacia abajo a lo largo del cuerpo a las manos distantes que se balanceaban hacia adelante y hacia atrás.

¡Benjy, ven! pensó, abriendo rápidamente una ventana. El viento le movió el pelo como una gris tela de araña alrededor de las frías orejas. Ahora Benjy está en el puente de hierro, ahora en el prado de la barra, ahora en el sendero del arroyo, más acá del campo de Chesley...

En algún sitio de aquellas montañas de Missouri estaba Benjy, Cora parpadeó.

Aquellas raras y altas colinas que ella y Tom cruzaban dos veces al año con la yegua y el carro camino del pueblo, y donde, treinta años atrás, ella había querido continuar la marcha, para siempre; diciendo: "Tom, sigamos y sigamos hasta llegar al mar". Pero Tom la había mirado como si ella le hubiese dado una bofetada, y había dado media vuelta con el carro y la había llevado otra vez a la casa, hablándole a la yegua. Y ella ignoraba si había gente que vivía en las costas donde el mar golpeaba como una tormenta, unas veces con fuerza, otras suavemente, todos los días. Y ella ignoraba también si había ciudades con luces de neón como hielo rosado y menta verde y fuegos de artificio rojo todos los días. Su único horizonte, al norte, al sur, al este, al oeste, era este valle, y nunca había sido distinto.

Pero ahora, hoy pensó, Benjy viene de ese mundo de allá lejos; lo ha visto, lo ha oído, me hablará de él. Y sabe escribir. Se miró las manos. Estará aquí todo un mes y me enseñará. Luego

yo le escribiré a ese mundo y lo traeré aquí al buzón que Tom me hará hoy mismo.

—¡Levántate, Tom! ¿Me oyes?

Extendió la mano y tiró de la orilla de nieve dormida.

A las nueve las langostas cubrían el valle y volaban en el aire azul de aroma de pinos, y el humo giraba en el cielo.

Cora pulía sus ollas y sartenes y cantaba en ellas, y veía su cara arrugada que los fondos de bronce oscurecían y renovaban. Tom refunfuñaba como un oso dormido ante el desayuno de habas, mientras el canto de Cora se movía a su alrededor, como un pájaro en una jaula.

—Alguien es muy feliz —dijo una voz.

Cora se transformó en una estatua. Vio de reojo que una sombra cruzaba el cuarto.

—¿La señora Brabbam? —preguntó Cora.

—¡La misma! —Y allí estaba la viuda, con sus largas faldas que barrían el polvo tibio, sus cartas en la mano de pollo. ¡Buenos días! Acabo de pasar por mi buzón. He recibido una hermosura de carta de mi tío George de Springfield—. La señora Brabbam traspasó a Cora con una mirada de aguja de plata—. ¿Cuándo recibió usted por última vez una carta de su tío, señora?

—Todos mis tíos murieron.

No era Cora misma, sino su lengua la que mentía. Cuando llegara el día, sabía ella, sólo su lengua confesaría los terrenales pecados.

—Es realmente hermoso recibir cartas.

La señora Brabbam sacudió sus cartas rápidamente en el aire de la mañana.

Siempre metiendo el dedo en la llaga. ¿Cuántos años, pensó Cora, duraba esto, la señora Brabbam que aparecía con ojos risueños y hablaba en voz alta de las cartas que recibía, insinuando que ningún otro en kilómetros a la redonda sabía leer. Cora se mordió los labios, y casi dejó caer la olla, pero la devolvió a su sitio, riendo.

—Olvidé decírselo. Llega mi sobrino Benjy. Sus padres son pobres, y viene aquí a pasar el verano. Me enseñará a escribir. Y Tom nos está haciendo un buzón. ¿No es cierto, Tom?

La señora Brabbam apretó sus cartas.

—¡Bueno, qué magnífico! Tiene usted suerte, señora.

Y de pronto no hubo nadie en la puerta. La señora Brabbam había desaparecido.

Pero Cora corrió tras ella. Pues en aquel mismo instante había visto algo como un escarabajo, algo como un centelleo de pura luz solar, algo como una trucha que saltaba en el agua, y pasaba por encima de la cerca del patio. Vio una manaza que saludaba y unos pájaros que huían aterrorizados de un manzano silvestre.

Cora corrió, y el mundo corrió detrás de ella, a lo largo del sendero.

—¡Benjy!

Corrieron uno hacia otro como compañeros de baile en una noche de sábado, se tomaron por los brazos, chocaron, y valsearon, tartamudeando.

—¡Benjy!

Cora miró rápidamente detrás de la oreja de Benjy.

Sí, allí estaba el lápiz amarillo.

—¡Benjy! ¡Bienvenido!

—¡Pero, tía! —Benjy apartó a Cora y la miró sosteniéndola con los brazos extendidos—

Pero, tía, estás llorando.

—Este es mi sobrino —dijo Cora.

Tom alzó los ojos ceñudos del puré de habas.

—Encantado —sonrió Benjy.

Cora tenía fuertemente a Benjy por el brazo, para que no se desvaneciese. Se sentía débil, quería sentarse, levantarse, correr; el corazón le golpeaba rápidamente, y se reía en momentos raros. Ahora, en un instante, los lejanos países se habían acercado, y aquí estaba este muchacho alto, iluminando el cuarto como una tea de pino, este muchacho que había visto ciudades y océanos y había estado en sitios donde las cosas habían sido mejores para sus padres.

—Benjy, tengo guisantes, maíz, jamón, habas y porotos para tu desayuno.

—¡Un momento! —dijo Tom.

—Cállate, Tom, el muchacho tiene los huesos molidos de tanto caminar—. Se volvió hacia el muchacho—. Benjy, háblame de ti. ¿Fuiste a la escuela?

Benjy se sacó los zapatos sacudiendo las piernas. Con un pie desnudo escribió una palabra en las cenizas de la chimenea.

Tom frunció el ceño.

—¿Qué dice?

—Dice —explicó Benjy— C y O y R y A. Cora.

—¡Mi nombre, Tom, mira! Oh, Benjy, qué bueno que sepas escribir, muchacho. Tuvimos un sobrino con nosotros, hace tiempo, que decía que podía leer al derecho y al revés. Así que lo engordamos, y él escribió cartas y nunca recibimos respuestas. Descubrimos al fin que sólo sabía escribir como para que las cartas llegasen a la oficina de cartas perdidas.

Señor, Tom le sacó dos meses de vituallas a ese muchacho, persiguiéndolo por el camino con un piquete de la cerca.

Se rieron nerviosamente.

—Yo escribo muy bien —dijo el serio muchacho.

—Eso es todo lo que queremos saber. Cora trajo una porción de torta de fresas—.

Come.

A las diez y media, el sol se elevaba en el cielo, y Tom luego de observar cómo Benjy devoraba un plato tras otro, salió tronando de la cabaña, apretándose la gorra.

—¡Me voy, Señor! —gritó enojado—. ¡Voy a derribar medio bosque!

Pero nadie lo oyó. Cora había caído en un mudo encantamiento. Miraba el lápiz detrás de aquella oreja de pelusa de durazno. Vio como Benjy lo sostenía entre los dedos casualmente, ociosamente, indiferentemente. Oh, no de un modo tan casual, Benjy, pensó. Tómalo como si fuese el huevo primaveral de un petirrojo. Ella quería tocar el lápiz, pero no había tocado uno desde hacía mucho años, porque le hacía sentirse tonta, y luego enojada, y luego triste. La mano le temblaba en el regazo.

—¿Tienes papel? —preguntó Benjy.

—Oh, Señor, nunca pensé en eso —se quejó Cora, y las paredes del cuarto se oscurecieron—. ¿Qué haremos?

—Bueno, yo traje. —Benjy sacó un cuaderno de su valijita—. ¿Quieres escribirle una carta a alguien?

Cora sonrió de oreja a oreja.

—Quiero escribirle una carta a... a...

Se le descompuso la cara. Miró alrededor como si buscara a alguien a lo lejos. Miró las montañas a la luz del sol. Oyó el mar que rompía en playas amarillas a mil kilómetros de distancia. Los pájaros volaban hacia el norte sobre el valle, hacia innumerables ciudades indiferentes.

—Benjy, Benjy, nunca lo pensé hasta este momento. No conozco a nadie en el mundo de allá lejos. Nadie sino mi tía. Y si le escribo ella se sentirá mal, pues tendrá que buscar a alguien que le lea la carta. Tiene un orgullo tieso como un corsé de ballenas. Estará nerviosa diez años, con la carta sobre la repisa de la chimenea. No, no le escribiremos. — Los ojos de Cora dejaron las lomas y el océano invisible—. ¿A quién entonces? ¿Dónde?

Alguien que me envíe algunas cartas.

—Espera —Benjy sacó del bolsillo de la chaqueta una revista barata. En la cubierta roja una señora desnuda huía gritando de un monstruo verde—. Aquí hay toda clase de direcciones.

Hojearon juntos la revista.

—¿Qué es esto?

Cora señaló con el dedo un anuncio.

—Gratis. Lea nuestro folleto Músculos Más Fuertes. Envíe nombre y dirección a Poste Restante M—3 —leyó Benjy—. ¡Recibirá el mapa gratuito de la salud!

—¿Y este otro?

—Detectives. Investigaciones privadas. Informes gratis. Escriba a G. D. M., Escuela de

Detectives.

—Todo gratis. Bueno, Benjy.

Cora miró el lápiz en la mano del muchacho. Benjy acercó la silla. Ella observó como él hacía girar el lápiz entre los dedos, preparándose. Vio cómo se mordía suavemente la lengua. Vio cómo entornaba los ojos. Retuvo el aliento. Se inclinó hacia delante. Ella misma entornó los ojos y apoyó la lengua contra los dientes.

Ahora, ahora Benjy alzaba el lápiz, le pasaba la lengua por la punta, y lo llevaba al papel.

Ahí están, pensó Cora.

Las primeras palabras. Se formaron a sí mismas, lentamente, en el increíble papel:

Estimada Compañía Músculos Mas Fuertes

Señores

La mañana se fue con un viento, la mañana se fue aguas abajo en el arroyo, la mañana voló con algunos cuervos, y el sol ardió sobre el techo de la cabaña. Cora oyó unos pies que se arrastraban ante la puerta soleada y resplandeciente, pero no se volvió. Tom estaba allí, y no estaba. Nada había ante ella salvo un montón de hojas escritas, un lápiz susurrante, Cora movía en círculos la cabeza, con cada o, cada l, cada pequeña colina de una m; cada puntito hacía que su cabeza picoteara como la cabeza, de un pollo; cada t hacía que su lengua lamiera de izquierda a derecha el labio superior.

—¡Es mediodía y tengo hambre! —dijo Tom casi detrás de ella.

Pero Cora era ahora una estatua, observando el lápiz como quien observa un caracol que deja una estela brillante en una piedra chata en las primeras horas de la mañana.

—¡Es mediodía! —gritó Tom otra vez.

Cora alzó los ojos, sorprendida.

—¿Sí? Parece como si apenas hubiese pasado tiempo desde que escribimos a la Compañía Coleccionista de Monedas de Philadelphia. ¿No es así, Benjy? —Cora sonrió con una sonrisa demasiado deslumbrante para una mujer de cincuenta y cinco años—. Mientras esperas la comida, Tom, ¿no podrías hacer ese buzón? ¿Más grande que el buzón de la señora Brabbam, por favor?

—Clavaré una caja de zapatos.

—Tom Gibbs. —Cora se incorporó dulcemente. Su sonrisa dijo: Mejor dirección, mejor trabajo, mejor resultado—. Quiero un buzón grande y hermoso. Todo blanco, para que Benjy pinte nuestro nombre con letras negras. No quiero recibir mi primera carta en una caja de zapatos.

Y así se hizo.

Benjy escribió en el buzón terminado: SEÑORA CORA GIBBS, mientras Tom miraba y refunfuñaba a sus espaldas.

—¿Qué dice ahí?

—Señor Tom Gibbs —dijo Benjy en voz baja, pintando.

Tom parpadeó un minuto y al fin dijo:

—Todavía tengo hambre. Que alguien encienda el fuego.

No había estampillas. Cora empalideció. Tom tuvo que enganchar el caballo e ir hasta Green Fork a comprar algunas estampillas rojas, una verde, Y diez rosadas con las imágenes de unos dignos caballeros. Pero Cora fue con él para asegurarse de que Tom no echaba estas primeras cartas al arroyo. Cuando volvieron a la casa, lo primero que hizo Cora fue ir a mirar en el nuevo buzón, con ojos brillantes.

—¿Estás loca? —dijo Tom.

—No cuesta nada mirar.

Aquella tarde Cora visitó el buzón seis veces. A la séptima vez saltó una marmota. Tom se reía desde el umbral golpeándose las rodillas. Aún se reía cuando Cora lo echó de la casa.

Luego Cora se quedó en la ventana mirando su buzón, justo enfrente del de la señora Brabbam. Diez años atrás la viuda había plantado su buzón debajo de las narices de Cora, casi, cuando hubiera podido ponerlo más cerca de su propia cabaña. Pero la señora Brabbam tenía así una excusa para bajar flotando la loma como una flor aguas abajo, abrir el buzón con toses y murmullos, espionando de vez en cuando para ver si Cora miraba. Cora siempre miraba. Cuando la viuda la sorprendía, fingía regar flores con una lata sin agua, o recoger hongos fuera de estación.

A la mañana siguiente Cora se levantó antes que el sol hubiera calentado los macizos de fresas o el viento hubiese movido los pinos.

Benjy estaba sentándose en el catre cuando su tía volvió del buzón.

—Demasiado temprano —dijo él—. El coche del cartero no ha pasado aún.

—¿El coche?

—A estos lugares tan alejados vienen en coche.

—Oh.

Cora se sentó.

—¿Estás enferma, tía Cora?

—No, no. —Cora parpadeó—. Es que en veinte años no recuerdo haber visto ningún coche de correos por aquí. Acabo de pensarlo. En todo este tiempo jamás vi un cartero.

—Quizá viene cuando no estás cerca.

—Me levanto con la niebla, y me acuesto con las gallinas. Nunca lo pensé realmente, por supuesto, pero... —Cora se volvió para mirar por la ventana, hacia la casa de la señora Brabbam — Benjy, tengo una mala corazonada.

Cora se incorporó, salió de la cabaña, y bajó por la estrecha senda que llevaba al buzón de la señora Brabbam. El silencio cubría los campos y lomas. Era tan temprano que uno tenía que hablar en voz baja.

—¡No infrinjas la ley, tía Cora!

—¡Chist! Veamos. —Cora abrió el buzón, y metió la mano como alguien que mete la mano en la madriguera de un topo—. Aquí están.

Sacó unas cartas que le crujieron entre las manos.

—¡Pero cómo! ¡Estas cartas están abiertas! ¿Las abriste tú, tía Cora?

—No las toqué nunca, muchacho. —Cora parecía aturdida—. Ni siquiera mi sombra había tocado este buzón.

Benjy miró las cartas por un lado y por otro, moviendo la cabeza.

—¡Pero, tía Cora, estas cartas son de diez años atrás!

Cora le arrancó las cartas.

—Tía Cora, esa mujer ha estado sacando del buzón las mismas cartas todos los días, durante años. Y ni siquiera están dirigidas a la señora Brabbam, sino a una mujer llamada Ortega, de Green Fork.

—¡Ortega, la mejicana de la tienda de comestibles! Todos estos años —murmuró Cora, con los ojos fijos en las gastadas cartas que tenía en la mano—. Todos estos años.

Alzaron los ojos hacia la dormida casa de la señora Brabbam en la fresca y silenciosa mañana.

—Oh, esa taimada, escandalizando siempre con su correo, tratando de humillarme.

Siempre pavoneándose leyendo sus cartas.

La puerta de la señora Brabbam se abrió.

—¡Mételas otra vez en el buzón, tía Cora!

Cora cerró de un golpe el buzón y le sobró tiempo. La señora Brabbam bajó deslizándose por el sendero, deteniéndose tranquilamente aquí y allá a observar alguna flor silvestre recién abierta.

—Buenos días —dijo dulcemente.

—Señora Brabbam, éste es mi sobrino Benjy.

—Qué bien. —La señora Brabbam giró sobre sí misma, con un floreo de sus floridas manos blancas, golpeó el buzón como para despertar las cartas que había dentro, levantó la tapa, y sacó el correo, a escondidas, de espaldas. Hizo algunos movimientos y se volvió feliz, parpadeando.

—¡Maravilloso! ¡Mire, una carta del tío George!

—¡Bueno, pero qué bien! —dijo Cora.

Luego los días estivales, los días sin aliento de la espera. Las mariposas saltaban anaranjadas y azules en el aire, las flores se balanceaban alrededor de la cabaña, y se oía el duro y constante sonido del lápiz de Benjy que escribía a lo largo de las tardes. La boca de Benjy estaba siempre llena de comida, y Tom entraba siempre taconeando y descubría que el almuerzo o la cena se habían atrasado, o enfriado, o las dos cosas, o no había ni almuerzo ni cena.

Benjy sostenía el lápiz extendiendo deliciosamente su mano huesuda, escribiendo cariñosamente cada vocal o cada consonante mientras Cora se inclinaba sobre él, y formaba palabras haciéndolas rodar sobre su lengua y deleitándose cada vez que las veía rodar sobre el papel. Pero no aprendía a escribir.

—Es tan divertido verte escribir, Benjy. Mañana empezaré a aprender. ¡Ahora escribamos otra carta!

Se abrieron paso entre anuncios sobre asma, bragueros y magia, se asociaron a los Rosacruces, o por lo menos pidieron un ejemplar gratis del Libro Sellado donde se hablaba del Conocimiento condenado al olvido, los Secretos de los Ocultos Templos de la Antigüedad y Enterrados Santuarios. Luego los paquetes gratis de semillas de girasol gigantes, y algo para la acidez de estómago. Una brillante mañana de verano habían llegado a la página 127 de la Revista Quincenal del Crimen cuando...

—¡Escucha! —dijo Cora.

Escucharon.

—Un coche —dijo Benjy.

Y por las lomas azules, entre los altos pinos verdosos, y a lo largo del camino polvoriento, kilómetro a kilómetro, llegó el sonido de un coche hasta que al fin dobló la curva y se acercó ruidosamente. En un instante, Cora estaba fuera de la casa corriendo, y mientras corría, escuchaba, veía y sentía muchas cosas. Primero vio de reojo a la señora Brabbam que resbalaba sendero abajo. La señora Brabbam se quedó petrificada cuando vio el brillante camión verde que venía humeando, y se oyó el silbido de un silbato de plata; y el viejo del camión, justo antes que llegara Cora, sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Señora Gibbs? —preguntó.

—¡Sí! —gritó Cora.

—Correo para usted, señora —dijo el viejo y le extendió unas cartas.

Cora extendió la mano y la retiró en seguida, recordando.

—Oh —dijo—, por favor, ¿no le molestaría ponerlas, por favor... en mi buzón?

El viejo la miró entornando los ojos, miró el buzón, y luego otra vez a Cora y se rió.

—No, no es molestia —dijo, y puso las cartas en el buzón.

La señora Brabbam, con los ojos muy abiertos, no se había movido.

—¿No hay carta para la señora Brabbam? —preguntó Cora.

—Esto es todo —dijo el viejo, y el camión se fue levantando polvo camino abajo.

La señora Brabbam estaba allí con las manos apretadas. Luego sin mirar su propio buzón, se volvió y subió rápidamente por el sendero, con su falda susurrante, hasta perderse de vista.

Cora dio vueltas alrededor de su buzón, sin tocarlo.

—¡Benjy, he recibido unas cartas! —Buscó adentro delicadamente, las sacó y las miró por los dos lados. Luego las puso despaciosamente en la mano de Benjy—. Léemelas.

¿Está mi nombre en el sobre?

—Sí, tía.

Benjy abrió la primera carta con el debido cuidado y la leyó en voz alta en la mañana de estío.

—Estimada señora Gibbs...

Se detuvo y dejó que Cora saboreara las palabras, con los ojos entornados, y las repitiera silenciosamente. Luego leyó otra vez el encabezamiento, y continuó:

—Le enviamos con esta carta el folleto gratuito de las Escuelas Intercontinentales por Correspondencia, que le informará cómo también usted puede seguir los cursos por correspondencia de enfermera...

—¡Benjy, Benjy, qué feliz soy! ¡Empieza de nuevo!

—Estimada señora Gibbs —leyó Benjy.

Luego de esto, el buzón nunca estuvo vacío. El mundo venía corriendo y se apretujaba en el buzón; lugares que ella nunca había visto, y de los que nada había oído. Folletos de turismo, condimentados pasteles, y hasta una carta de un caballero mayor que buscaba una señora "de cincuenta años, carácter tierno, y con dinero; objeto, matrimonio". Benjy respondió: "Soy casada, pero gracias por su amable y considerada atención. Suya sinceramente, Cora Gibbs".

Y el río de cartas siguió fluyendo entre las lomas; catálogos de coleccionistas de monedas, folletos de novedades, listas de números mágicos, recetas contra la artritis, muestras de matamoscas. El mundo llenaba el buzón de Cora, que ya no se sentía sola y alejada de la gente. Si un hombre le escribía una carta acerca de los misterios revelados de los Antiguos Mayas, él recibía a su vez por lo menos tres cartas de Cora a la semana siguiente, que debían transformar aquella relación formal en una cálida amistad. Luego de una jornada de escritura particularmente dura, Benjy tuvo que bañarse la mano en sales Empson.

Hacia el fin de la tercera semana, la señora Brabbam dejó de visitar su buzón. Ni siquiera salía a la puerta de su cabaña a tomar aire, pues Cora estaba siempre en el camino, con el cuerpo inclinado hacia delante, esperando sonriente al cartero.

El verano terminó demasiado pronto, o por lo menos esa parte del verano que realmente

importaba; la visita de Benjy. Allí en la mesa de la cabaña estaba su rojo pañuelo de badana, con unos sandwiches frescos condimentados con cebolla, y envueltos en hojas de menta para que el olor no pasara a la tela; allí en el piso, listos, recién lustrados, estaban sus zapatos, y allí en la silla, con su lápiz que en un tiempo había sido largo y amarillo, pero que ahora era sólo un masticado pedazo, estaba Benjy.

Cora lo tomó por la barbilla y le alzó la cabeza, como si estuviese sopesando una variedad desconocida de sandía estival.

—Benjy, debo disculparme contigo. No creo haberte mirado una sola vez a la cara en todo este tiempo. Me parece que conozco todas las verrugas de tu mano, todos sus padrastrós, todas sus protuberancias y huecos, pero si me encontrara con tu cara en una multitud no te reconocería.

—No es una cara que valga la pena mirar —dijo Benjy tímidamente.

—Pero conocería esa mano entre un millón de manos —dijo Cora—. Si tú y mil personas me dieran la mano en un cuarto oscuro, en un momento yo podría decir: "Bueno, esta es de Benjy"—. Cora sonrió serenamente y fue hacia la puerta abierta—. He estado pensando —dijo, y miró una cabaña distante—. Hace semanas que no veo a la señora Brabbam. No sale nunca ahora. Me siento culpable. He caído en un pecado de orgullo, algo mucho más grave que todo lo que ella me hizo a mí. Le he sacado el sostén de su vida. Fue algo malvado y rencoroso y estoy avergonzada. —Miró colina arriba hasta la cabaña silenciosa y cerrada—. Benjy, ¿quieres hacerme un último favor?

—Sí, tía.

—Escribe una carta para la señora Brabbam.

—¿Tía?

—Sí, escribe a una de esas compañías pidiendo un folleto gratis, una muestra de algo, y firma con el nombre de la señora Brabbam.

—Muy bien— dijo Benjy.

—De ese modo, dentro de una semana o un mes el cartero vendrá y silbará y yo le diré que suba hasta su puerta y le entregue la carta. Yo estaré en el patio desde donde podré ver a la señora Brabbam y ella podrá ver que veo. Y yo la saludaré con mis cartas en la mano y ella me saludará con las suyas, y todos sonreiremos.

—Sí, tía —dijo Benjy.

Escribió tres cartas, lamió cuidadosamente la goma de los sobres, los cerró, y se los metió en el bolsillo.

—Los llevaré al correo cuando llegue a Saint Louis.

—Ha sido un hermoso verano —dijo ella.

—Sí, ha sido hermoso.

—Pero, Benjy, yo no aprendí a escribir, ¿no es cierto? Yo me pasaba las horas esperando las

cartas y te hacía escribir hasta tarde de noche, y estábamos tan ocupados enviando cupones y recibiendo muestras que parecía que no había tiempo para aprender.

Y eso significa...

Benjy sabía qué significaba. Estrechó la mano de Cora. Se quedaron un rato en el umbral.

—Gracias por todo —dijo Cora.

Benjy se alejó corriendo. Corrió hasta la cerca, la saltó fácilmente, y Cora se quedó mirándolo hasta que Benjy, saludándola con aquellas cartas especiales, se perdió en el ancho mundo de más allá de las colinas.

Las cartas siguieron llegando hasta seis meses después de la partida de Benjy. Allí estaba siempre el camioncito verde del cartero, y el cristalino grito de buenos días, o el silbido, mientras el viejo metía dos o tres sobres azules o rosados en el bonito buzón.

Y luego llegó el día especial en que la señora Brabbam recibió su primera carta verdadera.

Después las cartas llegaron una vez por semana, luego una vez por mes, y al fin el cartero ya no saludó, no se oyó el ruido de un coche que subía por el solitario camino montañoso. En el buzón se instaló primero una araña, y luego un gorrión.

Y Cora, mientras aún llegaban las cartas, las apretaba entre sus manos aturcidas, mirándolas fijamente y en silencio hasta que la presión de los músculos del rostro hacía aparecer en los ojos unas brillantes gotas de agua. Cora separaba un sobre azul.

—¿De dónde viene?

—No sé —decía Tom.

—¿Qué dice?

—No sé —decía Tom.

—Oh, nunca sabré qué pasa en el mundo de allá lejos, nunca lo sabré —decía Cora—.

Y esta carta, y ésta, ¡y ésta! —Deshacía las pilas y pilas de cartas que habían llegado desde la partida de Benjy—. Todo el mundo, y toda la gente, y todo lo que pasa, y yo sin saberlo ¡Todo el mundo y la gente esperando oír de nosotros, y nosotros sin escribir, y ellos sin escribirme!

Y al fin un día el viento derribó el buzón. En las mañanas Cora abría como antes la puerta de la cabaña y cepillándose lentamente el pelo gris, miraba en silencio las lomas. Y en todos los años que siguieron, no pasaba nunca junto al buzón caído sin detenerse y meter en él una mano desesperanzada y sacarla vacía antes de internarse otra vez en los campos.

La fábrica

Los caballos fueron deteniéndose lentamente, y el hombre y la mujer miraron allá abajo el valle seco y arenoso. La mujer se sostenía desanimadamente en la montura; no había hablado durante horas, no sabía qué decir. Se sentía atrapada de algún modo entre la calurosa y oscura presión de las nubes de tormenta del cielo de Arizona, y la dura, granítica presión de las montañas golpeadas por el viento. Unas pocas gotas de lluvia fresca le cayeron en las manos temblorosas.

Miró con cansancio a su marido. El hombre guiaba a su cabalgadura fácilmente, con una firme serenidad. La mujer cerró los ojos y pensó en cómo había sido ella en todos aquellos años apacibles hasta ese día. Hubiera querido reírse de la imagen que se mostraba a sí misma, pero ni siquiera eso era posible, hubiese sido insensato. Al fin y al cabo, quizás todo se debía a aquella atmósfera oscura, o al telegrama que les había llevado el mensajero a caballo, o al largo viaje hacia la ciudad.

Faltaba cruzar aún un mundo desierto, y sentía frío.

—Soy una mujer que nunca va a necesitar de la religión —dijo en voz baja con los ojos cerrados.

—¿Qué?

Berty su marido le echó una ojeada.

—Nada —murmuró ella sacudiendo la cabeza.

En todos aquellos años, qué segura había estado. Nunca, nunca necesitaría de una iglesia. Había oído a gente simpática hablar y hablar de religión y reclinatorios encerados y calas en floreros de bronce y vastas campanas de iglesias donde el predicador tañe como un badajo. Había oído a la especie declamatoria y la especie ferviente y susurrante y las dos eran iguales. Su columna dorsal, simplemente, no estaba hecha para los reclinatorios.

—Nunca tuve una razón para ir a la iglesia —le había dicho a la gente. No se expresaba con vehemencia. Iba simplemente de un lado a otro, viviendo, y moviendo las manos que eran suaves como guijarros y pequeñas como guijarros. El trabajo había pulido las uñas de esas manos con un barniz que no podía comprarse en botellas. El cuidado de los niños las había suavizado, y la educación de los niños les había dado una temperada firmeza, y el amor de un marido las había dulcificado.

Y ahora, la muerte las hacía temblar.

—Por aquí —dijo su marido. Y los caballos levantaron el polvo de la senda descendiendo hacia un viejo edificio de ladrillos que se alzaba junto a un depósito seco. El edificio era todo verdes ventanas, maquinaria azul, losas rojas y cables. Los cables se alejaban sobre torres de alta tensión hasta las lejanías desérticas. La mujer los miró, en silencio, y hundida aún en sus pensamientos, volvió los ojos hacia las raras ventanas. de un verde de tormenta y los ladrillos de color de fuego.

Nunca había señalado con una cinta algún versículo de la Biblia, pues aunque su vida en este desierto era una vida de granito, sol, y evaporación de las aguas de su carne, esa vida nunca había sido una amenaza para ella. Las cosas se habían resuelto siempre antes que fuesen necesarias madrugadas de insomnio y arrugas en la frente. De algún modo, los venenos realmente peligrosos de la vida la habían perdonado siempre. La muerte era un remoto rumor de tormenta más allá de las más lejanas montañas.

Veinte años habían soplado entre las matas espinosas, y se habían ido, desde que ella había venido al Oeste, y había usado el anillo de oro de este hombre solitario, aceptando el desierto como un tercer, y constante, compañero de sus vidas. Ninguno de los cuatro chicos había estado terriblemente enfermo, o cerca de la muerte. Nunca había tenido que arrodillarse excepto para fregar un piso ya bien fregado.

Ahora todo eso había concluido. Aquí estaban, cabalgando hacia una remota ciudad porque había llegado un simple papel amarillo y había dicho muy llanamente que su madre se moría.

Y ella no podía imaginarlo... no importaba cómo volviera la cabeza para ver, o volviera la mente para mirarse a si misma. No había peldaños que llevasen hacia arriba o abajo, y su mente, como una brújula abandonada en una tormenta de arena, había perdido de pronto sus viejas y claras direcciones, todos sus puntos de referencia, y la aguja giraba sin propósito alguno, giraba y giraba. Ni sentir el brazo de Berty en la espalda era bastante. Era como si hubiese terminado el juego correcto y comenzase un juego con trampas. Alguien que ella quería estaba muriéndose. ¡Era imposible!

—Tengo que detenerme —dijo, sin confiar en su voz, de modo que fingió sentirse irritada para ocultar su miedo.

Berty sabía que no era una mujer irritable, así que la irritación no lo alcanzó. El era como una jarra tapada; el contenido no corría peligro. La lluvia exterior no agitaría el líquido. Acercó el caballo al de ella y le tomó suavemente la mano.

—Muy bien —dijo—. Miró con los ojos entornados el cielo del Oeste—. Están juntándose allá algunas nubes negras. Esperaremos un rato. No quisiera que nos sorprendiese la lluvia.

Ahora ella se sentía irritada con su propia irritación; una alimentaba a la otra, dejándola desvalida. Pero no habló, pues el ciclo podía empezar otra vez, y se echó hacia adelante, sollozando, dejando que el caballo siguiese su marcha hasta detenerse suavemente junto al rojo edificio de ladrillos.

Se dejó caer como un fardo en los brazos de su marido, y él la sostuvo mientras ella se refugiaba en su hombro. Luego él la enderezó y dijo:

—Parece como si no hubiese nadie aquí. —Llamó—: ¡Eh, eh! —y miró el anuncio en la puerta:

Peligro, Central de Energía Eléctrica.

Un gran insecto zumbaba en el aire. Cantaba como un abejorro, incesantemente; un canto que a veces se alzaba un poco, y quizá también bajaba un poco, pero de un tono uniforme. Como una mujer que canturrea entre dientes mientras prepara la cena en un cálido crepúsculo. No podía ver ningún movimiento en el interior del edificio; sólo había aquel zumbido gigantesco. Era ese sonido que la luz trémula del sol podía despertar en los durmientes del ferrocarril en un ardiente día de verano, cuando se oye un agitado silencio y uno ve el remolino, las espirales y las cintas del aire, y espera un sonido pero no se siente más que una curva tensión en los tímpanos y la tirante quietud.

El zumbido le subió a ella por los talones, las delgadas piernas, y le entró en el cuerpo.

Y le alcanzó y le tocó el corazón, como le ocurría a veces cuando veía a Berty sentado simplemente en la cerca del corral. Y luego el zumbido le llegó a la cabeza y los más pequeños resquicios del cráneo y despertó allí una música, una música parecida a la que habían despertado en otro tiempo las canciones de amor y los buenos libros.

El zumbido estaba en todas partes. Era tanto parte del suelo como de los cactus. Era tanto parte del aire como del calor.

—¿Qué es? —preguntó la mujer, vagamente perpleja, mirando el edificio.

—No sé mucho salvo que es una fábrica de energía eléctrica —dijo Berty. Probó la puerta—. Está abierta

—dijo sorprendido—. Me gustaría que hubiese alguien aquí.

La puerta se abrió de par en par y el batiente zumbido salió y cayó sobre ellos como una brisa, más fuerte.

Entraron juntos en aquel solemne sitio musical. Ella se apretaba contra él, tomándolo del brazo.

Era un oscuro lugar submarino, liso y limpio y pulido, como si algo estuviese siempre pasando y pasando, y nada se quedara mucho tiempo; pues había un movimiento, invisible y agitado, que no cesaba nunca. A los lados, mientras avanzaban, había unas figuras que al principio creyeron que eran gente, de pie y en silencio, en una doble línea.

Pero más cerca las figuras se transformaron en máquinas redondas, como caparazones de moluscos, de donde salía el zumbido. De las máquinas negras y grises y verdes subían cables dorados y alambres de un amarillo limón, y había unos menudos recipientes de metal plateado con apéndices rojos y letras blancas, y un pozo parecido a una bañera donde algo giraba como si lavaran allí materias desconocidas a velocidades invisibles. La centrífuga giraba tan velozmente que parecía inmóvil. Del cielo raso crepuscular colgaban unas inmensas serpientes de cobre, y unas tuberías verticales unían el piso de cemento con la brillante pared de ladrillos. Y todo era tan limpio como un relámpago verde, y olía de un modo similar. Había un sonido crepitante, como el

de una boca que devoraba algo, un crujido seco como de papeles; unas llamas de fuego azul iban y venían, chasqueaban, chispeaban, siseaban cuando los alambres tocaban las bobinas de porcelana y los verdes aisladores de vidrio.

Afuera, en el mundo real, empezó a llover.

La mujer no quería quedarse en aquel sitio; no era Sitio para quedarse, con gente que no era gente sino máquinas en la penumbra, y una música de órgano con solo dos notas, una alta y otra baja. Pero la lluvia lavaba todas las ventanas.

—Parece que durará —dijo Berty—. Tendremos que pasar la noche aquí. De todos modos es tarde. Entraré las cosas.

Ella no dijo nada. Quería seguir adelante. Hasta dónde, no podía saberlo. Pero en la ciudad por lo menos ella podría apoyarse en el dinero y comprar los billetes de ferrocarril y apretarlos en la mano y subirse al tren que correría ruidosamente, y salir del tren, y subirse a otro caballo, o meterse en un coche centenares de kilómetros más lejos y cabalgar otra vez, y llegar al fin junto a su madre muerta o viva. Aunque ninguno de esos lugares podría ofrecerle más que suelo para los pies, aire para la nariz, alimento para la boca entumecida. Y esto era peor que nada. ¿Para qué ir junto a su madre, decir palabras, hacer gestos? se preguntó. ¿De qué serviría?

El piso era limpio como un río sólido bajo sus pies. Cuando se movía por ese río, resonaban unos ecos que iban y venían como débiles disparos en el interior del edificio.

Cualquier palabra que se dijese volvía como desde una caverna de piedra.

Detrás de ella, oyó a Berty que descargaba el equipo, extendía dos mantas grises y sacaba una colección de latas de conserva.

Era de noche. La lluvia corría aún sobre los altos ventanales verdes, lavando y dibujando figuras de seda que fluían y se mezclaban en cortinas claras y suaves. De cuando en cuando se oía algún trueno que caía y estallaba sobre ellos en olas de lluvia fría, y un viento que golpeaba con arena y piedra.

Ella apoyaba la cabeza en un vestido doblado, y aunque se cubriera con él, el zumbido de la inmensa fábrica atravesaba siempre la tela. Ella se movía, cerraba los ojos, se acomodaba, pero el zumbido seguía y seguía. Ella se sentaba, arreglaba el vestido, se acostaba otra vez.

Pero el zumbido estaba allí.

Ella sabía sin mirar, por algún sentido interior, que su marido estaba despierto. Lo había sabido siempre. Había alguna sutil diferencia en su respiración. Aunque era más precisamente una ausencia de sonido. No se lo oía respirar, salvo muy de cuando en cuando. Ella sabía que él estaba mirándola en la lluviosa oscuridad, pensando en ella, respirando cuidadosamente.

Se volvió en las sombras.

—¿Berty?

—¿Si?

—Yo también estoy despierta.

—Ya lo sé —dijo él.

Estaban acostados sobre las mantas, muy derechos, muy rígidos, él un poco encogido, como una mano que descansa, hacia adelante. Ella vislumbró esta oscura y fácil curva y sintió un incomprensible asombro.

—Berty —dijo, e hizo una larga pausa—. ¿Cómo... cómo puedes estar como estás?

Berty esperó un momento.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—¿Cómo descansas?

La mujer calló. La frase sonaba muy mal. Sonaba realmente como una acusación, aunque no lo era. Ella sabía que él era un hombre interesado en todas las cosas, un hombre que podía ver en la oscuridad, y que no se sentía orgulloso por eso. Estaba preocupado por ella ahora, y por la vida o muerte de la madre de ella, pero tenía un modo de preocuparse que parecía indiferente e irresponsable. No era ninguna de las dos cosas.

Su preocupación estaba dentro de él, muy adentro, pero la acompañaba una fe, una creencia que aceptaba la preocupación y no la combatía. Algo en él se adueñaba ante todo de la pena, la examinaba, conocía sus minucias antes de pasar el mensaje al cuerpo expectante. Y en su cuerpo había una fe que era un laberinto, y la pena que lo golpeaba y entraba en él se perdía y desaparecía antes de alcanzar el sitio donde quería lastimarlo. A veces esta fe despertaba en ella una ira insensata, de la que se recobraba rápidamente, sabiendo que inútil era criticar algo tan encerrado como un carozo en un durazno.

—¿Por qué no puedo aprender eso de ti? —dijo ella al fin.

Berty lanzó una breve carcajada, suavemente.

—¿Aprender qué?

—Aprendo todo lo demás. Sólo sé lo que tú me enseñaste.

La mujer calló. Era difícil explicarle. La vida en común había sido como la sangre que atraviesa en silencio los tejidos, en ambas direcciones.

—Todo menos la religión —dijo ella—. Nunca aprendí eso de ti.

—No es algo que se aprende —dijo él—. Algún día descansarás realmente. Y ahí la tendrás.

Descansar, pensó ella. ¿Descansar qué? El cuerpo. ¿Pero cómo descansar la mente?

Se le retorcieron los dedos. Paseó los ojos ociosamente por el vasto interior de la fábrica.

Las máquinas se alzaban como oscuras siluetas, y las chispas se arrastraban sobre ellas.

El zumbido-zumbido-zumbido le subía a ella por piernas y brazos.

Con sueño. Cansada. Dormitó. Abría y cerraba los ojos, una y otra vez. El zumbido- zumbido le entraba en la médula como si tuviese suspendidos sobre el cuerpo y la cabeza unos pequeños pájaros mosca.

Vislumbró las tuberías que subían y subían al cielo raso, y vio las máquinas y oyó los invisibles torbellinos. De pronto estuvo muy alerta en su somnolencia. Alzó y alzó los ojos rápidamente, y luego los bajó y miró a la izquierda y la derecha, y el canto-zumbido de las máquinas se hizo más y más fuerte, y movió los ojos, y la tensión se le fue del cuerpo, y en las altas y verdes ventanas vio las sombras de los cables de alta tensión que se perdían en la noche lluviosa.

Ahora el zumbido estaba en ella, algo le tiró de los ojos, sintió que la levantaban violentamente. Se sintió llevada por una dinamo que daba vueltas y vueltas y la arrastraba al corazón de giros invisibles, y la devoraba, aceptada por mil alambres de cobre, y la lanzaba en un instante sobre la tierra.

¡Estaba en todas partes a la vez!

Subiendo como un rayo a lo largo de altas monstruosas torres, en un instante, siseando entre polos de alta tensión donde unas perillas de vidrio eran como pájaros que sostenían los cables en sus picos no conductores, con rampas en cuatro direcciones, y ocho direcciones secundarias, en busca de pueblos, villorrios, ciudades, corriendo a las granjas, ranchos, haciendas, ella descendió suavemente como una ancha tela de araña sobre mil kilómetros cuadrados de desierto.

La tierra fue de pronto algo más que muchas cosas separadas, más que casas, rocas, caminos de cemento, un caballo aquí o allí, un ser humano en una tumba cubierta con guijarros, un cactus espinoso, una ciudad iluminada rodeada por la noche, un millón de cosas separadas. De pronto todo formaba una sola figura sostenida por una pulsátil tela eléctrica.

Entró derramándose rápidamente en cuartos donde la vida nacía con un golpe en la espalda desnuda de un niño, en cuartos donde la vida dejaba cuerpos como una luz que desciende de una lámpara eléctrica... un filamento que se oscurece y pierde el color...

Estuvo en todas las ciudades, todos los cuartos, trazando figuras de luz sobre centenares de kilómetros de tierra; viendo, oyendo todo, ya no más sola, sino una entre miles de seres humanos, cada uno con sus ideas y su fe.

Su cuerpo era como una caída caña sin vida, pálida y temblorosa. Su mente, con una eléctrica intensidad, corría por este camino, y aquel otro, en vastas redes de energía tributaria.

Todo en equilibrio. En un cuarto vio marchitarse una vida; en otro, a un kilómetro de distancia, vio vasos de vino que brindaban por el recién nacido, cigarros que pasaban de uno a otro, sonrisas, apretones de manos, risas. Vio las caras pálidas y desencajadas en los blancos lechos mortuorios, oyó cómo esa gente entendía y aceptaba la muerte, vio sus gestos, sintió sus sensaciones, y vio que ellos, también, estaban ocultos en sí mismos, sin poder salir al mundo y ver el equilibrio, como ella lo veía ahora.

Tragó saliva. Le temblaban las pestañas y el cuello le ardía bajo los dedos.

No estaba sola.

La dinamo había girado arrojándola con su fuerza centrífuga a lo largo de miles de líneas hasta un millón de cápsulas de vidrio atornilladas a los cielo rasos, encendidas por el tirón de un cordón, o la vuelta de una llave, o una presión, o un golpecito.

La luz podía llegar a cualquier cuarto; sólo había que tocar el conmutador. Todos los cuartos estaban a oscuras hasta que la luz llegaba. Y aquí estaba ella, en todos a la vez.

Y no estaba sola. Su pena sólo era parte de una vasta pena, su miedo sólo uno entre otros. Y esta pena era sólo una mitad. Había otra mitad; seres que nacían, alegría en la forma de un nuevo niño, alimento en el cuerpo tibio, colores para el ojo y sonidos en el oído despierto, y primaverales flores silvestres para el olfato.

Donde parpadeaba una luz, la vida movía otro conmutador, y otros cuartos se iluminaban.

Ella acompañó a gente llamada Clark y a otra llamada Gray y a los Shaw, los Martin y los Hanford, los Fenton, los Drake, los Shattuck, los Hubbel, y los Smith. Estar solo no era estar solo, excepto en la mente. Uno tenía toda clase de mirillas en la cabeza. Un modo raro, tonto, de expresarlo quizás, pero allí estaban los agujeros; unos para ver que el mundo estaba allí con gentes, tan duramente tratadas y tan intranquilas como tú mismo; y allí estaban los agujeros para oír, y el otro para expresar tu pena y librarte de ella, y los agujeros para conocer los cambios de las estaciones por el olor de los frutos del verano o el hielo de invierno o los fuegos otoñales. Había que usarlos para no sentirse solo. La soledad era cerrar los ojos. La fe, abrirlos.

La luz red cayó sobre el mundo que ella había conocido veinte años, con ella misma en todas las líneas. Ella centelleaba y latía y era consolada en esa gran fábrica de serenidad.

La fábrica se extendía sobre la tierra, cubriendo cada kilómetro con una manta suave, cálida y zumbadora. Ella estaba en todas partes.

En la fábrica las turbinas giraban y zumbaban y las chispas eléctricas, como pequeños cirios votivos, saltaban y se arracimaban en los codos de tubos y vidrios eléctricos. Y las máquinas se alzaban como santos y coros, con halos ahora amarillos, ahora rojos, ahora verdes, y el ritmo de un canto a lo largo de los huecos de los techos, que descendían en ecos de himnos y cantos interminables. Afuera, el viento clamaba en las paredes de ladrillos, y empapaba con lluvia las ventanas; adentro, ella apoyó la cabeza en la almohada, y de pronto se echó a llorar.

No podía saber si era un llanto de comprensión, aceptación, alegría, resignación. El canto seguía, más alto y más alto, y ella estaba en todas partes. Extendió una mano, y tocó a su marido que aún estaba despierto, con los ojos fijos en el cielo raso. Quizás él también había ido a todas partes, en aquel momento, por la red de luz y energía. Pero entonces, había estado en todas partes a la vez. El se sentía a sí mismo la unidad de un todo, y sin embargo, no se movía; para ella la unidad era nueva y perturbadora. Sintió que los brazos de su marido la rodeaban de pronto y durante largo rato hundió la cara en su hombro, con fuerza, mientras el zumbido y el zumbido subía aún más, y ella lloraba, libremente, dolorosamente, contra él

A la mañana el cielo del desierto era muy claro. Salieron en silencio de la fábrica, ensillaron

los caballos, cargaron los equipos, y montaron.

Ella se acomodó en la montura y miró el cielo azul. Y lentamente tuvo conciencia de su espalda, y su espalda no era ya una espalda encorvada, y se miró las extrañas manos en las riendas, y las manos habían dejado de temblar. Y podía ver las montañas distantes; no había líneas confusas ni colores borrosos. Todo era piedra sólida unida a piedra, y piedra unida a flores silvestres, y flores silvestres que se unían con el cielo en una clara y continua corriente, todo definido y único

—¡Vamos! —gritó Bert y los caballos se alejaron lentamente del edificio de ladrillos, en el fresco aire de la mañana.

Ella cabalgaba hermosamente, y cabalgaba bien, y en ella, como un carozo en un durazno, había paz. Llamó a su marido, mientras los caballos aminoraban el paso subiendo una cuesta.

—¡Berty!

—¿Sí?

—¿Podríamos...? —preguntó ella.

—¿Podríamos qué? —dijo Bert.

—¿Podríamos venir aquí alguna vez? —preguntó ella señalando la fábrica con un movimiento de cabeza—. ¿De cuando en cuando? ¿Algún domingo?

Bert la miró y asintió lentamente.

—Creo que sí. Sí. Seguro.

Y mientras iban hacia la ciudad ella susurraba, susurraba una rara y suave melodía, y él la miró por encima del hombro y escuchó, y era el sonido que podía venir de los durmientes de ferrocarril calentados por el sol en un cálido día de verano cuando el aire se alza con una luz trémula, y se sacude y gira; un sonido en una sola clave, un tono, que se alzaba un poco, bajaba un poco, y zumbaba, zumbaba, pero constante, sereno; y era maravilloso oírlo.

En la noche

La señora Navárrez gemía toda la noche, y los gemidos llenaban la casa de vecindad como una luz encendida en todos los cuartos, de modo que nadie podía dormir. La mujer mordía la almohada, rechinando los dientes, toda la noche, y retorció las manos delgadas, gritando: —¡Joe, querido!—. A las tres de la madrugada la gente de la casa, abandonando toda esperanza de que la mujer cerrase alguna vez la boca pintada de rojo, se levantó, furiosa y decidida, y se vistió para tomar un ómnibus que los llevase a la parte baja de la ciudad a algún cine nocturno. Allí Roy Rogers perseguía a los hombres malos a través de velos de tabaco rancio y hablaba sobre los suaves ronquidos de la sala oscura.

Al alba, la señora Navárrez aun sollozaba y chillaba.

Durante el día no era tan terrible. Entonces el coro de los niños que gritaban aquí o allí en la casa añadía un elemento que era casi armónico. Las máquinas de lavar se agitaban entonces ruidosamente en el porche de la casa, y mujeres con vestidos de felpilla, de pie en las empapadas tablas del porche, se transmitían rápidamente sus murmuraciones mexicanas. Pero de cuando en cuando, sobre las agudas voces, el lavado, los niños, uno podía oír a la señora Navárrez como una radio vociferante:

—¡Joe, oh, mi pobre Joe!

Ahora, al atardecer, los hombres llegaban con el sudor del trabajo bajo los brazos.

Tendidos en frescas bañeras, por toda la casa, mientras se preparaban las comidas, maldecían y se llevaban las manos a las orejas.

—¡Todavía está en eso! —rabiaban desesperados. Un hombre hasta pateó la puerta—.

¡Cállese, mujer! —Pero sólo logró que la señora Navárrez gritara con más fuerza—. ¡Oh, ah! ¡Joe, Joe!

—¡Esta noche cenamos afuera! —les dijeron los hombres a sus mujeres.

En toda la casa, los utensilios de cocina volvieron a sus estantes y se cerraron las puertas mientras los hombres hacían correr a sus perfumadas mujeres llevándolas por los pálidos codos.

A medianoche, el señor Villanazul abrió su puerta vieja y descascarada, cerró los ojos y se quedó así un momento, balanceándose. A su lado estaba su mujer Tina, con tres hijos, y dos hijas, una en brazos.

—Oh, Dios —susurró el señor Villanazul—. Dulce Jesús, baja de la cruz y haz callar a esa

mujer. —Entraron en el oscuro cuartito y miraron la luz azul de la vela que llameaba bajo un crucifijo solitario. El señor Villanazul sacudió filosóficamente la cabeza—. Está todavía en la cruz.

Estaban en cama como animales en el asador, y la noche de verano los rociaba con sus propios líquidos. La casa ardía con el grito de aquella mujer enferma.

—¡Me ahogo!

El señor Villanazul corrió por la casa, escaleras abajo hasta el porche, con su mujer, dejando arriba a los niños que tenían el grande y milagroso don de poder dormir a pesar de todo.

Unas figuras oscuras ocupaban el porche; una docena de hombres silenciosos, en cuclillas, con cigarrillos que humeaban y brillaban entre los dedos morenos, mujeres en batas de felpilla que trataban de aprovechar el escaso viento nocturno. Se movían como figuras de sueño, como alambres y rodillos envueltos fuertemente en ropas de momia.

Tenían los ojos hinchados y las lenguas espesas.

—¿Y si vamos a su cuarto y la estrangulamos? —dijo uno de los hombres.

—No, eso no estaría bien —dijo una mujer—. Arrojémosla por una ventana.

Todos se rieron cansadamente.

El señor Villanazul parpadeaba perplejo. Su mujer se movía perezosamente a su lado.

—Uno podría pensar que Joe es el único hombre del mundo que se ha alistado en el ejército —dijo alguien, irritado. ¡La señora Navárrrez, bah! Este marido de ella pelará papas. ¡El hombre más seguro en infantería!

—Hay que hacer algo —dijo el señor Villanazul sorprendido ante la dura firmeza de su propia voz.

Todos lo miraron.

—No podemos seguir así otra noche —continuó el señor Villanazul bruscamente.

—Cuanto más le golpeamos la puerta, más grita —explicó el señor Gómez.

—Vino el cura esta tarde —dijo la señora Gutiérrez—. Lo llamamos desesperados.

Pero la señora Navárrrez no le quiso abrir la puerta, a pesar de todos sus ruegos. El cura se fue. El oficial Gilvie le gritó, también, ¿pero creen ustedes que ella oyó algo?

—Debemos probar otro método, entonces —musitó el señor Villanazul—. Alguien debe mostrarse.. simpático con ella.

—¿Y qué nuevo método sería ese? —preguntó el señor Gómez.

El señor Villanazul pensó un momento.

—Si al menos hubiese un hombre soltero entre nosotros —dijo al fin.

Dejó caer la frase como una piedra fría en un pozo profundo. Esperó a que llegara al fondo y

que las ondas desapareciesen.

Todos suspiraron.

Era como si se hubiese levantado una brisa de verano. Los hombres se enderezaron un poco; las mujeres se movieron más rápidamente.

—Pero —replicó el señor Gómez echándose hacia atrás— todos somos casados. No hay solteros.

—Oh —dijeron todos, y se hundieron en el cauce vacío de la noche, y el humo se elevó en silencio.

—Entonces —dijo el señor Villanazul alzando los hombros, endureciendo la boca—, ¿tiene que ser uno de nosotros!

Otra vez sopló el viento de la noche, estremeciéndolos.

—¡No es hora de egoísmos! —declaró Villanazul—. ¡Uno de nosotros debe hacerlo! ¡O si no, pasaremos otra noche infernal!

La gente del porche se apartó del señor Villanazul, parpadeando.

—¿Usted lo haría, no es cierto, señor Villanazul? —preguntaron.

El hombre se endureció. El cigarrillo casi se le cayó de los dedos.

—Oh, pero yo... —objetó.

—Usted —dijeron los otros—. ¿Sí?

El señor Villanazul agitó febrilmente las manos.

—Tengo mujer y cinco hijos. ¡Uno aún no camina!

—Pero no hay solteros entre nosotros, y ha sido idea suya, y debe usted tener el coraje de sus convicciones, señor Villanazul —dijeron todos.

Villanazul calló, muy asustado. Echó unas rápidas miradas a su mujer.

Tina se balanceaba lentamente en el aire de la noche, mirando a su marido.

—Estoy tan cansada —se quejó.

—Tina —dijo él.

—Me moriré si no duermo —dijo Tina.

—Oh, pero, Tina —dijo él.

—Me moriré y habrá muchas flores y me enterrarán si no descanso —murmuró.

—Tiene mal aspecto —dijeron todos.

El señor Villanazul titubeó sólo un momento. Tocó los dedos calientes y flojos de su mujer. Le tocó los labios, la caliente mejilla.

Dejó el porche sin una palabra.

Podían oír sus pies que subía las polvorientas escaleras de la casa, y llegaban al tercer piso donde la señora Navárrez gemía y gritaba.

Esperaron en el porche.

Los hombres encendieron nuevos cigarrillos y arrojaron lejos los fósforos, susurrando como el viento, y las mujeres se pasearon alrededor de un lado a otro, y todos hablaban con la señora Villanazul, ojerosa, apoyada contra la barandilla del porche.

—Ahora —murmuró uno de los hombres—, ¡el señor Villanazul ha llegado arriba!

Todos callaron.

—Ahora —siseó el hombre con un murmullo teatral—, ¡el señor Villanazul llama a la puerta!
Tap, tap.

Todos escucharon, conteniendo el aliento.

Muy lejos se oyó un golpeteo.

—Ahora la señora de Navárrez, ante esta intrusión, ¡se echa otra vez a llorar!

De arriba vino un grito.

—Ahora —imaginó el hombre, inclinado hacia adelante, moviendo delicadamente la mano en el aire—, el señor Villanazul ruega y ruega, dulcemente, en voz baja, ante la puerta cerrada. La gente del porche alzó las barbillas, tratando de ver a través de tres pisos de madera y yeso hasta el tercer piso, esperando.

El grito se apagó.

—Ahora el señor Villanazul habla rápidamente, ruega, murmura, promete —susurró el hombre.

El grito se transformó en un sollozo, el sollozo en un gemido, y al fin no hubo más que un ruido de respiraciones y corazones que latían y oídos que escuchaban.

Luego de dos minutos de sudar y esperar, la gente del porche oyó que allá arriba se alzaba un cerrojo, se abría una puerta, y un segundo más tarde se cerraba con un murmullo.

La casa estaba en silencio.

El silencio vivía en todos los cuartos como una luz apagada. El silencio fluía como un vino fresco por los túneles de los pasillos. El silencio entraba por las puertas como una brisa fresca desde la buhardilla. Todos respiraron la frescura del silencio.

—Ah —suspiraron.

Los hombres tiraron los cigarrillos y entraron de puntillas en la casa callada. Las mujeres los siguieron. Pronto no quedó nadie en el porche. Flotaron en frescos pasillos de calma.

La señora Villanazul, como en un ebrio estupor, abrió la puerta de su cuarto.

—Debemos darle un banquete al señor Villanazul —suspiró una voz.

—Le encenderé una vela mañana.

Las puertas se cerraron.

La señora Villanazul se estiró en su cama fresca. Es un hombre muy considerado, soñó, con los ojos cerrados. Por estas cosas lo quiero.

El silencio era como una mano fría, que la acariciaba invitándola a dormir.

Sol y sombra

Se oyó el clic de un insecto. La cámara, azul y metálica, como un escarabajo grande y gordo en las preciosas y tiernamente hábiles manos del hombre, parpadeó a la luz centelleante del sol.

—¡Calla, Ricardo!

—¡Eh, usted! —gritó Ricardo asomado a la ventana.

—¡Basta, Ricardo!

Ricardo se volvió hacia su mujer.

—No me lo digas a mi, díselo a ellos. Baja y díselo a ellos. ¿O tienes miedo?

—No hacen daño a nadie —dijo la mujer pacientemente.

Ricardo la apartó y se asomó a la ventana mirando hacia la calle.

—¡Eh, usted! —gritó.

El hombre de la cámara negra alzó los ojos desde la calle, y luego siguió apuntando con su máquina a la señora de los pantalones blancos como la sal, el corpiño blanco y el verde pañuelo ajedrezado. La mujer se apoyaba en el agrietado yeso del edificio. Detrás de ella sonreía un muchacho moreno, con la mano en la boca.

—¡Tomás! —aulló Ricardo. Sé volvió hacia su mujer—. Oh Jesús bendito, Tomás, mi propio hijo, en la calle, riéndose.

Ricardo fue hacia la puerta.

—¡Cuidado, Ricardo! —gritó su mujer.

—¡Les cortaré la cabeza! —dijo Ricardo, y desapareció.

En la calle, la mujer se apoyaba perezosamente en una baranda de descascarado color azul. Ricardo salió justo a tiempo.

—¡Esa baranda es mía! —dijo.

El hombre de la cámara se apresuró.

—No, no, estamos sacando fotos. Todo está bien. Ya nos vamos.

—Todo no está bien —dijo Ricardo, y sus ojos castaños centellearon. Agitó una mano arrugada—. Ella está en mi casa.

—Estamos sacando fotografías artísticas —sonrió el fotógrafo.

—¿Qué haré ahora? —le dijo Ricardo al cielo azul—. ¿Enloquecer con la noticia?

¿Bailar como un santo epiléptico?

—Si se trata de dinero, bueno, aquí tiene cinco pesos —sonrió el fotógrafo.

Ricardo apartó la mano del hombre.

—El dinero me lo gano trabajando. Usted no entiende. Váyase, por favor.

El fotógrafo parecía perplejo.

—Espere...

—¡Tomás, adentro!

—Pero, papá...

—¡Jaaa! —aulló Ricardo.

El chico desapareció.

—Esto no ha ocurrido nunca antes —dijo el fotógrafo.

—¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Qué somos? ¿Cobardes? —le preguntó Ricardo al mundo.

Se estaba reuniendo una multitud. La gente murmuraba y sonreía y se daba codazos.

El fotógrafo cerró su cámara con irritada buena voluntad, y le habló por encima del hombro a la modelo.

—Muy bien. Usaremos aquella otra calle. Hay allí una pared con unas hermosas grietas y algunas hermosas sombras. Si nos apresuramos...

La muchacha, que había estado retorciéndose nerviosamente el pañuelo, alzó del suelo la valijita de cosméticos y pasó corriendo junto a Ricardo, pero éste alcanzó a tocarle el brazo.

—No me entienda mal —dijo rápidamente. La muchacha se detuvo y lo miró parpadeando. Ricardo continuó—: No estoy enojado con usted. O usted.

Señaló al fotógrafo.

—Entonces por.. —dijo el fotógrafo.

Ricardo agitó una mano.

—Ustedes son empleados; yo soy un empleado. Somos todos empleados. Tenemos que entendernos. Pero cuando usted llega a mi casa con una cámara que parece el ojo de un tábano negro, se acabó la comprensión. No quiero que me usen la calle por sus bonitas sombras, o mi cielo por su sol, o la casa porque una grieta interesante en la pared. ¡Aquí! ¡Mire! ¡Ah, qué hermosa! ¡Apóyese aquí! ¡Póngase allá! ¡Siéntese aquí!

¡Agáchese allá! Oh, lo sé. ¿Cree que soy estúpido? Tengo libros en mi cuarto. ¿Ve esa ventana? ¡María!

La cabeza de su mujer apareció en la ventana.

—¡Muéstrales mis libros! —gritó el hombre.

María se revolvió y murmuró, pero un momento después apareció con uno, dos, seis libros, cerrando los ojos apartando la cabeza; como si los libros fuesen pescado viejo.

—¡Y dos docenas más en la bohardilla! —gritó Ricardo—. No está hablando usted con una vaca, ¡habla usted con un hombre!

—Escuche —dijo el fotógrafo, guardando rápidamente sus placas—. Nos vamos.

Muchas gracias.

—Antes de irse, debe entender qué quiero decir —observó Ricardo—. No soy un hombre malo. Pero puedo enojarme mucho realmente. ¿Parezco una figura de cartón?

—Nadie dijo que alguien se pareciese a algo.

El fotógrafo recogió su valija y echó a caminar.

—Hay un fotógrafo dos cuerdas más arriba —dijo Ricardo acompañándolo—. Tienen decorados de cartón. Usted se pone enfrente. El cartón dice Gran Hotel. Le sacan una fotografía y parece como si uno estuviese en el Gran Hotel. ¿Entiende? Mi calle es mi calle, mi vida es mi vida, mi hijo es mi hijo. ¡Mi hijo no es un decorado! Vi cómo ponía usted a mi hijo contra la pared, así, y así, en el fondo. ¿Cómo lo llama usted? ¿Para una buena atmósfera? ¿Para hacer más atractivo el conjunto, con la hermosa señora enfrente?

—Está haciéndose tarde —dijo el fotógrafo, sudando.

La modelo caminaba junto a él, del otro lado.

—Somos pobres —dijo Ricardo—. Nuestras puertas pierden la pintura, nuestras paredes están agrietadas, nuestras cañerías de desagüe dan a la calle, las calles son de guijarros. Pero siento una furia terrible cuando veo que usted se acerca a estas cosas como si yo las hubiese planeado así, como si hace años yo le hubiese dicho a la pared que se agrietase. ¿Cree que yo sabía que venía usted y descascaré la pintura? ¿O que yo sabía que venía usted y le puse a mi chico las ropas más sucias? ¡No somos un estudio! Somos gente, y merecemos que se nos trate como gente. ¿Está claro?

—Con todos los detalles —dijo el fotógrafo, sin mirarlo, apresurándose.

—¿Ahora que conoce mis deseos y mis razones será usted amable y se irá a su casa?

—Es usted un hombre gracioso —dijo el fotógrafo—. ¡Eh! —Se encontraron con otras cinco modelos y un segundo fotógrafo al pie de una vasta pendiente escalonada, como una torre de bodas, que llevaba a la blanca plaza del pueblo—. ¿Qué haces, Joe?

—Hemos logrado unas buenas tomas cerca de la iglesia de la Virgen, unas estatuas sin narices, encantadoras —dijo Joe—. ¿Qué es este alboroto?

—Pancho se enojó. Parece que nos apoyamos en su casa y se la echamos abajo.

—Me llamo Ricardo. Y mi casa está intacta.

—Sacaremos unas fotos aquí, querida —dijo el primer fotógrafo—. Ponte bajo la arcada de esa tienda. Hay una vieja pared muy bonita ahí.

Espió en los misterios de la cámara.

—Ajá. —Ricardo estaba ahora terriblemente sereno. Miró cómo los otros se preparaban. Cuando estaban listos para sacar la fotografía echó a correr llamando a un hombre que estaba en un umbral—. ¡Jorge! ¿Qué haces?

—Estoy aquí —dijo el hombre.

—Bueno —dijo Ricardo—, ¿no es ésa tu arcada? ¿Vas a dejar que ellos la usen?

—No me molestan —dijo Jorge.

Ricardo le sacudió el brazo.

—Tratan tu propiedad como si fuese el escenario de una película. ¿No te sientes insultado?

Jorge se rascó la nariz.

—No le he pensado.

—¡Pues piénsalo, hombre, por Dios!

—No veo nada malo.

—¿No habrá otro en el mundo que tenga lengua? —le dijo Ricardo a sus manos vacías—. ¿Es este un pueblo de telones y escenarios? ¿Nadie hará nada si no yo?

La gente los había seguido calle abajo, y ahora era un grupo bastante numeroso, al que se unían otros atraídos por los atronadores gritos de Ricardo. El hombre pateaba el suelo, cerraba los puños, escupía. El fotógrafo y las modelos lo observaban nerviosamente.

—¿Quiere un hombre pintoresco en el fondo? —le dijo furiosamente al hombre de la cámara—. Posaré aquí ¿Me quiere cerca de esta pared, con mi sombrero así, mis pies así, y la luz así y asá en las sandalias que me he hecho yo mismo? ¿Quiere que agrande este agujero de la camisa, así? Ya está. ¿Tengo la cara bastante transpirada? ¿Tengo el pelo bastante largo, amable señor?

—Quédese ahí, si quiere —dijo el fotógrafo.

—No miraré la cámara —le aseguró Ricardo.

El fotógrafo sonrió y alzó la máquina.

—Un paso a la izquierda, querida. —La modelo se movió—. Ahora gira la pierna derecha. Así magnífico, magnífico. ¡Quietos!

La modelo se inmovilizó, con la barbilla levantada.

Ricardo dejó caer los pantalones.

—¡Oh, Dios mío! —dijo el fotógrafo.

Algunas de los modelos chillaron. La multitud se rió festejando la escena con algunos manotazos. Ricardo se levantó tranquilamente los pantalones y se apoyó en la pared.

—¿Fue eso bastante pintoresco? —dijo.

—Oh, Dios mío —murmuró el fotógrafo.

—Bajemos a los muelles —dijo el asistente.

—Me parece que yo también iré —sonrió Ricardo.

—Dios santo, ¿qué podemos hacer con este idiota? —murmuró el fotógrafo.

—¡Cómpralo!

—¡Ya lo intenté!

—Quizás no le ofreciste bastante.

—Oye, ve a buscar un policía. Yo pararé esto.

El asistente echó a correr. La gente de alrededor se quedó fumando nerviosamente, mirando a Ricardo. Vino un perro y orinó brevemente contra la pared.

—¡Mire eso! —gritó Ricardo—. ¡Qué arte! ¡Qué dibujo! ¡Rápido, antes que el sol lo seque!

El hombre de la cámara le dio la espalda y miró hacia el mar.

El asistente llegó corriendo por la calle. Detrás de él, un policía del lugar caminaba tranquilamente. El asistente tenía que detenerse y volver atrás para urgir al policía. El policía le aseguraba con un ademán, desde lejos, que el día no había terminado y que a su debido tiempo llegarían a la escena de cualquiera fuese el desastre.

El policía se detuvo al fin detrás de los dos fotógrafos.

—¿Qué pasa aquí?

—Ese hombre. Queremos que se lo lleve.

—Pero es un buen hombre que sólo está apoyado en la pared —dijo el oficial.

—No, no es eso, él... Oh, demonios —dijo el hombre de la cámara—. No puedo explicarlo sino mostrándoselo. Posa, querida.

La muchacha posó. Ricardo posó, sonriendo distraídamente.

—¡Ya!

La muchacha se endureció. Ricardo dejó caer los pantalones.

Clic, hizo la máquina.

—Ah —dijo el policía.

—¡Tengo la prueba en la cámara si la necesita! —dijo el fotógrafo.

—Ah —dijo el policía sin moverse, con la mano en la barbilla—. Ajá.

Observó la escena como si fuese un aficionado a la fotografía. Miró a la modelo, con la enrojecida y nerviosa cara de mármol. Miró los guijarros, la pared, y a Ricardo. Ricardo fumaba orgullosamente un cigarrillo a la luz del mediodía, bajo el cielo azul, con unos pantalones donde están pocas veces los pantalones de un hombre.

—¿Bueno, oficial? —dijo el hombre de la cámara, esperando.

—¿Qué quiere exactamente que haga? —dijo el policía sacándose la gorra y enjugándose la frente morena.

—¡Arreste a ese hombre! ¡Exhibición indecente!

—Ah —dijo el policía.

—¿Bueno? —dijo el fotógrafo.

La multitud murmuraba. Todas las hermosas modelos miraban las gaviotas y el océano.

—Ese hombre apoyado en la pared —dijo el oficial—. Lo conozco. Se llama Ricardo Reyes.

—¡Hola, Esteban! —llamó Ricardo.

El oficial llamó también.

—Hola, Ricardo.

Se saludaron con la mano.

—No hace nada que yo pueda ver —dijo el oficial de policía.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el fotógrafo—. Está tan desnudo como una piedra.

¡Es inmoral!

—Ese hombre no hace nada inmoral —dijo el policía—. Si estuviese haciendo algo con las manos o el cuerpo, algo terrible que no se pudiera mirar, yo actuaría en seguida. Pero como no hace otra cosa que estar apoyado en la pared, sin mover ni un brazo ni un músculo, no hay nada malo.

—¡Está desnudo, desnudo! —gritó el fotógrafo.

El oficial parpadeó.

—No entiendo.

—¡Uno no anda por ahí desnudo!

—Hay gente desnuda y gente desnuda —dijo el oficial—. Buena y mala. Sobria y borracha. Me parece que este hombre no es un borracho, es un hombre de buena reputación. Desnudo, sí, pero que no hace nada con su desnudez que pueda ofender a la comunidad.

—¿Quién es usted, su hermano? ¿Quién es, su cómplice? —dijo el fotógrafo. Parecía como si en cualquier momento fuese a estallar y morder y ladrar y correr en círculos bajo el sol deslumbrante—. ¿Dónde está la justicia? ¿Qué va a pasar aquí? Vamos, chicas, ¡nos iremos a otra parte!

—Francia —dijo Ricardo.

El fotógrafo giró en redondo.

—¡Qué!

—Francia, o España —dijo Ricardo—. O Suecia. He visto hermosas fotografías de paredes suecas. Aunque sin muchas grietas, es cierto. Olvide mi sugestión.

El fotógrafo sacudió la cámara, el puño.

—¡Sacaremos fotografías a pesar de usted!

—Estaré allí —dijo Ricardo—. Mañana, pasado mañana, en los toros, el mercado, en todas partes, a donde usted vaya iré yo, tranquilamente, sin prisa. Con dignidad, a cumplir con mi necesaria tarea.

Los fotógrafos lo miraron y comprendieron que era cierto.

—¿Pero quién es usted? ¿Quién demonios cree ser? —gritó el fotógrafo.

—He estado esperando que me lo preguntara —dijo Ricardo—. Piense en mi. Váyase a su casa y piense en mi. Mientras haya un hombre como yo entre diez mil, el mundo seguirá andando. Sin mi, todo será un caos.

—Buenas noches, niñera —dijo el fotógrafo, y todo un enjambre de mujeres, cajas de sombrero, cámaras, y valijitas de maquillaje se retiró calle abajo, hacia los muelles—. Es hora de almorzar, queridas. Pensaremos algo más tarde.

Ricardo observó tranquilamente cómo se iban. No se había movido. La multitud seguía mirándolo y sonreía.

Ahora, pensó Ricardo, iré calle arriba hasta mi casa, con la puerta donde falta la pintura en el sitio que he rozado mil veces al pasar, y pisaré las piedras que he gastado en mis caminatas de cuarenta y seis años, y pasaré la mano por la grieta de la pared de mi casa, la grieta que dejó el terremoto de 1930. Recuerdo bien la noche, estábamos en cama, Tomás no había nacido aún, y María y yo nos queríamos mucho, y pensamos que era nuestro amor lo que movía la casa, tibia y grande en la noche; pero era un terremoto, y a la mañana vimos la grieta en la pared. Y subiré los escalones y saldré al balcón de hierro de la casa de mi padre, balcón que hizo con sus propias manos, y comeré la comida que mi mujer me servirá en el balcón con los libros al alcance de la mano. Y mi hijo Tomás, que creé sacándolo de unas ropas, sí, sábanas de cama, admitámoslo, con mi buena mujer. Y comeremos y hablaremos sin fotógrafos, sin telones, sin pinturas, sin escenarios, todos nosotros. Y todos nosotros seremos actores, muy buenos actores, por cierto.

Y como para acompañar este último pensamiento un sonido llegó a sus oídos. Estaba subiéndose solemnemente los pantalones, con gran dignidad y gracia, cuando oyó el hermoso sonido. Era como un aleteo de dulces palomas en el aire. Era un aplauso.

La pequeña multitud lo observaba mirando cómo representaba la última escena de la pieza, antes del intervalo para almorzar, con qué belleza y elegante decoro se subía los pantalones. El aplauso rompió como una breve ola en la costa del mar cercano.

Ricardo alzó la mano y les sonrió a todos.

Mientras subía hacia su casa le estrechó la pata al perro que había mojado la pared.

El prado

Un muro se derrumba, seguido por otro y otro; con un trueno apagado, una ciudad se transforma en un montón de ruinas.

Sopla el viento de la noche.

El mundo yace en silencio.

Londres fue demolida en un día. Destruyeron Port Said. Arrasaron San Francisco.

Glasgow desapareció.

Se fueron, para siempre.

Las maderas golpean suavemente en el viento, la arena gime y se eleva en pequeñas tormentas en el aire tranquilo.

Por el camino, hacia las ruinas descoloridas, viene el viejo sereno a abrir el portón en el alto alambrado de púas y mira adentro.

Allí a la luz de la luna yacen Alejandría y Moscú y Nueva York. Allí a la luz de la luna yace Johannesburg y Dublin y Estocolmo. Y Clearwater, Kansas, y Provincetown, y Río de Janeiro.

El viejo lo vio todo aquella misma tarde, vio el coche que rugía fuera de la cerca de alambre de púas, vio los hombres delgados y tostados por el sol en el coche, los hombres con sus lujosos trajes de franela negra, y sus centelleantes gemelos de oro, y sus deslumbrantes relojes pulsera de oro, y que acercaban a sus cigarrillos de boquilla de corcho unos encendedores con monogramas...

—Ahí está, caballeros. Qué desastre. Miren lo que ha hecho la tormenta.

—¡Sí, señor, qué lástima señor Douglas!

—Quizás podamos salvar París.

—¡Sí, señor!

—¡Pero, demonios! Lo ha torcido la lluvia. ¡Echen todo abajo! ¡Limpien esto! Podemos aprovechar el terreno. ¡Envíen una cuadrilla de demolición hoy mismo!

—¡Sí, señor Douglas!

El coche rugió y se alejó.

Y ahora es de noche. Y el viejo sereno está adentro.

Recordó qué había ocurrido aquella misma tarde cuando llegó la cuadrilla.

Un martilleo, un desgarramiento, un repiqueteo; una caída y un rugido. ¡Polvo y trueno, trueno y polvo!

Y en el mundo entero se soltaron los clavos y vigas y yesos y las puertas y ventanas de celuloide mientras las ciudades caían ruidosamente una tras otra y descansaban inmóviles.

Un estremecimiento, un trueno que se apaga a lo lejos, y luego una vez más sólo el viento suave.

El sereno camina ahora lentamente por las calles desiertas.

Y de pronto está en Bagdad, y los mendigos ambulaban en maravillosos harapos, y las mujeres de claros ojos de zafiro sonríen veladamente desde altas y delgadas ventanas.

El viento arrastra arenas y confetti.

Las mujeres y los mendigos desaparecen.

Y todo es otra vez caballetes, papel mache,, telas pintadas y utilería con las letras del estudio, y detrás del frente de los edificios no hay más que noche, espacio y estrellas.

El viejo saca un martillo y unos pocos clavos largos de su caja de herramientas; mira alrededor hasta que encuentra una docena de buenas maderas y algunos decorados intactos. Y toma los brillantes clavos de acero entre sus dedos entumecidos, y son clavos sin cabeza.

Y empieza a armar Londres otra vez, martillando y martillando, madera a madera, pared a pared, ventana a ventana, martillando, martillando, más y más ruidosamente, acero sobre acero, madera en madera, madera contra el cielo, trabajando durante horas hasta medianoche, golpeando y arreglando y golpeando otra vez, interminablemente.

—¡Eh, oiga, usted!

El viejo se detiene.

—¡Usted, el sereno! —Un desconocido en traje de mecánico sale de las sombras—.

Eh, ¿cómo se llama usted?

El viejo se vuelve.

—Smith.

—Bueno, Smith, ¿qué idea es esa?

El sereno observa tranquilamente al desconocido.

—¿Quién es usted?

—Kelly, capataz de la cuadrilla de demolición.

El viejo asiente moviendo la cabeza.

—Ah. El que echa todo abajo. Ha trabajado mucho hoy. ¿Por qué no está en su casa jactándose?

Kelly carraspea y escupe.

—Hay una maquinaria en el escenario de Singapur que debo revisar. —Se seca la boca—. Bueno, Smith, ¿qué hace en nombre de Cristo? Deje ese martillo. ¡Está armándolo todo de nuevo! Nosotros lo tiramos abajo y usted lo levanta. ¿Está loco?

El viejo asiente.

—Quizás. Pero alguien tiene que levantar todo otra vez.

—Mire, Smith. Yo hago mi trabajo, usted hace el suyo, y todos felices. Pero no puedo tolerar que usted haga líos, ¿entiende? Le avisaré al señor Douglas.

El viejo asiente con un movimiento de cabeza.

—Llámelo. Que venga por aquí. Quiero hablar con él. El es el loco.

Kelly se ríe.

—¿Está bromeando? Douglas no ve a nadie. —Sacude la mano, y luego se inclina a examinar el trabajo recién terminado de Smith—. ¡Eh, un minuto! ¿Qué clase de clavos está usando? ¡Clavos sin cabeza! ¡Deténgase! ¡Mañana tendremos un trabajo de todos los demonios, tratando de sacarlos!

Smith vuelve la cabeza y mira un momento al otro que se balancea.

—Bueno, ya se sabe que no es posible arreglar el mundo con clavos con cabeza. Son demasiado fáciles de sacar. Hay que usar clavos sin cabeza y meterlos bien adentro. ¡Así! Le da al clavo de acero un golpe tremendo que lo hunde completamente en la madera.

Kelly se lleva las manos a la cintura.

—Le daré otra oportunidad. Deje de armar los escenarios y colaboraré con usted.

—Joven —dice el sereno, y sigue martillando mientras habla, y piensa, y habla otra vez —, cuando usted llegó yo ya estaba aquí hacía tiempo. Yo estaba aquí cuando esto no era más que un prado. Y el viento corría en ondas por las hierbas. Durante más de treinta años vi como crecía esto, y era al fin todo el mundo. Viví aquí. Viví bien. Ahora, este es para mí el mundo real. El mundo de afuera, más allá de Ja cerca, es donde paso el tiempo durmiendo. Tengo un cuartucho en una callejuela y veo titulares y leo acerca de guerras y gente rara y mala. ¿Pero aquí? Aquí está el mundo entero, y todo es paz.

Camino por las calles de este mundo desde 1920. La noche que me siento con ganas tomo un aperitivo en un bar de los Campos Elíseos. Puedo beber un buen jerez amontillado en la terraza de algún café de Madrid, si quiero. O si no, yo y las gárgolas de piedra de allí arriba, allá, mírelas, en lo alto de Notre Dame, podemos considerar graves cuestiones de Estado y tomar importantes decisiones políticas.

Kelly mueve una mano impacientemente.

—Sí, hombre, sí.

—Y ahora vienen ustedes y lo derriban todo y dejan sólo ese mundo de afuera que no ha

aprendido lo más elemental sobre la paz, lo que yo sé por haber vivido en esta tierra cercada de púas. Y ustedes vienen y lo destrozan todo y ya no hay más paz, en ninguna parte. Usted y sus demolidores tan orgullosos de sus demoliciones. ¡Destruyendo pueblos y ciudades y regiones enteras!

—Un hombre tiene que vivir —dice Kelly—. Tengo mujer e hijos.

—Eso dicen todos. Tienen mujer e hijos. Y siguen adelante, rompiendo, desgarrando, matando. ¡Tienen órdenes! Alguien lo ha mandado. ¡Tienen que hacerlo!

—¡Cállese y deme el martillo!

—¡No se acerque!

—Pero viejo loco..

—¡Este martillo no sirve sólo para clavar!

El viejo hace silbar el martillo en el aire; el demolidor salta hacia atrás.

—Demonios —dice Kelly—, ¡ha perdido la razón! Llamaré a los estudios centrales.

Pronto vendrá la Policía. Dios mío, aquí está usted, construyendo cosas y diciendo locuras, ¿pero cómo sé que dentro de dos minutos no empezará a echar kerosene y encender fósforos?

—Yo no encendería ni un pedacito de leña en este lugar, y usted lo sabe —dice el viejo.

—Puede incendiar todo esto, demonios —dice Kelly—. Escuche, viejo, ¡no se mueva de aquí!

El demolidor da media vuelta y corre entre las aldeas y ciudades en ruinas y los somnolientos pueblos de dos dimensiones de aquel mundo nocturno, y cuando sus pisadas se apagan, se oye una música que el viento toca en los largos y plateados alambres de púa de la cerca, y el viejo martillea y martillea buscando maderas largas y alzando paredes hasta que jadea al fin, y siente que le estalla el corazón. Deja caer el martillo, y los clavos tintinean como monedas en el pavimento.

—Es inútil, es inútil —se dice el viejo a sí mismo—. No puedo levantarlo todo antes que vengan. Necesitaría que alguien me ayudara y no sé que hacer.

El viejo deja el martillo en el camino y echa a caminar sin dirección fija, sin propósito, sólo pensando que desea dar un último paseo, mirar todo por última vez y despedirse de todo lo que es o era posible despedirse en ese mundo. Y camina con las sombras alrededor y las sombras que cruzan aquella tierra donde se ha hecho tarde realmente, y las sombras son de todo tipo y especie y tamaño, sombras de edificios y sombras de gente. Y el viejo no las mira directamente, pues podrían desaparecer. No, carnina nada más, y atraviesa Piccadilly Circus... el eco de sus pisadas... o la Rue de la Paix.. un carraspeo... o la Quinta Avenida... y no mira a la derecha o la izquierda. Y a su alrededor, en umbrales oscuros y ventanas vacías, están sus numerosos amigos, sus buenos amigos, sus muy buenos amigos. A lo lejos el siseo y el vapor y el suave murmullo de una máquina de caffè espresso toda plata y cromo, y dulces canciones italianas... el aleteo de unas manos en la oscuridad sobre las bocas abiertas de las balalaikas, un susurro de palmeras, un tamborileo y un repiqueteo y tintineo de campanas, y un sonido de manzanas que caen en la suave

hierba nocturna y que es el movimiento de los pies desnudos de unas mujeres que bailan en círculos con el débil repiqueteo y el tintineo de las campanillas doradas. El crujido de granos de maíz triturados sobre negra piedra volcánica, el siseo de las tortillas sumergidas en aceite caliente, una boca que sopla y el abanico de una hoja de papaya y las chispas de mil luciérnagas se alzan desde unas brasas encendidas; en todas partes caras y formas, en todas partes movimientos y gestos y fuegos fantasmales que hacen flotar en el aire, como en un agua ardiente, las mágicas caras de color de antorcha de unas gitanas españolas, las bocas abiertas que gritan canciones que hablan de la rareza y la extrañeza y la tristeza de vivir. En todas partes sombras y gente, en todas partes gente y sombras y cantos.

¿Sólo eso tan común... el viento?

No. La gente está toda aquí. Están aquí desde hace muchos años. ¿Y mañana?

El viejo se detiene, y se lleva las manos al pecho. No estarán más.

¡Una bocina!

Del otro lado de la cerca de alambre de púas.

¡el enemigo! Del otro lado del portón un coche de la policía, pequeño y negro, y una gran limosina negra del estudio, a cinco kilómetros.

La bocina llama como una trompeta.

El viejo se toma de los travesaños de una escalera de mano y sube. El sonido de la bocina lo empuja hacia arriba, más y más. El portón se abre con un estruendo. El enemigo entra atropellándose.

—¡Allá va!

Las deslumbrantes luces de la policía brillan sobre las ciudades del prado; las luces revelan los tiosos telones de Manhattan, Chicago, y Chungkin. La luz se refleja en las torres de imitación piedra de la catedral de Notre Dame, y se fijan en una figurita que se mantiene en equilibrio en los aleros, y sube y sube hacia donde la noche y las estrellas giran lentamente.

—¡Allí está, señor Douglas, arriba!

—Dios mío. Pero es que un hombre no puede pasar la noche en una tranquila reunión sin que...

—¡Está encendiendo un fósforo! ¡Llaman a los bomberos!

En lo alto de Notre Dame, el sereno, mirando hacia abajo, protege el fósforo del viento suave, mira a la policía, los trabajadores, y el productor de traje negro, un hombre corpulento, que lo mira a su vez. Luego lleva lentamente el fósforo a la punta del cigarro, y lo enciende con lentas chupadas.

—¿Está el señor Douglas ahí abajo? —llama luego.

—¿Para que me quiere? —responde una voz.

El viejo sonríe.

—¡Suba, solo! ¡Venga armado, si quiere! ¡Quiero charlar con usted!

En el vasto patio de la iglesia resuenan unas voces.

—¡No vaya, señor Douglas!

—Deme su pistola. Terminemos con esto y así podré volver a la fiesta. Protéjanme, no correré riesgos. No quiero que se quemen estos escenarios. Sólo en madera hay aquí dos millones de dólares. ¿Listos? Allá voy.

El productor sube muy arriba por los escalones nocturnos, hasta la media caparazón de Notre Dame donde el viejo se apoya en una gárgola de yeso, y fuma tranquilamente su cigarro. El productor se detiene, asoma el cuerpo por la abertura de una trampa, y apunta con la pistola.

—Muy bien, Smith. No se mueva.

Smith se saca lentamente el cigarro de la boca.

—No tenga miedo. No me pasa nada.

—No estoy muy seguro.

—Señor Douglas —dice el sereno—, ¿leyó usted el cuento del hombre que viaja al futuro y descubre que todos están locos? Todos. Pero como están todos locos, no saben que están locos. Todos actúan del mismo modo y por lo tanto se creen normales. Y como nuestro héroe es el único cuerdo entre ellos, él es el anormal, el loco. Para ellos, por lo menos. Sí, señor Douglas, la locura es algo relativo. Depende de quien encierre a quien.

El productor maldice entre dientes.

—No subí aquí para hablar toda la noche. ¿Qué quiere?

—Quiero hablar con el Creador. Es decir con usted, señor Douglas. Usted creó todo esto. Usted vino aquí un día y golpeó la tierra con una mágica libreta de cheques, y gritó:

"¡Que se haga París!" Y París se hizo: calles, bistrós, flores, vino, puestos de libros al aire libre, y todo: Y golpeó las manos otra vez: "¡Que se haga Constantinopla!" Golpeó las manos mil veces, y cada vez hizo algo nuevo, y ahora cree usted que golpeando las manos una última vez puede convertir todo en ruinas. Pero, señor Douglas, no es tan fácil.

—¡Soy dueño del cincuenta y uno por ciento de las acciones del estudio!

—¿Pero el estudio le pertenece realmente? ¿Se le ocurrió alguna vez venir aquí alguna noche y subir a esta catedral y ver qué mundo maravilloso creó usted? ¿Pensó alguna vez si no sería una buena idea sentarse aquí conmigo y mis amigos y beber con nosotros una copa de jerez amontillado? Muy bien, sí, el amontillado huele y sabe a café, y parece café. Imaginación, señor Creador, imaginación. Pero no, usted nunca vino, nunca subió, nunca miró o escuchó o se preocupó. Hay siempre una fiesta en alguna parte. Y ahora, demasiado tarde, sin consultarnos, quiere destruirlo todo. Quizás sea dueño del cincuenta y uno por ciento de las acciones del estudio, pero no es dueño de ellos.

—¡Ellos! —grita el productor—. ¿Qué es esto de "ellos"?

—Es difícil explicarlo. La gente que vive aquí. —El sereno mueve la mano en el aire desierto hacia las medias ciudades y la noche—. Se han hecho tantos films aquí en estos años. Los extras caminaron vestidos por las calles, hablaron un miliar de lenguas, fumaron cigarrillos y pipas de espuma de mar, y hasta narguiles persas. Bailarinas bailaron. Resplandecientes, oh, qué resplandecientes. Mujeres veladas sonrieron desde altos balcones. Desfilaron soldados. Jugaron niños. Lucharon caballeros de armaduras de plata. Hubo anaranjadas tiendas de té. Se oyó el llamado de los gongs. Los barcos de los vikingos navegaron los mares interiores.

El productor sale por la puerta trampa y se sienta en las tablas del techo, y el arma le descansa más despreocupadamente en la mano. Parece mirar al viejo, primero con un ojo, luego con otro, y escucharlo con un oído y luego con el otro, y de cuando en cuando sacude un poco la cabeza.

El sereno continúa:

—Y de algún modo, cuando se fueron los extras y los hombres con las cámaras y micrófonos y todos los equipos, y se cerraron los portones y se alejaron en grandes autos, de algún modo algo quedó de aquellos miles de gentes distintas. Lo que habían sido, o habían pretendido ser, no desapareció. Los idiomas extranjeros, los trajes, lo que hicieron, lo que pensaron, sus religiones y sus músicas, y las cosas grandes y pequeñas siguieron aquí. Los paisajes de lejanos lugares. Los olores. El viento alado. El mar. Todo está aquí esta noche... si usted escucha.

El productor escucha y el viejo escucha entre los pintados telones de la catedral, con la luz de la luna que enceguece las gárgolas de yeso, y el viento que hace murmurar las bocas de piedra falsa, y el sonido de mil tierras en la tierra de allá abajo que ese viento barre y cubre de polvo, mil minaretes amarillos y torres blancas como la leche y verdes avenidas aún intactas entre un centenar de nuevas ruinas; y en todo listones y alambres murmuran como una gran arpa de madera y acero que alguien toca en la noche, y el viento se lleva aquel sonido al cielo donde escuchan los dos hombres.

El productor ríe brevemente y sacude la cabeza.

—Ha oído —dice el sereno—. Ha oído, ¿no es cierto? Lo vi en su cara.

Douglas se mete la pistola en el bolsillo del chaleco.

—Si uno escucha esperando oír algo, lo oye. Cometí el error de escuchar. Usted debía haber sido escritor. Podía dejar sin trabajo a media docena de los mejores del estudio.

Bueno, ¿qué dice? ¿Está dispuesto a bajar ahora?

—Parece usted casi amable —dice el sereno.

—No sé. Me arruinó una buena noche.

—¿Sí? Esta no ha sido tan mala, ¿no es cierto? Un poco diferente, diría yo.

Estimulante quizás.

Douglas ríe quedamente.

—Usted no es peligroso. Sólo necesita compañía. Aquí está su trabajo, y todo se va al diablo, y se siente solo. Sin embargo, no lo entiendo enteramente.

—No me diga que le he hecho pensar —dice el viejo.

Douglas gruñe.

—Cuando uno vive bastante en Hollywood, se conoce a toda clase de gente. Además, nunca estuve aquí arriba. Es un verdadero espectáculo como usted dice. Pero maldita sea si puedo comprender por qué llora usted estas telas y maderas. ¿Qué representan para usted?

El sereno se apoya en una rodilla y golpea con una mano la palma de la otra, subrayando sus argumentos.

—Mire. Como dije antes, usted llegó aquí hace años, dio una palmada, ¡y se alzaron trescientas ciudades! Luego añadió usted medio millar de otras naciones y estados y gentes y religiones y sistemas políticos entre los límites de la cerca de alambre. ¡Y las dificultades aparecieron! Oh, nada que uno pudiese ver. Todo estaba en el viento y los espacios intermedios. Pero eran las mismas dificultades del mundo de afuera: riñas y tumultos y guerras invisibles. Pero al fin las dificultades desaparecieron. ¿Quiere saber por qué?

—Si no lo quisiera no estaría aquí helándome.

Un poco de música nocturna, por favor, piensa el viejo, y mueve la mano en el aire como si tocara una hermosa música, la más indicada para acompañar lo que quiere decir.

—Porque usted unió Boston a Trinidad —dice suavemente—, y parte de Trinidad se metió en Lisboa, y parte de Lisboa entró en Alejandría, y Alejandría se unió a Shanghai con unos cuantos clavos y clavijas, y lo mismo Chattanooga, Oshkosh, Oslo, Sweet Water, Soissons, Beirut, Bombay y Port Arthur. Usted dispara contra alguien en Nueva York y el hombre se tambalea y cae muerto en Atenas. Usted recibe un soborno político en Chicago y alguien es encarcelado en Londres. Usted cuelga un negro en Alabama y tienen que enterrarlo en Hungría. Los judíos muertos de Polonia llenan las calles de Sidney, Portland y Tokio. Le clava un cuchillo en el estómago a un hombre en Berlín y le sale por la espalda a un granjero de Memphis. Todo está cerca, tan cerca. Por eso hay paz aquí.

Estamos tan apretados, que tiene que haber paz, o nada quedaría en pie. Un incendio nos destruiría a todos, y no importaría quien lo provocara, o por qué. Así que esta gente, los recuerdos, o como quiera llamarlo, que están aquí, viven tranquilos, y este es su mundo, un buen mundo, un magnífico mundo.

El viejo se detiene, se pasa la lengua por los labios y toma aliento.

—Y mañana —dice— usted va a destruirlo.

El viejo se queda en cuclillas un rato más, luego se incorpora y contempla las ciudades y las mil sombras de esas ciudades. La gran catedral de yeso cruje y se balancea en el aire de la noche, hacia adelante y hacia atrás, con las mareas del verano.

—Bueno —dice Douglas al fin—, este... ¿bajamos ahora?

Smith asiente con un movimiento de cabeza.

Douglas desaparece, y el sereno escucha cómo Douglas baja y baja por los negros escalones. Entonces, luego de un pensativo titubeo, se toma de la escalera, se murmura algo a sí mismo, y empieza el largo descenso en la oscuridad.

Todos se han ido; la policía del estudio y unos pocos trabajadores y algunos jefes menores. Sólo queda un coche grande y negro que espera detrás de la cerca de alambre de púa mientras los dos hombres hablan en las ciudades del prado.

—¿Qué va a hacer ahora? —pregunta Smith.

—Volver a mi fiesta, supongo —dice el productor

—¿Será divertida?

—Sí. —El productor titubea—. ¡Claro que será divertida! —Mira la mano derecha del sereno—. No me diga que encontró el martillo del que me habló Kelly. ¿Empezará a construir otra vez? ¿No abandona, eh?

—¿Abandonaría usted si fuese el último constructor y todos los otros fuesen demolidores?

Douglas echa a caminar junto con el viejo.

—Bueno, quizás vuelva a verlo, Smith.

—No —dice Smith—. No estaré aquí. Todo esto no estará aquí. Si usted vuelve otra vez, será demasiado tarde.

Douglas se detiene.

—Demonios, ¿qué quiere que yo haga?

—Algo muy simple. Conserve todo esto. Deje estas ciudades en pie.

—¡No puedo! Maldita sea. Razones de negocios. Tiene que desaparecer.

—Un hombre con buen olfato para los negocios y un poco de imaginación puede encontrar alguna buena razón para salvar esto —dice Smith.

—¡Me espera el coche! ¿Cómo saldré de aquí? El productor pasa por encima de un trozo de mampostería, se abre paso entre unas ruinas, aparta maderas, se apoya un momento en fachadas de yeso y telones. Cae polvo del cielo.

—¡Cuidado!

El productor se tambalea envuelto en una nube de polvo y ladrillos. Anda a tientas, tropieza, y el viejo lo toma por el brazo y tira hacia adelante.

—¡Salte!

Saltan, y medio edificio se desmorona en lomas y montañas de maderas y papeles. Un enorme capullo

—¿Se encuentra bien?

—Sí. Gracias, gracias. —El productor mira el caído edificio. El aire se aclara—.

Probablemente me ha salvado la vida.

—No creo. Casi todos esos ladrillos son de papel. maché. Sólo hubiera recibido unos golpes y cortaduras.

—Gracias, de todos modos. ¿Qué edificio era ése?

—Una torre normanda. No se acerque al resto. Puede caerse también.

—Tendré cuidado. —El productor se acerca lentamente—. ¡Pero podría echar abajo todo este condenado edificio con una sola mano! —Hace la prueba; el edificio se inclina y estremece y gime. El productor se aparta rápidamente—. Podría derribarlo en un segundo.

—Pero no lo hará —dice el sereno.

—Oh, ¿no? ¿Qué importa una torre francesa menos a estas horas?

El viejo lo toma por el brazo.

—De una vuelta hasta el otro lado de la torre.

Van al otro lado.

—Lea ese letrero —dice Smith.

El productor enciende su encendedor, alza la llama, y lee:

—Banco Nacional de Mellin Town. —Hace una pausa—. Illinois —lee, muy lentamente.

El edificio se alza a la dura luz de las estrellas y la luz tierna de la luna.

—De un lado —Douglas mueve la mano como en una escala musical— una torre francesa. Del otro lado —da siete pasos a la derecha y siete a la izquierda, mirando de costado— Banco Nacional. Banco. Torre. Torre. Banco. Bueno, maldita sea.

Smith sonrío y dice:

—¿Todavía quiere echar abajo la torre francesa, señor Douglas?

—Un minuto, un minuto, espere, espere.

De pronto, Douglas empieza a ver los edificios que se alzan ante él. Gira lentamente, alzando y bajando los ojos, y mirando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Mira aquí, mira allá, ve esto, ve aquello, examina, clasifica, separa, y reexamina. Echa a caminar en silencio. Cruzan las ciudades del prado, entre hierbas y flores silvestres, y llegan a unas ruinas y semirruinas y se meten entre ellas, y llegan a unas avenidas y ciudades y pueblos y entran en ellos.

Inician un recital que no se interrumpe mientras pasean. Douglas preguntando, el sereno respondiendo, Douglas preguntando, el sereno respondiendo.

—¿Qué es esto por aquí?

—Un templo budista.

—¿Y del otro lado?

—La cabaña donde nació Lincoln.

—¿Y aquí?

—La iglesia de San Patricio, Nueva York.

—¿Y el reverso?

—¡Una iglesia ortodoxa de Rostov!

—¿Qué es esto?

—¡La puerta de un castillo en el Rhin!

—¿Y adentro?

—¡Un despacho de bebidas gaseosas en Kansas City!

—¿Y aquí? ¿Y aquí? ¿Y allá? ¿Y qué es aquello?

—pregunta Douglas—. ¡Qué es esto! ¡Qué veo allá! ¡Y allí!

Parece como si estuviesen corriendo y precipitándose y gritando por las ciudades, aquí, , en todas partes, arriba, abajo, adentro, afuera, subiendo, descendiendo, hurgando, moviendo, abriendo y cerrando puertas.

—¡Y esto, y esto, y esto, y esto!

El sereno dice todo lo que hay que decir.

Sus sombras corren adelante en las estrechas callejuelas, y las avenidas tan anchas como ríos de piedra y arena.

Describen un gran círculo mientras hablan, y al fin vuelven al punto de partida.

Callan otra vez. El viejo guarda silencio pues lo ha dicho todo, y el productor guarda silencio para escuchar y recordar y ordenar todo en su mente. Distraídamente, busca tanteando su cigarrera. Tarda un minuto en abrirla, observando sus propios movimientos, pensando en ellos, y al fin se la ofrece al sereno.

—Gracias.

Encienden pensativamente los cigarrillos. Fuman y miran el humo que se pierde en el aire.

—¿Dónde está ese maldito martillo suyo? —dice Douglas.

—Aquí —dice Smith.

—¿Tiene clavos?

—Sí, señor.

Douglas chupa largamente su cigarrillo y echa una bocanada de humo.

—Muy bien, Smith. A trabajar.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Clave lo que pueda, en sus horas de trabajo. La mayor parte de lo que se ha derrumbado está ya perdido. Pero los trozos y pedazos que concuerden y queden bien, clávelos. Gracias a Dios aún hay mucho en pie. Tardé mucho tiempo en darme cuenta. Un hombre con olfato para los negocios y un poco de imaginación, dijo usted. Este es el mundo, dijo usted. Debí haberlo visto hace años. Aquí está todo dentro de la cerca, y yo demasiado ciego para ver que podía hacerse con esto. La Federación Mundial en mi propio patio y yo destruyéndola a puntapiés. Dios me ampare, pero necesitamos más locos y más serenos.

—Sabe usted —dice el sereno—, me estoy poniendo viejo y raro. No se burlará de un hombre viejo y raro, ¿no es cierto?

—No haré promesas que no pueda cumplir —dice el productor—. Pero le prometo que haré lo que pueda. Hay una posibilidad de que podamos seguir adelante. Sería una hermosa película, sin duda. Podemos hacerla toda aquí, dentro de la cerca. No habrá dudas sobre el argumento tampoco. Usted lo ha sugerido. Es suyo. No será difícil poner a algunos escritores a trabajar en él. Buenos escritores. Quizá algo corto, veinte minutos, pero podemos mostrar todas las ciudades y países aquí, sosteniéndose y apoyándose unos en otros. Me gusta la idea. Me gusta mucho, créame. A cualquier hombre del mundo que le mostremos la película, le gustará también. No podrán hacerla a un lado, será demasiado importante.

—Es bueno oírlo hablar así.

—Espero seguir hablando así —dice el productor—. No se puede confiar en mi. Ni yo mismo me tengo confianza. Demonios, un día estoy excitado, deprimido el otro. Quizá tenga usted que darme algún martillazo en la cabeza, de cuando en cuando.

—Me complacerá mucho —dice Smith.

—Y si hacemos la película —dice el hombre más joven— supongo que usted podrá ayudar. Conoce los escenarios mejor que nadie. Cualquier sugerencia que usted quiera hacer, será bien recibida. Luego, después de hacer el film, supongo que no le importará usted que echemos abajo el resto del mundo, ¿de acuerdo?

—Le doy mi permiso —dice el sereno.

—Bueno, soltaré los sabuesos unos pocos días y veré qué pasa. Enviaré un equipo de filmación mañana a ver qué podemos utilizar como escenario. Enviaré algunos escritores.

Quizá pueda proporcionar usted toda la charla. Demonios, demonios, esto irá adelante.

—Douglas se volvió hacia la puerta—. Mientras tanto, use su martillo todo lo posible.

Ya lo veré a usted. Dios mío, ¡estoy helado!

Caminan de prisa hacia el portón. En el camino, el viejo encuentra su valija donde la ha dejado horas antes. La toma, saca el termos, y lo sacude.

—¿Qué le parece un trago antes de irse?

—¿Qué tiene ahí? ¿Un poco de ese amontillado de que me habló?

—1876.

—Bebamos un poco, si.

El viejo abre el termos y vierte el líquido humeante en el vaso.

—Sírvase —dice.

—Gracias. A su salud. —El productor bebe—. Está muy bueno. Ah, está realmente bueno.

—Quizás sabe a café, pero puedo asegurarle que nunca se embotelló amontillado mejor.

—Puede asegurarlo de veras.

Los dos hombres beben el líquido caliente entre las ciudades del mundo, a la luz de la luna, y el viejo recuerda algo:

—Hay una vieja canción muy apropiada para este momento, una canción de bebedores, me parece, una canción que cantamos todos los que vivimos de este lado de la cerca, cuando nos sentimos de acuerdo, cuando yo escucho bien, y el viento mueve los hilos telefónicos. Dice así:

«Todos vamos a casa por el mismo camino, una misma colección, en una misma dirección, todos vamos a casa por el mismo camino. Así que no hay por qué separarse, y subiremos juntos como las hojas de la hiedra por la pared del viejo jardín...»

Acaban de beber el café en medio de Port-au-Prince.

—¡Eh! —dice el productor de pronto—. ¡Cuidado con ese cigarrillo! ¡No querrá quemar todo el diablo mundo!

Los dos hombres miran el cigarrillo y sonríen.

—Tendré cuidado —dice Smith.

—Hasta luego —dice el productor—. Llegaré realmente tarde a esa fiesta.

—Hasta luego, señor Douglas.

La aldaba del portón se abre y se cierra, las pisadas mueren, la limosina se pone en marcha y se aleja a la luz de la luna dejando atrás las ciudades del mundo y la figura de un viejo que se alza entre las ciudades del mundo, y saluda con una mano.

—Hasta luego —dice el sereno.

Y luego, sólo el viento.

El basurero

Así era su trabajo: se levantaba a las cinco de la fría y oscura mañana y se lavaba la cara con agua caliente si el aparato de calefacción funcionaba y con agua fría si el aparato no funcionaba. Se afeitaba cuidadosamente, hablándole a su mujer en la cocina, que preparaba jamón y huevos o panqueques o lo que hubiera aquella mañana. A las seis en punto estaba en marcha solo hacia su trabajo, y estacionaba el coche donde los otros hombres estacionarían los suyos a medida que se alzara el sol. A aquella hora de la mañana los colores del cielo eran anaranjados y azules y violetas y a veces muy rojos y a veces amarillos o claros como el agua sobre una piedra blanca. Algunas mañanas podía ver su aliento en el aire y otras mañanas no. Pero aún asomaba el sol cuando golpeaba con el puño la cabina del camión verde, y el conductor sonriendo y diciendo hola, subía al camión por el otro lado y entraban en la gran ciudad e iban calles abajo hasta que llegaban al lugar donde empezaban a trabajar. A veces se detenían en el camino a beber café negro y luego seguían con el calor en el cuerpo. Y comenzaban a trabajar, es decir que él saltaba frente a todas las casas y recogía las latas de basura y las llevaba al camión y les sacaba la tapa y las golpeaba contra el borde de la caja, de modo que las cáscaras de naranja y melón y el café usado caían y empezaban a llenar el camión vacío.

Había siempre huesos de ternera y cabezas de pescado y trozos de cebolla y apio rancio.

La basura reciente no era nada malo, pero sí la basura muy vieja. No sabía realmente si le gustaba o no el trabajo, pero era un trabajo y lo hacía bien, hablando mucho de él a ratos, y otros no pensando en él de ningún modo. Algunas veces el trabajo era maravilloso, pues uno estaba afuera temprano y el aire era limpio y fresco hasta que uno había trabajado demasiado y el sol calentaba y la basura humeaba. Pero casi siempre era un trabajo regular y tranquilo, y al pasar uno podía mirar las casas y jardines y ver cómo vivían todos. Y una o dos veces al mes le sorprendía descubrir que el trabajo le gustaba y que era el mejor trabajo del mundo.

Así fue durante muchos años. Y luego, de pronto, el trabajo cambió para él. En un día.

Más tarde se preguntó a menudo como un trabajo podía cambiar tanto en tan pocas horas.

Entró en la casa y no vio a su mujer ni oyó su voz, aunque ella estaba allí. Fue hasta una silla y ella lo miró desde lejos observando como él tocaba la silla y se sentaba sin decir una palabra.

—¿Qué hay de malo?

Al fin la voz de su mujer llegó a él. Debía haberlo dicho tres o cuatro veces.

—¿De malo?

Miró a aquella mujer, y sí, era su mujer, era alguien que conocía, y aquella era su casa con los altos cielorosas y las gastadas alfombras.

—Algo ocurrió hoy en el trabajo —dijo.

Ella esperó.

—En mi camión, algo pasó. —La lengua se le movió secamente sobre los labios y se le cerraron los ojos hasta que no hubo más que oscuridad y ninguna luz y era como estar solo y de pie en un cuarto cuando uno deja la cama en medio de la noche oscura

Creo que voy a renunciar a mi trabajo. Trata de entender.

—¡Entender! —exclamó ella.

—No puedo evitarlo. Nunca me ocurrió una cosa tan rara en toda mi vida. —Abrió los ojos y sintió las manos frías mientras se frotaba el dedo índice con el pulgar—. Fue raro lo que ocurrió.

—Bueno, ¡no te quedes ahí!

El hombre sacó parte de un periódico del bolsillo de su chaqueta de cuero.

—Este es el diario de hoy —dijo—. 10 de diciembre de 1951, Times de Los Angeles.

Boletín de Defensa Civil. Dicen que están comprando radios para nuestros camiones de basura.

—Bueno, un poco de música no tiene nada de malo.

—No, no música. No entiendes. No música.

Abrió la mano tosca y señaló con una uña limpia, lentamente, tratando de que todo estuviese allí, donde él pudiese verlo y ella pudiese verlo.

—En este artículo el alcalde dice que pondrán aparatos transmisores y receptores en todos los camiones de basura de la ciudad. —Se miró la mano con los ojos entornados—. Cuando las bombas atómicas caigan en la ciudad, estas radios nos llamarán a nosotros.

Y entonces nuestros camiones irán a recoger los cadáveres.

—Bueno, eso parece práctico. Cuando...

—Los camiones de basura —dijo él— irán a recoger todos los cadáveres.

—¿No puedes dejar los cadáveres por ahí, no es cierto? Tienes que recogerlos y...

La mujer cerró la boca muy lentamente. Parpadeó, sólo una vez, y también muy lentamente. El hombre observó aquel lento parpadeo. En seguida, como si alguien la hubiera ayudado a volverse, la mujer dio media vuelta, fue hasta un sillón, hizo una pausa, pensó cómo hacerlo, y se sentó, muy erguida y tiesa. No dijo nada.

El hombre escuchó el tic-tac de su reloj, pero sólo con una parte de la mente.

Al fin ella rió.

—¡Están bromeando!

El hombre sacudió la cabeza. Sentía que la cabeza se le movía de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con la misma lentitud con que había ocurrido todo.

—No. Hoy pusieron un receptor en mi camión. Y me dijeron que cuando yo escuchase la sirena de alarma dejase caer la basura en cualquier parte. Y que cuando ellos me llamasen por la radio, yo fuera allí a recoger los muertos.

El agua hirvió ruidosamente en la cocina. La mujer la dejó hervir cinco segundos y luego se apoyó en el brazo del sillón con una mano y se incorporó y encontró la puerta y entró en la cocina. El ruido del hervor se apagó. La mujer apareció en la puerta y luego fue hasta donde estaba él, inmóvil, con la cabeza en la misma posición.

—Ya está todo publicado. Tienen cuadrillas, sargentos, capitanes, cabos, todo —dijo él—. Hasta sabemos a dónde hay que traer los cadáveres.

—Así que pensaste en eso todo el día —dijo ella.

—Todo el día desde esta mañana. Pensé: Quizá ahora yo ya no quiera ser más un recolector de basura. A veces Tom y yo nos divertíamos con una especie de juego. Hay que llegar a eso. La basura no es agradable. Pero trabajando con ella es posible transformarla en un juego. Así lo hicimos Tom y yo. Mirábamos qué clase de basura deja la gente. Costillas de ternera en las casas ricas, lechuga y cáscaras de naranja en las pobres. Sí, es tonto, pero un hombre tiene que hacer su trabajo tan bien como sea posible, y que valga la pena, ¿si no para qué hacerlo? Y en un camión uno es su propio jefe en cierto modo. Uno sale a la mañana temprano, y es un trabajo al aire libre a fin de cuentas. Ves cómo sale el sol, y cómo despierta la ciudad, y eso no es tan malo. Pero ahora, hoy, de pronto, ya no es un trabajo para mí.

La mujer empezó a hablar rápidamente. Nombró muchas cosas y habló de otras muchas más, pero antes que ella llegase muy lejos él la interrumpió dulcemente.

—Ya sé, ya sé, los chicos y la escuela, y nuestro coche, ya sé —dijo—. Y las cuentas y el dinero y el crédito. ¿Pero y aquella granja que nos dejó papá? ¿Por qué no mudarnos allí, lejos de las ciudades? Sé un poco de trabajos de campo. Podemos criar ganado, sembrar, tener bastante para vivir durante meses si algo pasara.

La mujer calló.

—Sí, todos nuestros amigos están aquí, en la ciudad —continuó él—. Y las películas y los teatros y los amigos de los chicos, y...

La mujer respiró profundamente.

—¿No podemos pensarlo unos días?

—No sé. Tengo miedo. Temo que si pienso un tiempo en mi camión y el nuevo trabajo me acostumbre a eso. Y, oh Cristo, no parece bien que un hombre, un ser humano, se acostumbre a una idea semejante.

Ella meneó lentamente la cabeza, mirando las ventanas, las paredes grises, los cuadros oscuros en las paredes. Apretó las manos. Abrió la boca.

—Lo pensaré esta noche —dijo él—. Me quedaré un rato levantado. A la mañana sabré qué hacer.

—Ten cuidado con los chicos. No conviene que ellos conozcan esto.

—Tendré cuidado.

—No hablemos más entonces. Terminaré de preparar la cena. —La mujer se incorporó de un salto y se llevó las manos a la cara y luego se miró las manos y observó el sol en las ventanas—. Los chicos llegarán en cualquier momento.

—No tengo mucho apetito.

—Tienes que comer, tienes que ir adelante.

La mujer corrió dejándolo sólo en medio de un cuarto donde ninguna brisa movía las cortinas, y sólo el cielo raso gris colgaba sobre él con una solitaria lámpara apagada, como una vieja luna en el cielo. Se sentía tranquilo. Se frotó la cara con las manos. Se incorporó y se detuvo en un umbral y dio un paso adelante y sintió que se sentaba en una silla del comedor. Vio que extendía las manos en el mantel blanco, desierto.

—Toda la tarde —dijo—, he pensado.

La mujer se movía en la cocina, entrechocando ollas, golpeando sartenes contra el silencio que estaba en todas partes.

—Me he preguntado —dijo el hombre— cómo habrá que poner los cuerpos en los camiones, a lo largo o a lo ancho, con la cabeza a la derecha o los pies a la derecha.

¿Hombres y mujeres juntos, o separados? ¿Los niños en un camión, o mezclados con hombres y mujeres? ¿Los perros en camiones especiales, o los dejaremos ahí? Me he preguntado cuántos cabrán en un camión. Y me he preguntado si habrá que ponerlos unos sobre otros y comprendí al fin que no había otra solución. No puedo imaginármelo.

No alcanzo a verlo. Trato, pero no es posible, no hay modo de saber cuántos pueden caber en un camión.

Se quedó pensando en cómo era en las últimas horas de su trabajo, con el camión lleno y la lona que cubre el gran montón de basura, de modo que el montón comba la lona como un montículo irregular. Y cómo era si uno retira de pronto la lona y mira adentro.

Durante unos segundos uno ve las cosas como macarrones o tallarines, sólo cosas blancas que viven y hierven, millones de ellas. Y cuando las cosas blancas sienten el calor del sol, se esconden y se meten en las lechugas y los restos de carne de vaca y café y las cabezas de los blancos pescados. Luego de diez segundos de luz solar, las cosas blancas que parecen tallarines o macarrones han desaparecido, y en el gran montón de basura nada se mueve, y uno pone otra vez la lona y sabe que abajo hay oscuridad otra vez, y las cosas empiezan a moverse como siempre deben moverse las cosas en la oscuridad.

Estaba todavía sentado allí en el cuarto desierto cuando la puerta de calle se abrió de par en par. Su hijo y su hija entraron corriendo, riéndose, y lo vieron allí sentado, y se detuvieron.

La madre corrió a la puerta de la cocina, se apoyó rápidamente en el marco, y miró fijamente a su familia. Le vieron la cara y le oyeron la voz.

—¡Sentáos, chicos, sentáos! —Alzó una mano y la adelantó hacia ellos—. Llegáis justo a tiempo.

El gran incendio

La mañana en que empezó el gran incendio, nadie en la casa pudo apagarlo.

Fue la sobrina de mamá, Marianne, que vivía con nosotros mientras sus padres estaban en Europa, quien estaba toda envuelta en llamas. Así que nadie pudo romper la ventanita de la caja roja en la esquina, y apretar el botón que traería las mangueras de grandes chorros y los bomberos sombrerudos.

Marianne bajó las escaleras ardiendo como celofán, y se dejó caer con un grito o un gemido en una silla, ante la mesa del desayuno, y no comió ni siquiera para rellenar la cavidad de una muela.

Mamá y papá se apartaron. Había demasiado calor en la sala.

—Buenos días, Marianne.

—¿Qué? —Marianne miraba a lo lejos y hablaba vagamente—. Oh, Buenos Días.

—¿Dormiste bien anoche, Marianne?

Pero sabían que ella no había dormido. Mamá le dio a Marianne un vaso de agua y todos se preguntaron si no se le evaporaría en la mano. La abuela observó los ojos febriles de Marianne.

—Estás enferma, pero no es un microbio —dijo—. Ningún microscopio ha podido descubrirlo.

—¿Qué? —dijo Marianne.

—El amor es padrino de la estupidez —dijo papá desinteresadamente.

—Ya se le pasará —mamá le dijo a papá—. Cuando las muchachas están enamoradas parecen estúpidas sólo porque no pueden oír.

—Afecta los canales semicirculares —dijo papá—. Haciendo caer a las muchachas en brazos de un hombre. Ya sé. Una vez casi muero aplastado por una mujer que se me cayó encima, y permíteme decir que...

—Calla.

Mamá frunció el ceño, mirando a Marianne.

—No puede oírnos. Pasa por un estado cataléptico.

—El viene esta mañana a buscarla —le susurró mamá a papá como si Marianne ni siquiera estuviera en el cuarto—. Van a dar un paseo en su coche.

Papá se tocó la boca con una servilleta.

—¿Nuestra hija era así? —preguntó—. Se casó hace tanto tiempo que me he olvidado.

No recuerdo que fuera tan alocada. Uno nunca entiende que las muchachas no tienen una pizca de buen sentido en esta época. Eso es lo que pierde a un hombre. Uno se dice, Oh, qué encantadora muchacha sin sesos, me quiere, creo que me casaré con ella. Se casa con ella y una mañana se despierta y descubre que la muchacha ha dejado de soñar y que ha recobrado la inteligencia y está colgando adornitos por toda la casa. Uno empieza a tropezar con cuerdas y alambres. Cree encontrarse en una isla desierta, un pequeño vestíbulo en medio del universo, con un panal que se ha transformado en trampa para osos, una mariposa metamorfoseada en avispa. Entonces inmediatamente busca algún hobby: una colección de estampillas, reuniones de club, o...

—¿Cómo has aguantado tú? —exclamó mamá—. Marianne, háganos de ese joven.

¿Cómo se llama? ¿Isak Van Pelt?

—¿Qué? Oh... Isak, sí.

Marianne había estado agitando en su cama toda la noche, a veces hojeando rápidamente libros de Poesía y descubriendo líneas increíbles, a veces descansando de espaldas, otras boca abajo contemplando un paisaje de sueño a la luz de la luna. El aroma del jazmín había acariciado el cuarto toda, la noche y el calor excesivo de la primavera temprana (en el termómetro se leía veintidós grados) la había mantenido despierta. A alguien que hubiese mirado por el ojo de la cerradura le hubiera parecido una polilla agonizante.

Aquella mañana había golpeado las manos por encima de la cabeza ante el espejo y había bajado a desayunar advirtiendo justo a tiempo que no se había puesto el vestido.

Abuela se reía quedamente todo el desayuno. Al fin dijo:

—Tienes que comer, hija, tienes que comer.

Así que Marianne jugó con su tostada y logró tragar medio pedazo. Justo entonces se oyó afuera una aguda bocina. ¡Isak! ¡En su coche!

—¡Juuu! —gritó Marianne y corrió escaleras arriba. Se hizo pasar al joven Isak Van Pelt y fue presentado a todos.

Cuando Marianne se fue al fin, papá se sentó, enjugándose la frente.

—No sé. Esto es demasiado.

—Fuiste tú quien sugirió que debería empezar a salir —dijo mamá.

Lamento haberlo sugerido —dijo él—. Pero ya lleva con nosotros seis meses y aún le faltan otros seis. Pensé que si conocía a algún joven simpático

—Y si se casaban —dijo la abuela secamente, Marianne se mudaría casi en seguida, ¿no es así?

—Bueno... —dijo papá.

—Bueno... —dijo la abuela.

—Pero ahora es peor que antes —dijo papá—. Va de un lado a otro cantando con los ojos cerrados, poniendo esos infernales discos de amor, y hablándose a si misma.

¿Cuánto puede aguantar un hombre? Además se ríe todo el día. ¿Hay muchachas de dieciocho en los manicomios?

—El muchacho parece simpático.

—Si, podemos guardar esa esperanza —dijo papá bebiendo de un vaso—, un matrimonio temprano.

A la mañana siguiente, Marianne salió de la casa como una bola de fuego tan pronto como oyó la bocina. El joven no tuvo tiempo ni siquiera de llegar a la puerta. Sólo la abuela vio cómo se alejaban rugiendo, desde la ventana del vestíbulo.

—Casi me tira al suelo —Papá se frotó el bigote—. ¿Qué es esto? ¿Huevos duros?

Bueno.

A la tarde, Marianne, otra vez en casa, flotó por la sala hasta los discos de fonógrafo. El siseo de la aguja llenó la casa. Marianne tocó Aquella vieja magia negra veintidós veces, cantando — la, la, la— mientras nadaba por la sala.

—Me parece que tendré que encerrarme en mi cuarto —dijo papá—. Me retiré de los negocios para fumar cigarros y gozar de la vida, no para aguantar a una parienta que canta bajo la lámpara.

—Calla —dijo mamá.

—Este es un momento de crisis en mi vida —anunció papá—. Al fin, ella es sólo una visita.

—Ya sabes cómo son las muchachas cuando están en otra casa. Creen que están en París. Se irá en octubre. No es tan terrible.

—Veamos —dijo papá—. Por ese entonces estaré enterrado desde hace ciento treinta días en el cementerio de Green Lawn. —Se incorporó y dejó caer el periódico al piso, como una pequeña tienda—. ¡Hablaré con ella ahora mismo!

Fue hasta la puerta del vestíbulo y se quedó allí mirando a la valseante Marianne.

—La... —cantaba ella.

—Marianne —dijo papá.

—Aquella vieja magia negra... —cantó Marianne—. ¿Sí?

Papá miró cómo las manos de Marianne se movían en el aire. Marianne pasó junto a él y le lanzó una mirada ardiente.

Papá se arregló la corbata.

—Quiero hablar contigo.

—Da dum di dum dum di dum di dum dum —cantó ella.

—¿Me oyes? —preguntó él.

—Es tan simpático —dijo ella.

—Evidentemente.

—Sabes, se inclina y abre las puertas como un portero y toca la trompeta como Harry James y me trajo margaritas esta mañana.

—No lo dudo.

—Tiene los ojos azules.

Marianne miró el cielo raso.

Papá no descubrió nada de interés allá arriba.

Ella seguía mirando el cielo raso mientras bailaba, y papá se acercó y se detuvo a su lado mirando hacia arriba, pero no había allí ni una mancha de humedad ni una grieta.

—Marianne —suspiró.

—Y comimos langosta en el café junto al río.

—Langosta. sí, pero no queremos que caigas enferma, que te debilites. Un día, mañana, debes quedarte en casa y ayudar a tu tía con los manteles.

—Sí, señor.

Marianne soñó por el cuarto con las alas abiertas.

—¿Me has oído? —preguntó papá.

—Sí —murmuró ella—. Sí. —Cerró los ojos—. Oh sí, sí. —La falda giró zumbando—.

Tío —dijo con la cabeza echada hacia atrás.

—¿La ayudarás a tu tía con los manteles? —exclamó.

—... con los manteles —murmuró Marianne.

—¡Bueno! —Papá se sentó en la cocina, recogiendo el periódico—. ¡Me parece que se lo dije!

Pero a la mañana siguiente estaba aún sentado en el borde de la cama cuando oyó el trueno del destartado automóvil y a Marianne que se precipitaba escaleras abajo, se detenía dos segundos en el comedor a desayunar, titubeaba junto al cuarto de baño, y cerraba de un portazo la puerta de calle. Luego el ruido del viejo coche que iba a los tumbos calle abajo con dos personas que cantaban desgañitándose.

Papá se llevó las manos a la cabeza.

—Manteles —dijo.

—¿Qué? —dijo mamá.

—Almacenes —dijo papá—. Haré una visita a los almacenes de Dooley.

—Pero Dooley no abre hasta las diez.

—Esperaré —decidió papá con los ojos cerrados.

Aquella noche y siete otras endiabladas noches la hamaca del porche cantó una chirriante canción, hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. Papá, oculto en el vestíbulo, aparecía en un terrible relieve cada vez que chupaba su cigarro de diez centavos y la luz cereza le iluminaba la cara inmensamente trágica. La hamaca del porche crujió. Papá esperó otro crujido. Oyó unos suaves sonidos de alas de mariposa, las leves palpitaciones de una risa y unas dulces naderías en menudas orejas.

—Mi porche —dijo papá—. Mi hamaca —le susurró a su cigarro, mirándolo—. Mi casa.

—Esperó otro crujido—. Mi Dios —dijo.

Fue al armario de las herramientas y apareció en el porche oscuro con una brillante lata de aceite.

—No, no se levanten. No se molesten. Aquí... aquí.

Aceitó los goznes de la hamaca. La noche era oscura. No podía ver a Marianne; podía olerla. El perfume casi lo hizo caer entre los rosales. No podía ver tampoco a su joven amigo.

—Buenas noches —dijo.

Entró y se sentó y no se oyeron más crujidos. Ahora sólo se oía algo parecido al aleteo de polilla del corazón de Marianne.

—Debe ser muy simpático —dijo mamá en la puerta de la cocina, secando una fuente de la cena.

—Eso espero —murmuró papá—. ¡Por eso les dejo el porche todas las noches!

—Tantos días seguidos —dijo mamá—. Una muchacha no sale con un festejante tantas veces si no es un joven serio.

—¡Quizá le proponga matrimonio esta noche! —fue el feliz pensamiento de papá.

—Difícil tan pronto. Y ella es tan joven.

—Aun así —rumió papá—, puede ocurrir. Tiene que ocurrir, por todos los diablos.

Abuela se ríe entre dientes desde su mecedora en el rincón. Parecía como si alguien volviera las páginas de un viejo libro.

—¿Qué es tan divertido? —dijo papá.

—Espera y verás —dijo la abuela—. Mañana.

Papá miró fijamente las sombras, pero la abuela no dijo más.

—Bueno, bueno —dijo papá a la hora del desayuno. Contempló los huevos con una mirada bondadosa y paternal—. Bueno, bueno, Señor, anoche, en el porche, hubo más murmullos. ¿Cómo se llama el joven? ¿Isak? Bueno, si no he juzgado mal, creo que le propondrá matrimonio esta noche, sí, ¡estoy seguro!

—Sería hermoso —dijo mamá—. Una boda en primavera. Pero es tan pronto.

—Mira —dijo papá con una lógica de boca llena—, Marianne es una de esas chicas que se casan rápido y jóvenes. No podemos interponernos en su camino, ¿no es así?

—Por una vez creo que tienes razón —dijo mamá—. La boda sería hermosa. Flores primaverales y Marianne muy bonita con ese vestido que vi la semana pasada en Haydecker.

Los dos miraron ansiosamente las escaleras, esperando que apareciese Marianne.

—Perdón —roncó la abuela alzando los ojos de su tostada—. Pero si yo fuera vosotros no hablaría de librarnos de Marianne.

—¿Y por qué no?

—Hay razones.

—¿Qué razones?

—Lamento estropearos los planes —crujió la abuela, con una risita. Sacudió la cabecita avinagrada—. Pero mientras vosotros planeabais casar a Marianne, yo estuve observándola. Desde hace siete días he estado mirando a ese joven que viene todos los días en su coche y hace sonar la bocina. Debe ser un actor o un transformista o algo parecido.

—¿Qué? —preguntó papá.

—Sí —dijo la abuela—. Pues un día era un joven rubio, y el siguiente un joven alto y moreno, y el miércoles un muchacho de bigote castaño, y el jueves era pelirrojo, y el viernes más bajo con un Chevrolet en vez de un Ford.

Durante un minuto pareció como si a mamá y papá les hubiesen dado un martillazo justo detrás de la oreja izquierda.

Al fin papá gritó, con el rostro encendido.

—¡Y te atreves a decirlo! Y tú ahí, mujer, dices; todos esos hombres, y tú...

—Vosotros os escondíais siempre —soltó la abuela—, para no estropear las cosas. Si hubierais salido de vuestro escondite hubieseis visto lo mismo que yo. Nunca dije una palabra. Marianne se calmará. Es una época de la vida. Toda mujer pasa por eso. Es duro, pero pueden sobrevivir. ¡Un hombre nuevo todos los días hace maravillas en el ego de una muchacha!

—Tú, tú, tú, tú ¡tú!

Papá se atragantó, con los ojos muy abiertos, el cuello demasiado grande para su camisa. Cayó en su silla, exhausto. Mamá no se movía, perpleja.

—¡Buenos días a todos!

Marianne corrió escaleras abajo y se desplomó en una silla. Papá la miró fijamente.

—Tú, tú, tú, tú —acusó a la abuela.

Correré por la calle gritando, pensó papá desatinadamente, y romperé la ventanita de alarma de incendios y moveré la palanca y haré venir las bombas y las mangueras. O quizá se

desencadene una tormenta de nieve tardía y pueda dejar a Marianne afuera para que se enfríe.

No hizo ni una cosa ni otra. Como el calor del cuarto era excesivo, de acuerdo con el calendario de la pared, todos salieron al porche fresco mientras Marianne se quedaba mirando su jugo de naranja.

Hola y adiós

Pero por supuesto se iba, no había otra cosa que hacer, se había acabado el tiempo, el reloj se había parado, y él se iba muy lejos realmente. Había hecho la valija, se había lustrado los zapatos, se había cepillado el pelo, se había lavado expresamente detrás de las orejas, y sólo le quedaba bajar los escalones, cruzar la puerta, e ir calle arriba hasta la estación pueblerina donde el tren se detendría sólo para él. Luego Fox Hill , Illinois, quedaría en el pasado, muy lejos. Y él seguiría adelante, quizá hasta Iowa, quizá hasta Kansas, y quizá aún hasta California; un niño menudo, de doce años, con un certificado de nacimiento en la valija donde se aseguraba que había nacido hacía cuarenta y tres años.

—¡Willie! —llamó una voz de mujer desde la planta baja.

—¡Sí!

Alzó la valija. En el espejo de su cómoda vio una cara de dientes de león de junio y manzanas de julio y leche tibia de una mañana de verano. Allí, como siempre, estaba su figura de ángel e inocente que quizá no cambiaría nunca en todos los años de su vida.

—Es hora casi —dijo la voz de mujer.

—¡Muy bien!

Y Willie bajó las escaleras, gruñendo y sonriendo. En la sala estaban Anna y Steve, con ropas dolorosamente limpias.

—¡Aquí estoy! —gritó Willie en la puerta del vestíbulo.

Parecía como si Anna estuviese a punto de llorar.

—Oh, Dios mío, no puedes dejarnos realmente, ¿puedes, Willie?

—La gente empieza a hablar —dijo Willie serenamente—. Hace tres años que estoy aquí. Pero cuando la gente empieza a hablar, sé que ha llegado la hora de ponerme los zapatos y comprar un billete de ómnibus.

—Es todo tan raro. No entiendo. Es tan repentino —dijo Anna—. Willie, te echaremos de menos.

—Os escribiré todas las navidades, lo prometo. No me escribáis.

—Ha sido un placer y una satisfacción —dijo Steve, sin moverse de su asiento, tropezando con las palabras—. Es una lástima que deba terminar. Es una lástima que hayas tenido que

hablarnos de ti. Es una terrible lástima que no puedas quedarte.

—Nunca he tenido padres tan buenos como vosotros —dijo Willie, de uno veinte de alto, lampiño, con el sol en la cara.

—Willie, Willie —lloró Anna entonces.

Y se sentó y pareció como si quisiese abrazarlo, pero no se atreviese ahora. Lo miraba sorprendida y asombrada, y se miraba las manos vacías, no sabiendo que hacer con Willie ahora.

—No es fácil irse —dijo Willie—. Uno se acostumbra. Uno quiere quedarse. Pero no da resultado. Traté de quedarme una vez cuando la gente empezó a sospechar. "¡Qué horrible!" dijo la gente. "Todos estos años jugando con nuestro niño inocente" dijeron, "¡y nosotros sin sospechar nada! ¡Horrible!" dijeron. Y al fin tuve que dejar el pueblo una noche. No es fácil. Sabéis cuánto os quiero. Gracias por tres años magníficos.

Fueron todos a la puerta de calle.

—Willie, ¿a dónde vas?

—No sé. Viajo simplemente. Cuando veo un pueblo que parece verde y agradable, me quedo.

—¿Volverás alguna vez?

—Si —dijo Willie seriamente con su voz aguda—. Dentro de veinte años la cara me cambiará un poco. Entonces, haré una gran recorrida visitando a todos los padres que he tenido.

Estuvieron un rato en el fresco porche del verano, sin atreverse a decir las últimas palabras. Steve miraba fijamente un olmo.

—¿Con cuántos otros padres estuviste, Willie? ¿Cuántos te adoptaron?

Willie pensó un poco, casi sonriendo.

—Creo que unos cinco pueblos y unas cinco parejas en estos últimos veinte años, desde que empecé a viajar.

—Bueno, no podemos quejarnos —dijo Steve—. Mejor tener un hijo treinta y seis meses que ninguno nunca.

—Bueno —dijo Willie, y besó a Anna rápidamente, tomó su valija, y desapareció calle arriba en la luz verde del mediodía, bajo los árboles, un niño muy joven realmente, sin mirar hacia atrás, siempre Corriendo.

Cuando Willie llegó allí, los niños jugaban en el rombo verde del parque. Se quedó un rato entre las sombras del roble, mirando cómo arrojaban la nevada pelota al cálido aire del verano, y la sombra de la pelota que volaba como un pájaro oscuro sobre las hierbas, y las manos que se abrían como bocas para recibir aquel veloz fragmento del verano que ahora parecía especialmente importante. Los niños aullaron. La pelota golpeó las hierbas cerca de Willie.

Adelantándose con la pelota desde los árboles sombríos, pensó en los tres años que acababa de gastar hasta el último centavo, y los cinco años anteriores, y así hasta el año en que tenía realmente once, y doce y catorce y las voces decían: "¿Qué le pasa a Willie, señora?" "Señora,

¿por qué no crece Willie?" "Willie, ¿has fumado cigarros últimamente?"

Las voces murieron en la luz y el color del verano. La voz de su madre: "¡Willie cumple hoy veintiún años!" Y mil voces que decían: "Vuelve, hijo, cuando tengas quince; entonces quizás te demos trabajo."

Miró la pelota en su mano temblorosa, como si fuese su vida, una interminable pelota de años donde las líneas daban vueltas y vueltas y vueltas, pero llevaban siempre a su duodécimo cumpleaños. Oyó a los niños que venían hacia él; sintió cómo ocultaban el sol, y ellos eran mayores, y lo rodeaban.

—¡Willie! ¿A dónde vas?

Le patearon suavemente la valija.

Qué altos se alzaban al sol. En los últimos meses parecía que el sol les hubiese pasado una mano por las cabezas, llamándolos, y ellos fuesen un metal caliente que se fundía hacia arriba, un metal dorado atraído por una enorme fuerza de gravedad hacia el cielo; tenían trece, catorce años de edad, y miraban a Willie bajando los ojos, sonriendo, pero ya dejándolo de lado. Había empezado hacía cuatro meses.

—¡Elijamos compañeros! ¿Quién quiere a Willie?

—Oh, Willie es demasiado pequeño; no jugamos con chicos.

Y corrieron ante él, atraídos por la luna y el sol y las estaciones que se iban y volvían con hojas y vientos, y él tenía doce años y ya no era como ellos. Y las otras voces repitieron las viejas; las terriblemente familiares, las frías frases: "Mejor que le des vitaminas a ese chico, Steve." "Anna, ¿hay gente baja en tu familia?" Y el puño frío que le golpeaba a uno el corazón, otra vez, y saber que debería arrancar otra vez las raíces luego de tantos buenos años con los "padres".

—Willie, ¿a dónde vas?

Willie inclinó la cabeza. Estaba otra vez entre los chicos cada vez más altos y de sombras cada vez más largas que lo rodeaban como gigantes y se inclinaban hacia él como para beber el agua de una fuente.

—Afuera por unos días, a visitar un primo.

—Oh.

Un día, hacía un año, ellos se hubiesen preocupado mucho realmente. Pero ahora sólo sentían curiosidad por su valija, y el encanto que despertaban en ellos los trenes, los viajes y los lugares lejanos.

—¿Qué os parece un par de tiros? —dijo Willie.

Los otros parecían dudar, pero considerando las circunstancias, asintieron. Willie dejó caer la valija y corrió; la pelota blanca estaba alta en el sol, bajando hacia las ardientes y blancas figuras en el prado lejano, otra vez en el sol, que iba y venía. Aquí. Aquí, ¡allí! El señor Robert Hanlon y la señora Hanlon, de Creek Bend, Wisconsin, 1932, la primera pareja, ¡el primer año! ¡Aquí, allí!

Henry y Alice Boltz, de Limeville, Iowa, ¡1935! La pelota volaba. ¡Los Smith, los Eaton, los Robinson! ¡1939! ¡1945! Marido y mujer, marido y mujer, marido y mujer, ¡sin hijos, sin hijos, sin hijos! Un llamado en esta puerta, un llamado en esta otra.

—Perdón. Me llamo William. Podría...

—¿Un sándwich? Adelante, siéntate. ¿De dónde vienes, hijo?

El sándwich, un gran vaso de leche fría, las sonrisas, los gestos de asentimiento, la charla fácil y ociosa.

—Hijo, parece cómo si hubieses estado viajando. ¿Te escapaste de alguna parte?

—No.

—Chico, ¿eres huérfano?

Otro vaso de leche.

—Siempre quisimos chicos. Nunca tuvimos ninguno. Nunca supimos por qué. Esas cosas. Bueno, bueno. Se está haciendo tarde, hijo. ¿No te parece que deberías irte a tu casa?

—No tengo casa.

—¿Un chico como tú? ¿Nadie te lava las orejas? Tu madre estará preocupada.

—No tengo casa ni parientes en todo el mundo. ¿Podría... podría... dormir aquí esta noche?

—Bueno, hijo, no sé. Nunca pensamos en tomar... —decía el marido.

—Tenemos pollo para la cena —decía la mujer—. Podríamos invitarlo...

Y los años se volvían y se alejaban, las voces, y las caras, y la gente, y siempre las mismas primeras conversaciones. La voz de Emily Robinson, en su mecedora, en la oscuridad de la noche de verano, la última noche que pasó con ella, la noche en que ella descubrió su secreto, y la voz dijo:

—Miro las caras de todos los niñitos que pasan. Y a veces pienso. Qué lástima, qué lástima, un día cortarán estas flores, un día apagarán estos fuegos. Qué lástima, estos, todos los que se ven en las escuelas o corren por la calle, serán un día altos y miopes y arrugados y canosos o calvos, y al fin, huesos y resuellos, morirán y serán enterrados.

Cuando los oigo reír, no puedo creer que un día recorrerán mi camino. Y sin embargo, ¡ahí vienen! Recuerdo el poema de Wordsworth: "Cuando de pronto vi una multitud, una hueste de dorados narcisos, junto al lago, bajo los árboles que aleteaban y bailaban en la brisa." Así veo a los niños, crueles como pueden serlo a veces, perversos como pueden serlo, pero sin mostrar aun perversidad alrededor de los ojos, o en los ojos, no fatigados aún. ¡Muestran tanta ansia por todas las cosas! Esto es lo que más les falta a los mayores, me parece; han perdido la frescura, la avidez. Se les ha ido la fuerza y la vida.

Me gusta ver cómo salen los niños de la escuela. Es como si alguien arrojara a la calle un ramo de flores. ¿Cómo es eso, Willie? ¿Cómo es ser joven siempre? ¿Parecer una moneda de plata que acaba de salir del troquel? ¿Eres feliz? ¿Te sientes tan bien como pareces?

La pelota vino zumbando desde el cielo azul, y le picó la mano como un gran insecto pálido. Acariciándola, oyó que su memoria decía:

—Viví con lo que tenía. Cuando murieron mis padres, luego de descubrir que no podía conseguir un trabajo de hombre en ninguna parte, probé en las ferias, pero se rieron de mí. "Hijo" dijeron, "no eres un enano, y aunque lo seas, ¡pareces un niño! ¡Queremos enanos con cara de enano! Lo siento, hijo, lo siento." Así que me fui de casa, pensando:

¿Qué era yo? Un niño. Parecía un niño, tenía voz de niño, así que podría muy bien seguir siéndolo. Es inútil resistirse. Es inútil gritar. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué trabajo está a mi alcance? Y entonces un día vi a aquel hombre en un restaurante que miraba las fotografías de los chicos de otro hombre. "Sí, claro que me gustaría tener chicos" decía.

"Claro que me gustaría tener chicos." Y sacudía la cabeza. Y yo unos pocos asientos más allá, con una salchicha en la mano. ¡Me quedé petrificado! En aquel mismo instante supe cuál sería mi trabajo el resto de mi vida. Había trabajo para mí, después de todo. Hacer feliz a la gente sola. Yo estaría realmente ocupado. jugando siempre. Supe que tendría que jugar siempre. Ir a buscar unos periódicos, unos viajes a las tiendas, cortar el césped alguna vez, quizá. ¿Pero trabajo duro? No. Sólo tendría que ser el hijo de una madre y el orgullo de un padre. Me volví hacia el hombre y le dije: "Perdón", y le sonreí...

—Pero, Willie —dijo la señora Emily un día—, ¿nunca te sentiste solo? ¿Nunca quisiste... cosas... que quieren los adultos?

—Luché contra eso —dijo Willie—. Soy un niño, me dije a mí mismo. Tengo que vivir en el mundo de los niños, leer libros de niños, jugar juegos de niños, alejarme de todo lo demás. Tengo que ser una sola cosa: joven. Y fui así. Oh, no fue fácil. Hubo veces...

Willie calló.

—Y las familias con las que viviste, ¿nunca lo supieron?

—No. Decírselo hubiera sido estropearlo todo. Les decía que me había escapado.

Dejaba que investigaran, que le preguntaran a la policía. Luego dejaba que me adoptaran.

Eso era lo mejor, mientras no sospechasen. Pero luego, después de tres años, o cinco años, empezaban a sospechar, o aparecía un viajante, o me veía algún hombre de las ferias, y todo acababa. Siempre tenía que acabar.

—¿Y eres muy feliz y es bueno ser un niño durante cuarenta años?

—Es un modo de vivir, como se dice. Y cuando uno hace feliz a otra gente, uno se siente casi feliz también. Tenía un trabajo que hacer y lo hacía. Y por otra parte, dentro de unos pocos años entraré en mi segunda infancia. Olvidaré todas las fiebres y todas las cosas que no pude realizar, y casi todos los sueños. Luego podré descansar, quizás.

Arrojó la pelota una última vez y el ensueño se quebró. Corrió hacia su valija. Tom, Bill, Jamie, Bob, Sam... los nombres se le movían en los labios. Los niños le miraron embarazados las manos temblorosas.

—Después de todo, Willie, no es como si te fueses a la China o Timbuktú.

—Así es, ¿no es cierto?

Willie no se movió.

—Hasta pronto, Willie. ¡Te veremos la semana que viene!

—¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto!

Y se fue con su valija otra vez, mirando los árboles, alejándose de los niños y la calle donde había vivido, y cuando doblaba la esquina chilló el silbido de un tren, y echó a correr.

Lo último que vio y oyó fue una pelota blanca lanzada a un techo alto, una y otra vez, una y otra vez, y dos voces que gritaban mientras la pelota subía, bajaba, por el cielo, dos voces como el grito de unos pájaros que se alejaban volando hacia el lejano sur.

En las primeras horas de la mañana, con el olor de la niebla y el metal frío, con el olor del hierro del tren a su alrededor y toda una noche de viaje que le había sacudido los huesos y el cuerpo, y el olor del sol más allá del horizonte, Willie despertó y miró un pueblo que salía en ese momento del sueño. Se acercaron unas luces, murmuraron unas voces suaves, una señal roja se sacudió hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante en el aire frío. Era esa quietud somnolienta donde la claridad dignifica los ecos, donde los ecos se distinguen desnudamente solos y precisos. Un revisor pasó junto a Willie, una sombra en las sombras.

—Señor —dijo Willie.

El revisor se detuvo.

—¿Qué pueblo es éste? —murmuró el niño en la oscuridad.

—Valleyville.

—¿Cuántos habitantes?

—Diez mil. ¿Por qué? ¿Es tu parada?

—Parece verde. —Willie miró el frío pueblo mañanero un largo rato—. Parece hermoso y tranquilo.

—Hijo —dijo el revisor—, ¿sabes a dónde vas?

—Aquí —dijo Willie, y se incorporó lentamente en la mañana fresca y silenciosa que olía a hierro, en la oscuridad del tren.

—Espero que sepas lo que haces, chico —dijo el revisor.

—Sí, señor —dijo Willie—. Sé lo que hago.

Y fue por el oscuro pasillo, y el revisor le alcanzó la valija, y salió a la mañana humeante, de fríos vapores, que empezaba a encenderse. Se quedó mirando al revisor y el negro tren, metálico sobre el fondo de unas pocas estrellas. El tren lanzó un quejoso silbido, unos hombres gritaron, los coches se entrecocaron y el revisor de Willie saludó con la mano y sonrió al niño en la plataforma, el niño de la gran valija que le gritó algo cuando el silbato sonó otra vez.

—¿Qué? —gritó el hombre del tren con la mano en la oreja.

—¡Deséeme suerte! —gritó Willie.

—La mejor de las suertes, hijo —dijo el revisor, saludando, sonriendo—. ¡La mejor de las suertes, chico!

—Gracias —dijo Willie envuelto en el gran sonido del tren, en el vapor y el rugido.

Contempló el tren negro hasta que se perdió totalmente de vista. No se movió mientras tanto. Se quedó allí, un niño menudo de doce años, en la gastada plataforma de madera, y sólo luego de tres minutos se volvió al fin para mirar las calles desiertas allá abajo.

Entonces, con la salida del sol, echó a caminar muy rápidamente, como para quitarse el frío, y entró en el nuevo pueblo.

Las doradas manzanas del sol

—Al sur —dijo el capitán.

—Pero —dijo la tripulación— no hay direcciones aquí en el espacio.

—Cuando uno viaja hacia el sol —replicó el capitán—, y todo se hace amarillo y ardiente y perezoso, entonces uno va en una única dirección.

Cerró los ojos y pensó en las tierras lejanas, cálidas y humeantes, y el aliento se le movió suavemente en la boca.

—Al sur. —Asintió levemente con un movimiento de cabeza—. Al sur.

El cohete era el Copa de Oro, llamado también el Prometeo y el Ícaro, y su destino era el deslumbrante sol del mediodía. Había cargado dos mil limonadas y mil botellas de cerveza para este viaje al vasto Sahara. Y ahora que el sol hervía ante ellos recordaron una serie de citas.

—¿Las doradas manzanas del sol?

—Yeats.

—¿No temas más el calor del sol?

—¡Shakespeare, por supuesto!

—¿La taza de oro? Steinbeck. ¿La olla de oro? Stephens. ¿Y el pote de oro al pie del arco iris? ¡Un nombre para nuestra trayectoria! ¡Arco iris!

—¿Temperatura?

—¡Mil grados centígrados!

El capitán miró por la ancha y oscura ventanilla, y allí ciertamente estaba el sol, e ir hacia él y tocarlo y robarle una parte para siempre era su única y tranquila idea.

La nave combinaba lo frescamente delicado y lo fríamente práctico. En los corredores de hielo y escarcha, soplaban vientos de amoníaco y tormentosos copos de nieve.

Cualquier chispa del vasto horno que ardía más allá del duro casco de la nave, cualquier hálito de fuego encontraría el invierno, dormitando aquí, como las más frías horas de febrero.

El audio-termómetro murmuró en el silencio ártico:

—Temperatura: ¡dos mil grados!

«Caemos —pensó el capitán— como un copo de nieve en el regazo de junio, el cálido julio y los sofocantes y secos días de agosto.»

—¡Tres mil grados centígrados!

Los motores se apresuraron bajo campos de nieve, los refrigerantes corrieron a diez mil kilómetros por hora por las bocas de las serpentinas.

—Cuatro mil grados centígrados.

Mediodía. Verano. Julio.

—¡Cinco mil grados!

Y al fin el capitán habló con toda la serenidad del viaje en su voz:

—Ahora estamos tocando el sol.

Los ojos del capitán eran de oro fundido.

—¡Siete mil grados!

¡Cómo un termómetro mecánico podía parecer excitado, aunque sólo tuviera una voz de acero, sin emoción!

—¿Qué hora es? —preguntó alguien.

Todos tuvieron que reírse.

Pues ahora sólo era el sol y el sol y el sol. El sol era todos los horizontes, todas las direcciones. Quemaba los minutos, los segundos, los relojes de arena, los relojes mecánicos; quemaba el tiempo y la eternidad. Quemaba las pestañas y el suero del mundo oscuro detrás de los párpados, la retina, el oculto cerebro, y quemaba el sueño y los dulces recuerdos del sueño y la frescura del anochecer.

—¡Cuidado!

—¡Capitán!

Bretton, el primer piloto, cayó boca abajo en la cubierta. Su traje protector estalló y silbó, y su temperatura, su oxígeno y su vida asomaron abriéndose como un capullo de vapor escarchado.

—¡De prisa!

En el interior de la careta plástica de Bretton, unos lechosos cristales se habían depositado ya formando ciegas figuras. Se inclinaron a mirar.

—Un defecto en el traje, capitán. Muerto.

—Helado.

Miraron el otro termómetro que mostraba cómo vivía el invierno en aquel barco de nieves. Mil grados bajo cero. El capitán observó la estatua de escarcha y los centelleantes cristales que se formaban sobre el cuerpo. Una ironía de la más fría especie, pensó; un hombre que teme el fuego y que muere por la escarcha.

Se volvió.

—No hay tiempo. No hay tiempo. Déjenlo ahí. —Sintió que se le movía la lengua—.

¿Temperatura?

Las agujas saltaron cuatro mil grados.

—Mire. ¿Quiere mirar? Mire.

El hielo de la nave se hundía.

El capitán torció la cabeza para mirar el cielo raso.

Como si una cámara cinematográfica hubiese proyectado en el interior de su cabeza un único y claro recuerdo, descubrió que la mente se le había detenido de un modo ridículo, en una escena arrancada de la infancia.

En una mañana de primavera se había asomado a la ventana de su dormitorio, al aire que olía a nieve, para ver el centelleo del sol en el último carámbano del invierno. Una gota de vino blanco, la sangre del fresco pero tibio abril cayó de la clara hoja de cristal.

Minuto a minuto, el arma de diciembre era menos peligrosa. Y luego el hielo se precipitó con el sonido de una campanilla en el sendero de grava.

—La bomba auxiliar se ha roto, señor. La de refrigeración. ¡Perdemos el hielo!

Una lluvia cálida cayó sobre ellos. El capitán torció la cabeza a la derecha y a la izquierda.

—¿No pueden descubrir la falla? ¡Cristo, no se queden ahí, no tenemos tiempo!

Los hombres se apresuraron. El capitán se inclinó en la lluvia tibia, maldiciendo, sintió que sus manos corrían por la fría máquina, sintió que palpaban y buscaban, y mientras trabajaba vio un futuro que les quitaban con un simple soplo. Vio que la piel se desprendía de la colmena del cohete, y que los hombres así descubiertos, corrían, corrían, las bocas abiertas, chillando, sin sonidos. El espacio era un negro pozo musgoso donde la vida ahogaba sus rugidos y terrores. Uno podía iniciar un gran grito, pero el espacio lo apagaba antes que llegase a la garganta. Los hombres se escabullían, como hormigas en una caja de cerillas en llamas; el barco era lava chorreante, borbotones de vapor, ¡nada!

—¿Capitán?

La pesadilla se desvaneció.

—Aquí. —El capitán trabajaba en la suave lluvia cálida que caía desde las cubiertas superiores. Buscó a tientas la bomba auxiliar—. ¡Maldita sea! —Tiró de la línea de alimentación.

Cuando llegara, sería la muerte más rápida en la historia de las agonías. En un momento, un aullido, en seguida, un ardiente resplandor, el billón de billones de toneladas de espacio-fuego suspiraría y nadie lo oiría en el espacio. Caerían como cerezas en un horno. Aun sus pensamientos estarían en el aire calcinado cuando sus cuerpos ya no fuesen más que carbones y gas fluorescente.

—¡Maldición! —Golpeó con un destornillador la bomba auxiliar—. ¡Jesús!

Se estremeció. Cerró los ojos, apretando los dientes. Dios, pensó, estamos hechos para muertes más lentas, que se miden en minutos y horas. Aun veinte segundos serían algo bastante lento comparado con esta cosa hambrienta e idiota que quiere devorarnos.

—Capitán, ¿seguimos navegando o nos detenemos aquí?

—Tenga lista la Copa. Ya me encargaré cuando termine con esto. ¡Ahora!

Se volvió y extendió la mano hacia los mecanismos de la gran Copa; metió los dedos en el guante robot. Una leve torsión de su mano aquí movía allá una gigantesca mano, con gigantescos dedos metálicos, en las entrañas de la nave. Ahora, ahora, la enorme mano metálica sostenía la vasta Copa de Oro, sin aliento, en el alto horno, el cuerpo incorpóreo y la carne descarnada del sol.

Un millón de años atrás, pensó el capitán, rápidamente, rápidamente, mientras movía la mano y la Copa, un millón de años atrás un hombre desnudo en una solitaria senda nortea vio un rayo que hería un árbol. Su clan huyó, pero él con las manos desnudas recogió una rama ardiente, quemándose la carne de los dedos, y la llevó, corriendo, triunfante, amparándola de la lluvia con el cuerpo, hasta su caverna. Allí gritó una carcajada y arrojó la llama a un montón de hojas secas y le dio a su gente el verano. Y la tribu se acercó al fin, arrastrándose, al fuego, y extendió las manos vacilantes y sintió la nueva estación en la caverna, aquella mancha amarilla que cambiaba el clima, y ellos también, al fin, sonrieron nerviosamente. Y recibieron el don del fuego.

—¡Capitán!

La enorme mano tardó cuatro segundos en llevar la Copa vacía al fuego. Así que aquí estamos otra vez, hoy, en otro camino, pensó el capitán, en busca de una preciosa copa de gas y vacío, un puñado de fuego distinto para llevárnoslo luego a través del espacio frío, un fuego que nos iluminará el camino, un don que entregaremos a la Tierra, donde arderá siempre. ¿Por qué?

Supo la respuesta antes de preguntárselo.

Porque los átomos que trabajamos con nuestras manos en la Tierra, son lastimosos; la bomba atómica es lastimosa y pequeña, y nuestro conocimiento, lastimoso y pequeño, y sólo el sol sabe realmente lo que queremos saber, y sólo el sol conoce el secreto. Y además, es divertido, es un juego, es excitante venir aquí y jugar a cara o cruz, y tirar y correr. No hay motivo realmente, excepto el orgullo y la vanidad del menudo insecto que es el hombre, que espera picar al león y escapar al zarpazo. ¡Dios mío, diremos, lo hicimos! Y aquí está nuestra copa de energía, fuego, vibración, llámenlo como quieran, que animará nuestras ciudades e impulsará nuestros barcos e iluminará nuestras bibliotecas y tostará a nuestros niños y horneará nuestro pan de todos los días y hará hervir a fuego lento el conocimiento del Universo durante mil años hasta que esté bien cocido. Hombres de la ciencia y la religión, venid, ¡bebed de esta copa! Calentaos contra la noche de la ignorancia, las largas nieves de la superstición, los fríos vientos del escepticismo y el gran temor a la oscuridad que se alberga en el corazón de todo hombre.

Extendamos la mano con la copa del mendigo...

—Ah.

La Copa se hundió en el sol. Recogió un poco de la carne de Dios, la sangre del Universo, el pensamiento deslumbrante, la cegadora filosofía que habría amamantado a una galaxia, que guiaba y llevaba a los planetas por sus campos y emplazaba o acallaba vidas y subsistencias.

—Ahora, despacio —murmuró el capitán.

—¿Qué pasará cuando la traigamos adentro? Ese calor extra ahora, en este momento, capitán...

—Dios sabe.

—La bomba auxiliar está reparada, señor.

—¡Pónganla en marcha!

La bomba dio un salto.

—Cierren la tapa de la Copa y tráiganla, despacio, despacio.

La hermosa nave fuera de la nave se estremeció, una tremenda imagen del ademán del capitán entró en un silencio aceitado en el cuerpo de la nave. De la Copa, tapada, gotearon flores amarillas y estrellas blancas. El audio-termómetro chilló. El sistema de refrigeración se sacudió; unos fluidos de amoníaco golpearon las paredes como sangre que golpease en la cabeza de un vociferante idiota.

El capitán cerró la puerta neumática.

—Ahora.

Esperaron. El pulso de la nave se apresuró. El corazón de la nave corrió, latió, corrió, con la Copa de Oro adentro. La sangre fría se precipitó alrededor arriba abajo, alrededor arriba abajo.

El capitán suspiró lentamente.

El hielo dejó de gotear desde el cielo raso. Se endureció otra vez.

—Salgamos de aquí.

La nave giró y escapó.

—¡Escuchad!

El corazón de la nave latía más lentamente, más lentamente. Las agujas bajaron, chirriando sobre sus ejes invisibles. La voz del termómetro cantó al cambio de las estaciones. Todos pensaban juntos ahora: Alejémonos más y más del fuego y las llamas, el calor y los metales fundidos, el amarillo y el blanco. Vayamos a la frescura y la oscuridad. Dentro de veinticuatro horas quizás hasta podrían dismantelar algunos refrigeradores, dejar que muriese el invierno. Pronto navegarían en una noche tan fría que sería necesario recurrir al nuevo horno de la nave, sacar calor del fuego abroquelado que llevaban como un niño que aún no ha nacido.

Volvían a sus casas.

Volvían a sus casas, y el capitán tuvo tiempo entonces, mientras atendía el cuerpo de Bretton, que yacía en una playa de blanca nieve invernal, de recordar un poema que él mismo había escrito muchos años antes:

A veces el sol es un árbol en llamas,
su fruto dorado brilla en el aire tenue,
en sus manzanas habitan la gravedad y el hombre,
el hálito de su culto crece y se extiende
cuando el hombre ve el sol como un árbol en llamas...

El capitán se quedó un rato junto al cuerpo, sintiendo muchas cosas distintas. «Me siento triste —pensó— y me siento bien, y me siento como un niño que vuelve de la escuela a su casa con ramo de dientes de león.»

—Bueno —dijo, con los ojos cerrados, suspirando—. Bueno, ¿a dónde iremos ahora, eh, a dónde vamos? —Sintió que sus hombres, sentados o de pie, lo rodeaban, el terror muerto en sus rostros, respirando tranquilamente—. Cuando uno ha hecho un largo, largo viaje hasta el sol, y lo ha tocado y se ha demorado, y ha saltado a su alrededor, y se ha alejado rápidamente, ¿a dónde va uno entonces? Cuando uno se aleja del calor y la luz del mediodía y la pereza, ¿a dónde va?

Sus hombres esperaron a que lo dijera. Esperaron a que él reuniese en su mente toda la frescura y la blancura y el clima refrescante y bienvenido de la palabra, y vieron cómo movía la palabra en la boca, suavemente, como un trozo de crema helada.

—Hay sólo una dirección en el espacio desde aquí —dijo al fin.

Los hombres esperaron. Esperaron mientras la nave se hundía rápidamente en la fría oscuridad, alejándose de la luz.

—El norte —murmuró el capitán—. El norte.

Y todos sonrieron, como si un viento se hubiese alzado de pronto en una tarde calurosa.

FIN